

El cuadrante

Introducción

La parte novelada del Libro “El Cuadrante. 2ª Parte: La apuesta” nos ayuda a conocer el mundo de Jesús, desde la geografía por la que se movió hasta los diferentes grupos religiosos existentes en el momento en que vivió Jesús.

Las fuentes de las que se ha nutrido J. L. Sicre para componer esta novela son los dos documentos que Flavio Josefo escribió sobre el tiempo y lugar en que vivió Jesús de Nazaret: *La Guerra Judía* y *Antigüedades Judías*. También ha utilizado los documentos hallados en el Mar Muerto, conocidos como documentos de Qumrán.

J. L. Sicre es jesuita y doctor en Sagrada Escritura.

El texto se propone como lectura para los alumnos de 3º ESO del colegio Escuelas Pías de Zaragoza.

Índice

El cuadrante	1
Introducción	1
Índice	1
Capítulo 1: Los siete libros de José.....	4
Capítulo 2: Recuerdos I.....	14
Capítulo 3: Recuerdos II.....	24
Capítulo 4: Oraciones	38
Capítulo 5: Un sábado en familia.....	55
Capítulo 6: El templo de Jerusalén.....	63
Excursos: Relato de la visita.....	66
Capítulo 7: Los esenios	74
Capítulo 8: Saduceos y fariseos	88
Capítulo 9: La crisis	102
Capítulo 10: El desenlace	108

La primera parte de mis memorias me llevó hasta la subida al poder de Domiciano y el nacimiento de mi hija, Elena: acontecimientos de valor muy distinto, pero que marcaron para mí, casi simultáneamente, el final de una etapa de búsqueda. Dos años más tarde nació nuestro segundo hijo, Néstor, rollizo y hermoso, después de un embarazo y un parto muy complicados para Lucila. No soy médico, desconozco los misterios del cuerpo humano. Sólo puedo decirle que no tuvimos más hijos. Este hecho frustró nuestros deseos de una familia numerosa, la que ni Lucila ni yo habíamos podido tener cuando niños. Pero terminamos aceptándolo como misterioso designio del Señor. Todo tiene sus ventajas; si hubiésemos tenido más hijos, Lucila no habría podido dedicarme el tiempo y la paciencia que irás conociendo a través de mi escrito. Por otra parte, Elena y Néstor se bastaban para llenar de risas y llantos, carreras y objetos destrozados, la amplia casa que el excelentísimo Teófilo se había hecho construir poco antes de casarse, muy vacía durante mi infancia a causa de la muerte prematura de mi madre.

Dividida en dos partes semejantes por un amplio patio, nos ofrecía las ventajas de la vida en común y permitía, al mismo tiempo, un alto grado de independencia. No me pidas que te la describa con más detalle. Mi incapacidad para describir el aspecto físico de una persona -dato que ya te comenté al comienzo de mis memorias- hazla extensiva a la descripción de la materia muerta, sea un vaso de Corinto, un palacio imperial o la choza de un pobre.

Si la casa cambió con la aparición de los niños, también nosotros fuimos cambiando interiormente. La muerte, compañera inseparable, visitó a la familia de Lucila. En tres años perdió a sus padres, personas profundamente buenas, convertidas antes que nosotros. Esta dura experiencia me ayudó a descubrir en ella un espíritu de fe y una entereza que no podía imaginar, mayor aún que su carácter pragmático, del que ya te hablé. Mi padre descargó cada vez más en mí la responsabilidad de los negocios para dedicarse a su inveterada afición a la lectura y también -estoy convencido, aunque no podría demostrarlo, porque no hacía ostentación de ello- a una intensa vida de oración. Las obras de su querido Lucas ejercieron un profundo influjo en este aspecto.

Normalmente no comía con nosotros. "A los matrimonios jóvenes hay que dejarlos solos, para que se peleen a gusto", nos dijo poco después de casarnos. Al principio nos extrañó -y molestó- la sospecha de esa remota posibilidad. Más tarde se lo agradecemos; las peleas, pequeñas pero frecuentes, no tardaron en venir. Él se quedaba en su recinto, con Livia que lo atendía como una hija. Pero no lo imagines retraído o huraño. Casi todas las noches nos reuníamos los cuatro, después de que los niños se acostasen. Y no era raro encontrarlo -en la huerta, durante los días soleados, en su habitación durante los fríos del invierno- jugando con Elena y Néstor y contándoles historias. Elena, sobre todo, aprovechaba cualquier ocasión para visitar a su abuelo; disfrutaba con el relato de sus viajes, la descripción de Atenas y Alejandría, las peligrosas aventuras marítimas durante un viaje a Roma, el día en que un grupo de bandidos estuvo a punto de matarlo mientras recorría Capadocia...

Fue una de estas escenas familiares, cuando Elena tenía seis años, la que marcó una nueva etapa en mi vida. Elena no había salido a su madre; me recordaba más a Livia y a Dina, siempre dispuestas a preguntar y a discutir. Una tarde la vi sentada en las rodillas de mi padre. Pero éste no hablaba de viajes ni ciudades. Le estaba contando el bautismo de Jesús.

"Un día, Jesús se levantó muy temprano, muy temprano, cuando todavía no había salido el sol, y se fue de Nazaret al río Jordán..."

Elena no lo dejó continuar. .

- ¿Ese río está muy lejos de Nazaret?

Esa misma pregunta me la había hecho yo cuando comencé a leer el evangelio de Marcos, y me quedé sin saber la respuesta. Mi padre no dudó en improvisarla.

- Mucho más lejos que de aquí al puerto.

- ¿y tiene mucha agua? ¿En Nazaret hay barcos? ¿Jesús rezaba antes de acostarse? ¿A Jesús le gustaba el pescado?

Elena es una máquina de hacer preguntas. Cualquier detalle excita su imaginación y la anima a buscar respuestas que ni siquiera entiende.

Los dejé sin que me viesan. Intentando ponerme en el puesto de mi padre, caí en la cuenta de lo poco que yo sabía del mundo en el que vivió Jesús. Las designaciones geográficas más elementales y repetidas -Galilea, el lago, Cafarnaún, Judea, Jerusalén- representaban para mí un misterio. Ahondando en mi ignorancia, advertí que igual me ocurría con las circunstancias históricas. ¿Fue la época de Jesús tan revolucionaria y difícil como la que vivió Judea hace pocos años y que la llevó a la destrucción? ¿Cómo era el templo de Herodes, que Jacob ponía por encima de cualquier otro de Roma, Atenas, Alejandría, e incluso Antioquía? Todo, o casi todo, geografía, historia, religión, cultura, política, me resultaba desconocido.

Este descubrimiento me hizo sentirme culpable, como un niño que no ha aprendido la lección que le encargó el maestro. Pronto advertí que no era culpa mía, sino de esos libros tan leídos y releídos, que no daban respuesta a los numerosos interrogantes que yo me planteaba. Hasta cierto punto, llegué a sentirme traicionado por ellos. Lucila no compartía mi punto de vista.

- Lo que te ocurre con los evangelios es como si yo le pidiese vino a la fuente. Tú quieres que te enseñen geografía, historia, política. Yo no echo de menos esas cosas. Con escuchar lo que dice Jesús tengo bastante.

- Pero si no conoces su época, no entiendes bien sus palabras.

Lucila saca a flote a veces una ironía suave, que me desconcierta.

- Llevas razón, Andrónico, nunca consigo poner en práctica la parábola del buen samaritano. ¿Sabes por qué? Porque no sé en qué parte exacta del camino asaltaron los ladrones al pobre viajero ni qué distancia había desde allí hasta la posada. El día que lo sepa, seguro que me será más fácil preocuparme por quienes me necesitan.

A pesar de la sonrisa cariñosa con que lo dijo me sentí molesto.

- No seas sofista, Lucila. Sabes que no me refiero a eso. El evangelio no está hecho sólo de ideas claras. Hay otras muchas cuestiones oscuras.

- Para mí, todo lo oscuro es secundario. Con lo claro tengo bastante, y me sobra.

- A mí no me pasa lo mismo. Para ti, lo único importante es creer en Jesús y vivir como él nos enseñó. Para mí hay otra cosa que también me apasiona: conocer a Jesús tal como fue, con todas las circunstancias de su vida.

Lucila se levantó y me acarició el pelo.

- Llevamos siete años casados y todavía me queda mucho para conocerte. Probablemente me moriré sin conocerte a fondo. Y tú quieres conocer a Jesús tal como fue... Quizá llegues a

conocer eso que tú llamas "las circunstancias de su vida". Pero dudo que te ayuden a conocerlo a él.

- Estoy seguro de que sí.

Lo dije con tal convencimiento que se asustó un poco.

- ¿Es que piensas irte a Judea o a Galilea?

- Lo he pensado alguna vez. Pero no te preocupes, no voy por ahí.

- ¿y quién te va a enseñar todo eso? ¿Livia?

- Ella no sabe esas cosas, nunca vivió en Judea. Tampoco conozco a ningún judío que pueda ayudarme. Pero creo que hay una solución.

Había conseguido intrigarla, pero me conocía demasiado para no imaginar por dónde iba. Y castigó mi reticencia con una nueva ironía.

- ¿Dónde está ese libro?

- No es un libro, son siete, todos del mismo autor.

- Como los siete demonios de la Magdalena. ¿Crees que leyéndolos vas a conocer mejor a Jesús?

~ Me acarició la mejilla y se dirigió hacia el cuarto de los niños. De repente se volvió a mitad de camino.

- ¿Cuánto cuestan esos libros?

- No sé el precio exacto. Bastante caros.

- Te apuesto ese dinero.

- ¿Qué quieres decir?

- Si no te sirven para lo que quieres, me tienes que dar la misma cantidad que te cuesten.

- ¿y si me sirven?

Se quedó pensando una respuesta.

- Si te sirven, aguantaré que me los vayas contando mientras los lees. ¿Te parece poco?

Capítulo 1: Los siete libros de José

Años atrás le había oído decir a Flora: "El trigo pesa mucho y da poco; los libros pesan poco y dan mucho". Mi padre me aclaró el sentido de aquellas palabras. Flora, buen comerciante, había descubierto en los libros un gran negocio. Se enteraba de qué obras estaban de moda en Atenas, Roma o Alejandría, encargaba copias - generalmente lujosas- y las ofrecía a personas como mi padre, deseosas siempre de enriquecer su biblioteca.

Después de casarme, yo también me convertí en uno de sus compradores. No tanto como quisiera, porque Lucila me imponía moderación. Pero, al menos, me mantenía informado. Fue así como llegué a enterarme de aquella obra en la que depositaba mis esperanzas.

"Su autor -me dijo Floro- es José Flavio, un sacerdote judío que luchó contra Roma en la última guerra; luego se hizo amigo de Tito, lo acompañó durante el asedio de Jerusalén y fue testigo directo de la caída de la capital. Como sacerdote, conoce perfectamente las costumbres religiosas de los judíos. Además, ha tenido acceso a los documentos romanos, porque esa historia de la guerra se la encargó el mismo Tito. Propaganda política, para que los otros pueblos se enteren de lo que cuesta rebelarse contra Roma".

No me atraía una obra de propaganda, y menos en favor de los romanos. Pero Flora insistió. "José Flavio escribió esa obra hace años, en arameo, y ahora él mismo la ha traducido al griego. Es una oportunidad única. Sólo dispongo de ese ejemplar, y será muy difícil encontrar otra copia de una obra tan extensa".

No era preciso hacer cursos especiales de retórica para convencerme. Lo que no podía imaginar entonces es que aquella compra me iba a llevar a la apuesta de que te hablé.

* * *

En cuanto recibí de Floro los libros me acerqué a enseñárselos a mi padre. Quería darle una sorpresa, e introduje los siete rollos en una cesta, cubriéndolos con un paño. Me miró asombrado.

- ¿Qué traes ahí?

- Adivínalo.

Me miró un momento fijamente. Luego entornó los ojos y comenzó a reír.

- Eres más ingenuo que un niño chico. ¿Qué puedes llevar tú en una cesta, Andrónico?

- ¿Qué puedo llevar? -pregunté algo molesto-.

- Los siete libros de la Guerra Judía, escrita por un tal José Flavio.

Me dejé caer en el diván, desanimado.

- Hace unos días vino Floro a ofrecérmela -continuó mi padre-. Estuve a punto de comprarla. Después pensé que no tenía sentido hacer un gasto tan elevado cuando podía leerla gratis. Sabía que luego te la ofrecería a ti, y que tú la comprarías. En todo el jaleo que has montado sólo me extraña una cosa: que sepas dónde están las cestas.

No pude evitar una sonrisa.

- Tuve que pedírsela a Lucila. He hecho una apuesta con ella.

Esta vez sí se mostró extrañado.

- ¿Una apuesta?

- Adivina sobre qué.

Por fin lo había derrotado.

- He apostado con ella que estos libros me ayudarán a conocer mejor la persona de Jesús y su mensaje.

El asombro de mi padre dejó paso a un profundo interés.

- Floro no me dijo que esos libros hablasen de Jesús.

- Ni a mí tampoco. Pero si hablan de su tierra, su pueblo, su época, me ayudarán a conocerlo.

Guardó silencio un largo rato, meditando lo que le había dicho.

- En principio, tendría que darle la razón. Pero, no sé. Me quedan ciertas dudas. ¿No te basta lo que cuentan los evangelios?

- No basta, padre. Hay muchas cosas que no explican. Y otras muchas que dan por sabidas, pero que yo no sé. Podría hacerte un catálogo larguísimo. Desde las más superficiales hasta las más profundas.

Por ejemplo, tu querido Lucas cuenta al principio de su evangelio que Zacarías, el padre de Juan el Bautista, fue a oficiar al templo de Jerusalén cuando le tocó el turno a los sacerdotes de su grupo. ¿Cómo estaban organizados los sacerdotes judíos? ¿Cuándo les tocaba acudir al templo?

- No lo sé... pero no creo que sea una cuestión muy importante para conocer a Jesús. Él no era sacerdote.

- Ésa puede ser una de las cuestiones superficiales. Pero te pongo otra. ¿Quiénes formaban parte del Sanedrín, la institución que condenó a Jesús a muerte? Esto sí tiene importancia para saber si lo condenó el pueblo, la clase alta, o los sacerdotes. Ayuda a saber quiénes estaban de su parte y quiénes en contra. Otro ejemplo: Marcos cuenta que después de anunciar Jesús su muerte y resurrección los discípulos no entendieron lo que les decía y tenían miedo a preguntarle. ¿Qué idea tenían los judíos del Mesías? ¿Por qué no entienden lo de la muerte y resurrección? ¿Es que no creían en la resurrección?

Hice una pausa, que él no interrumpió.

- Hay montones de preguntas como éstas.

- ¿Y crees que vas a encontrar respuesta en los libros de José Flavio?

- No lo sé. Pero espero encontrar algo, quizá mucho.

Mi padre se inclinó sobre la cesta y quitó el paño que cubría los rollos. No llegó a tocarlos, se limitó a mirarlos.

- Estás empezando a convencerme, y me alegro de que hayas comprado esos libros. Pero te advierto una cosa. Conocer a Jesús es una cosa muy grande y misteriosa. No creo que se consiga leyendo y estudiando. Es un don de Dios, una gracia que debemos pedir. Si te olvidas de esto, toda tu ciencia podrá convertirse en algo frío, sin alma, y, cuanto más sepas, más lejos te sentirás del Señor.

Al cabo de los años descubrí la verdad de estas palabras, que entonces me molestaron como una absurda amenaza. Pero mi padre no amaba las largas exhortaciones y cambió de tema.

- No me has dicho qué te has apostado con Lucila.

- El precio de los libros.

Pareció no entender.

- Si estos libros no me sirven para conocer a Jesús, tengo que darle la misma cantidad que me han costado.

Mientras alargaba la mano hacia el rollo que tenía más cerca me dijo.

- Aunque ganes la apuesta, dale ese dinero.

- ¿Por qué?

- Será una buena inversión.

Parecía al tanto de un secreto que yo desconocía. Pero era inútil querer sacarle más. Estaba acariciando el rollo, paso previo a concentrarse en su lectura.

- Te los dejo para que los veas. Espero que me los prestes de vez en cuando.

* * *

Al día siguiente fui a recuperar mi adquisición. Dos rollos estaban sobre la mesa y los otros cinco en la cesta.

- Con estos dos tienes bastante. Los otros cinco no sé si te serán útiles.

Era imposible que los hubiese leído en un solo día. Pero no me dio tiempo a preguntarle.

- Esos cinco tratan de los años posteriores a Jesús. Él murió en tiempos del emperador Tiberio, ya partir del libro tercero se cuenta lo ocurrido en tiempos de Nerón.

Me dirigió una mirada divertida.

- No me consideres tan listo. El Prólogo ofrece un esquema de toda la obra. Por ahí lo he descubierto.

Me eché a temblar pensando lo que diría Lucila. Mi padre pareció advertirlo.

- Aunque los últimos cinco rollos no hablen de la época de Jesús, quizá sean interesantes para lo que pretendes. A veces, los historiadores intercalan información sobre un pueblo en medio de los acontecimientos que narran.

- ¿Has leído mucho?

- Casi la mitad del primer libro. Te lo podría resumir en pocas palabras. Al principio, los judíos están sometidos a los macedonios. Cuando consiguen independizarse, se dedican a pelearse entre ellos. Y ya puedes imaginarte quiénes se benefician de esas luchas internas: los romanos. De joven, este relato me habría entusiasmado. Cuando uno llega a viejo, se da cuenta de que todas las historias son lo mismo: ambiciones, guerras, asesinatos, batallas, traiciones... Cambia los nombres, y da lo mismo que ocurran en Judea, Roma, Sirla o Numidia.

- Me estás desanimando.

- No. Te cuento mi impresión. Pienso seguir leyéndolo... con tu permiso.

- Si te dejo el primer libro, ¿lo terminarás para mañana por la noche?

- Va a ser demasiado. Te lo devuelvo pasado mañana.

Al ver que me levantaba, comentó.

- Me gustaría conocer tu opinión a medida que lo lees. Los libros son como las personas. A veces escuchas a alguien y no te suscita especial interés. Sin embargo, otro oyente puede descubrir cosas que nadie advierte.

- Tu amigo Lucas dice que todo es cuestión de saber leer. Si no buscas nada, el texto no te dice nada. Si buscas algo, quizá te sorprenda.

- Lucas siempre lleva razón. A lo mejor a él le interesaba mucho esta obra. Estoy seguro.

Lo dijo sinceramente, sin deseos de animarme, y precisamente por eso me animó.

Me volví cuando estaba en la puerta.

- ¿Te importa que nos reunamos con Lucila para comentarlo? Se lo he prometido.

Me miró como si yo fuese estúpido.

- ¿Cómo va a importarme? Dale un beso de mi parte. Y dije que hoy no ha venido a verme.

- Néstor tenía un poco de fiebre. Nada grave, no te preocupes. No vengas a verlo, que ya está durmiendo.

Había salido ya de la habitación cuando oí que me llamaba.

- Andrónico, creo que deberías invitar también a Livia. Estas cosas le interesan mucho. Por lo menos, díselo, por si le apetece.

- Como siga creciendo el número, esto va a parecer el Areópago de Atenas.

* * *

Dos días después, fiel a su promesa, mi padre me devolvió el libro primero. No quiso comentarme nada. "Ya hablaremos -me dijo-. Prefiero que lo lees sin prejuicios". Me sumergí en el árido mundo de nombres desconocidos y hazañas que no sabía situar en el tiempo como quien se adentra en una oscura caverna y teme que las tinieblas se hagan cada vez más densas. Pero la conciencia de deber justificar aquel gasto tan elevado me hacía ver rayos de luz en el más tenue indicio. Pensé confiarlos a mi buena memoria. Pronto comprendí que era una temeridad. Cogí mi díptico de cera y fui escribiendo en él anotaciones rapidísimas que me sirviesen de recordatorio: "circuncisión"; "alianza con los romanos"; "ciudad alta y baja"; "ciento setenta años de dominio macedonia"; "mercenarios"; "samaritanos"; "armas de Galilea"; "Judas el esenio"; "sediciones durante las fiestas"; "actos de crueldad". Mi primer día de lectura me llevó hasta la muerte de un tal Alejandro Janneo, del que no me quedaba claro cuándo reinó. Luego repasé algunos episodios, con la conciencia de que debería responder ante un auditorio exigente.

Después de la cena, cuando Lucila hubo acostado a los niños, comenzamos nuestra reunión. Livia había aceptado la invitación con una mezcla de entusiasmo e ironía. "Al final, vas a ser tú quien me enseñe cómo somos los judíos". Y mi padre me miraba con interés, esperando descubrir algo que él no había advertido durante su lectura. Pero quien comenzó a hablar fue Lucila.

- ¿Qué tal tu libro? ¿Contento?

Me había prometido a mí mismo ser sincero.

- Es muy pronto para dar una opinión. Hasta ahora lo compararía con un edificio que no te atrae, pero que está lleno de objetos interesantes. El libro resulta un poco pesado, habla de

muchos personajes que me resultan desconocidos. Pero he encontrado unos cuantos detalles interesantes. Los he ido apuntando, para que veáis que me lo tomo en serio.

Cogí el díptico para refrescar la memoria.

- A ver qué os sugiere esto. Al principio, los judíos estaban sometidos a los sirios. El rey Antíoco quería que sus súbditos viviesen al estilo griego. Todos estaban de acuerdo, menos los judíos. Entonces los obligó a violar sus leyes, prohibiéndoles circuncidar a los niños y ordenándoles sacrificar cerdos sobre el altar. Las dos cosas las pone José Flavio al mismo nivel, como dos pecados terribles. ¿Qué os parece?

- A mí me parece una barbaridad -saltó Livia-.

- A mí me ha recordado a Pablo -le dije-, cuando habla contra la circuncisión y prohíbe que nos circuncidemos. Para un judío, esa ley es de las más importantes. Ahora entiendo por qué los judíos odian a Pablo. En el fondo les recuerda al rey Antíoco.

- Yo soy judía y no odio a Pablo. No es lo mismo prohibir la circuncisión por fastidiar y prohibirla para dejar clara la importancia de la fe.

- De acuerdo. Pero me resulta curioso que el rey más impío coincida con nuestro apóstol.

- No coinciden en nada, Andrónico.

Lucila y mi padre asistían divertidos a nuestras interminables peleas. Livia, consciente de que no se trataba de discutir, dio por terminado el tema.

- Ese dato es interesante, pero no tiene nada que ver con Jesús. Él nunca habló contra la circuncisión, que yo sepa.

- El siguiente tampoco tiene especial importancia. Lo he anotado como mera curiosidad histórica. Antes de estar sometidos a los romanos, los judíos se llevaban muy bien con ellos, incluso hicieron distintos tratados de paz. Ironías de la vida. Pero eso le ha pasado a muchos pueblos con los romanos.

- ¿Cuándo empezaron las peleas?

- Eso te lo tendría que decir mi padre, que ya ha leído todo el libro.

Pero el excelentísimo Teófilo no tenía ganas de convertirse en protagonista de la reunión.

- Otro detalle que no sabía. ¿Cómo os imagináis la ciudad de Jerusalén?

- La más bonita del mundo -intervino de nuevo Livia-. Antes de que la destruyesen por completo.

A Lucila le desconcertó mi pregunta.

- No acostumbro imaginarme las ciudades que no conozco.

- Cuando oyes que Jesús entró en Jerusalén, ¿no te imaginas nada?

-No.

- Yo tampoco, es verdad. Pero ahora me he enterado de que en Jerusalén hay una ciudad alta y una ciudad baja. O sea, que hay cuevas.

Lucila me miró con un brillo de ironía en los ojos.

- Para eso no hace falta leer a José Flavio.

Eché un vistazo al díptico.

- El dominio de los macedonios duró ciento setenta años.

Nadie hizo comentario alguno. Los miré con aire de triunfo.

- Este dato es muy importante. Significa que en Judea debió haber mucho influjo de los griegos.

- Y Jesús leía de pequeño a Aristóteles.

- Tú te lo tomas a broma, Lucila, pero a lo mejor sabía griego.

Recuerda que iba mucho a la Decápolis, que es una región de nombre griego.

- Está bien. No te molestes.

- Yo estoy convencida de que Jesús sabía griego -intervino Livia-. Si lo sabía hasta mi padre...

Hice un breve silencio antes de preguntar solemnemente.

- ¿Os acordáis de la parábola del buen samaritano? La que cuenta Lucas.

- Sí, la del que iba de Jerusalén a Jericó y lo asaltan unos bandidos. ¿Qué pasa?

- ¿Quién es el primero que ve al herido?

- ¿Un levita?

- No. Un sacerdote. El levita fue el segundo. ¿Y quién atiende al herido?

- El samaritano.

- ¿Encontráis algo raro?

- Lo único que encuentro raro es que los otros dos no lo ayuden.

- La cosa es más grave. Los samaritanos y los judíos se odian a muerte. Sin embargo, Jesús pone como modelo a un samaritano, no al sacerdote ni al levita.

- ¿Dice ahí que los samaritanos y los judíos se odian? –preguntó Lucila-

- No es que lo diga así de claro, pero lo da a entender. Uno de los reyes judíos asedió la ciudad de Samaria, la demolió y convirtió en esclavos a todos los habitantes.

Mi padre aportó su granito de arena.

- Ahora comprendo otra cosa que cuenta también Lucas: una aldea de samaritanos no quiso recibir a Jesús cuando se enteraron de que iba a Jerusalén. Si se odian, es -lógico que no quisieran darle provisiones.

Yo no había advertido aquel dato, que me pareció de mucho valor.

~ ¿Lo veis? Vosotros mismos caéis en la cuenta de que esta obra es importante para entender el evangelio. ¿Cómo os imagináis Galilea, rica o pobre?

- No sé. Más bien pobre, ¿no?

- Mi padre decía que Galilea es bellísima. Pero que los galileos son rebeldes e ignorantes de la Ley.

- Jesús era galileo, Livia. Y los doce apóstoles.

- La excepción confirma la regla.

- No nos peleemos -terció mi padre-. ¿Qué querías decir de Galilea?

- Yo pensaba que era una región muy pobre. Pero he leído un detalle muy curioso, de un tal Antígono, que se procuró armas bellísimas en Galilea. Nadie consigue armas espléndidas en una región pobre. Para mí ha sido una sorpresa.

No hubo comentario.

- Tengo apuntadas otras cosas, pero son simples detalles curiosos.

Éste te lo dedico, Livia. Un esenio, llamado Judas, tenía el don de adivinar el futuro. ¿Es frecuente el don de profecía entre los esenios?

- Igual que entre los cristianos. Ni más ni menos.

Consulté mi díptico.

- ¿Sabéis quejas judíos siempre aprovechan las fiestas para rebelarse?

- ¿Contra los romanos?

- Contra quien sea. Da lo mismo.

- Yo no conozco Judea, hijo. Pero me parece lógico que la gente aproveche los días de fiesta para rebelarse. Los días normales están dispersos por el campo y por los pueblos. Las rebeliones se producen cuando se reúne una gran multitud.

Cerré el díptico.

- Lo último que anoté son los crímenes de un rey llamado Alejandro Janneo. Crucificó a ochocientos judíos en medio de Jerusalén y mandó torturar a sus mujeres e hijos delante de ellos, mientras él contemplaba el espectáculo tumbado entre sus concubinas y bebiendo.

Por los ojos de Lucila cruzó un relámpago de rabia.

- ¡Qué gente tan salvaje hay!

Cerré mi díptico lentamente.

- ¿Qué os parece? ¿Merece la pena leer el libro?

Lucila puso la nota escéptica.

- Yo esperaba algo más. De todas formas, es interesante. No tanto como los evangelios, pero mejor que leer un libro cualquiera.

Pero fue mi padre quien estuvo a punto de echarlo todo a perder.

- Me has asombrado, Andrónico. Hemos leído las mismas páginas, pero yo había pasado por alto casi todos esos detalles. De todos modos, te vaya hacer una pregunta, no te molestes. ¿Qué te ha enseñado todo eso sobre Jesús?

- Que quizá supiese griego -respondió Lucila con cierta ironía-.

- Y que hablaba bien de los samaritanos, aunque eran enemigos de los judíos y no lo recibieron bien en cierta ocasión -añadí yo algo molesto-. Y que Galilea no es tan pobre como pensaba.

- Y que Jerusalén tiene cuevas.

La última intervención de Lucila me irritó.

- Si os lo tomáis a broma, sigo leyendo el libro por mi cuenta y se acabaron las reuniones.
- No te molestes, Andrónico. Lo que quiere decir tu padre es lo mismo que yo te comenté. Que un ratito leyendo el evangelio te ayuda más a conocer a Jesús que un montón de horas leyendo a ese autor.
- Pues a mí me ha gustado mucho -me asombró Livia-. Aunque sea cristiana, me siento muy judía. Y todo lo que sea saber cosas de mi pueblo me interesa. Y a vosotros también debería interesaros.
- Creo que no me he expresado bien, Andrónico. No estoy en contra de que leas esa obra, ni de que la comentemos. Estoy de acuerdo con Livia en que es muy interesante. Sólo quiero advertirte que no te hagas falsas ilusiones. Que no le pidas más de lo que puede darte.

Cuando nos acostamos, Lucila se estrechó contra mí.

- ¿Estás peleado conmigo?
- ¿Por qué iba a estarlo?
- Por lo de las cuestas.
- Ya sé que disfrutas con tus ironías.
- No lo puedo evitar, perdóname. Pero me alegro de tener un marido tan listo.
- Pues no se nota que te alegre.
- Lo que pasa es que no quiero que te pongas tan orgulloso.
- Yo no me he puesto orgulloso.
- Porque no te dejamos. ¿Cuándo vamos a tener la próxima reunión?
- Cuando se me pase el mosqueo.
- Pues procura que sea pronto, que tengo muchas ganas de que llegue.

* * *

Las palabras de Lucila me animaron bastante, más que la intervención de Livia. Pero durante algunos días los negocios me tuvieron ocupado. Cuando pude reanudar la lectura, me suscitó al punto gran interés. A la muerte de Alejandro Janneo le sucedía en el trono su esposa Alejandra. De pronto, sin esperarlo, me encontré con uno de los grupos más importantes de los evangelios: los fariseos. José Flavio los alaba en gran manera: "Grupo de judíos que tiene fama de ser más piadoso que los otros y de interpretar más exactamente las leyes". También deja clara su ambición y cómo se aprovechaban de la ingenuidad de la reina. Las peleas posteriores entre los dos hijos de Alejandra, Aristóbulo e Hircano, no consiguieron interesarme. Pero hice bien en no saltarme nada. Pocas líneas después entraban en escena Pompeyo y los romanos. Y encontré un nuevo dato de geografía que fui a comentarle inmediatamente a mi padre.

- He descubierto un detalle a propósito de Jericó, la ciudad donde pedía limosna el ciego Bartimeo y donde Zaqueo se subió a la higuera para ver a Jesús. Aquí dice que la más fértil de Judea, con muchas palmeras y balsameras. Hacen incisiones en el tronco y dejan que gotee el bálsamo. Un gran negocio.
- ¿No estarás pensando plantar balsameras en Tróade?

- Ni se me había ocurrido -lo tranquilicé-. Es que todos los detalles geográficos me resultan interesantes.

- Te pasa desde niño. Siempre que hacíamos un viaje no parabas de preguntarme los nombres de las ciudades, de los ríos, los cabos, las penínsulas. Eras peor que Elena.

Cogió uno de los rollos que estaba sobre la mesa.

- Ahora mismo, podría hablarle tanto de todos esos territorios que terminaría odiando la geografía. En el libro tercero describe Galilea, Perea, Samaria y Judea.

- ¿Ya vas por ahí?

- El segundo no es tan largo como el primero, y me paso muchas horas leyendo. Mira lo que dice sobre Galilea. Mejor dicho, sobre las dos Galileas, porque distingue la Alta y la Baja. *"a pesar de ser pequeñas y rodeadas por unas naciones vecinas tan potentes, las dos Galileas siempre se han visto libres de invasiones enemigas, porque los galileos están acostumbrados a luchas desde la cuna y siempre han sido numerosos; nunca ha afligido a los hombres la falta de valor ni al país del grano o el pasto y rica en árboles de todas clases, de modo que con su fertilidad invita incluso a los menos propensos a trabajar el campo. De hecho, cada metro ha sido cultivado por los habitantes y no se desperdicia ninguna parcela. Está densamente poblada de ciudades y, gracias a la abundancia natural del terreno, los numerosos pueblos están tan densamente poblados que los más pequeños de ellos tienen más de quince mil habitantes"*.

Estuve a punto de saltar de alegría. .

- No me dirás que eso no es interesante. Ahí tienes el ambiente en que se movió Jesús. Gente valiente, trabajadora. Una región rica y muy poblada. Ese texto es espléndido. Siempre que pienso en el Señor acompañado de los doce y de las mujeres me pregunto: ¿encontraría a mucha gente? ¿Tendría que hacer muchos estadios para ir de un pueblo a otro? Ahí está claro que no. Cada día podría estar en un pueblo distinto.

- Olvidas que Jesús hablaba a la gente cuando se reunía los sábados en la sinagoga.

- ¿Qué pasa con eso?

- Que probablemente no cambiaba de pueblo todos los días. Se tomaría las cosas con más calma.

- ¿Y qué hacía durante la semana?

- No sé. Imagínatelo tú, que para eso tienes tanta fantasía.

- Me pregunto también cómo reaccionarían los galileos ante la dominación romana. Si eran tan independientes, no debía gustarles.

- Yo ya sé algunos datos, pero no te los digo. Descúbrelos por tu cuenta.

- ¿Dónde los has encontrado?

- En el libro segundo. Y en el evangelio de Lucas.

- ¿En el evangelio de Lucas?

- Como tú no le concedes tanta importancia como al de Mateo no lo habrás advertido. Yo no te lo pienso decir.

- Ya lo encontraré, no te preocupes. Habrás visto que en cualquier libro se pueden encontrar cosas interesantes, no sólo en los dos primeros.
- Efectivamente. Ya te lo avisé.
- No me lo avisaste. Lo dijiste para que no me desanimase.
- Pero llevaba razón.
- En esta casa todos llevan razón. Menos yo, que soy el que pago.

El texto sobre Galilea me había entusiasmado tanto que le propuse un cambio.

- ¿Te parece bien que saltemos al libro tercero y hablemos de la geografía de esos territorios?

Me bastó su mirada para advertir mi error.

- No. Por tres motivos. El primero, porque ya te he dicho desde niño que los libros se leen respetando el orden del autor, no saltando de un sitio a otro. El segundo, porque esas descripciones, aunque sean detalladas, no permiten hacerse una idea clara de cada región si no las conoces. Y el tercero, porque a los cinco minutos estaríamos todos dormidos.

Capítulo 2: Recuerdos I

Dice Cicerón que "la historia es maestra de la vida". He leído en Polibio y otros autores afirmaciones parecidas, pero me gusta más la concisión de ese abogado romano. La historia, con sus avatares e incertidumbres, nos enseña a comportarnos rectamente y a no cometer los errores del pasado. Mi padre era más escéptico con respecto al tema. "La historia puede ser una buena maestra. Pero nosotros somos malos alumnos. Raras veces aprendemos de ella".

No sé por qué te cuento esto. Quizá sea una reflexión espontánea que me provocó la lectura de José Flavio. Seguía sumergido en un mar de nombres extraños, personas que habían luchado por dominar Judea. No quiero cansarte con datos que te resultarían irrelevantes; aunque en sí mismos tengan importancia. Idéntica sensación tenía cuando preparaba nuestras reuniones. Muchas de las cosas que leía podrían ser interesantes para mí, pero no se prestaban a discutirlos en grupo. Y, curiosamente, advertí que, muchas veces, lo que resulta interesante y atrayente es lo secundario, lo anecdótico, no el hecho político fundamental.

Por otra parte, me asaltó una duda de carácter más grave, que era incapaz de resolver por mí mismo. Acudí a mi consejero particular.

- Padre, para conocer a una persona, ¿qué datos de la historia de su pueblo debes tener presente?

Meditó un momento su respuesta.

- Entiendo lo que quieres decir, pero no podías haberlo formulado peor. ¿Tú conoces a Livia?

No esperaba aquella pregunta.

- Creo que la conozco bastante bien.

- Y no sabes nada del pueblo judío, ni de los esenios. Para conocer a una persona no es preciso conocer la historia de su pueblo. Pero sé por dónde vas. El caso de Jesús es distinto al de Livia, es un personaje público, que termina condenado a muerte por las autoridades. Si quieres entenderlo, tienes que conocer lo que ocurrió en su país.

- Mi pregunta no era ésa. Lo que quiero saber es qué datos concretos tienen interés para conocerlo. Dicho de otra manera, ¿pudieron influir en Jesús hechos que él no vivió ni conoció?

- ¿Como cuáles?

- Por ejemplo, las luchas entre Hircano y Aristóbulo, los dos hijos de Alejandro Janneo.

Volvió a reflexionar en silencio.

- ¿Tú conociste a Alejandro Magno?

- Ni yo ni tú.

- Murió hace cuatrocientos años. Sin embargo, sigue influyendo en nosotros, en nuestra cultura, la difusión de nuestro idioma, la filosofía, el arte. Lo que tú comentabas un día de que Jesús podía saber griego demuestra que Alejandro influyó también en Jesús. Pero aquí radica el misterio de la historia. Nos influye un personaje de hace siglos, y a lo mejor no te afecta nada algo ocurrido hace dos años. Volviendo a tu pregunta sobre las luchas entre Hircano y Aristóbulo, pienso que tienen interés. Si te has fijado, no se trata de meras luchas personales. El pueblo se divide en dos bandos, cada sector tiene su partidario. En el fondo es una guerra civil, que terminó provocando la intervención de Roma.

- ¿Tú crees que Jesús sabía quiénes eran Hircano y Aristóbulo?

- Imagino que alguna vez oiría hablar de ellos, aunque no supiese muchas cosas.

- Pues aquí está mi problema. Para conocer a Jesús, ¿tengo yo que conocer la historia de su pueblo mejor que él la conocía? ¿Qué podía saber Jesús? Cuatro cosas que le contasen sus abuelos y sus padres.

Me miró extrañado.

- Estás hablando como Lucila.

Sonreí.

- Porque ella no está delante. Aunque no se lo diga, comprendo que sus críticas están justificadas.

- Pero ese punto acabamos de aclararlo. En una persona pueden influir acontecimientos que ella no imagina. Es lógico que tú desees conocerlos.

- ¿Sabes lo que me dirá Lucila? "Al final vas a terminar conociendo a Jesús mejor de lo que él mismo se conocía".

- Te noto desanimado.

- Más que desanimado, desconcertado.

- Yo sólo te puedo dar un consejo: sigue leyendo. Luego intenta separar el trigo de la paja. Imagina qué pudo influir en Jesús, aunque él no lo supiese. Y olvídate del resto.

* * *

"¿Qué podía saber Jesús? Cuatro cosas que le contaron sus abuelos y sus padres". Lo había dicho sin pensarlo, automáticamente. Sin embargo, aquella frase se fue abriendo paso en mi mente, adquiriendo fuerza con curiosidad creciente. ¿Qué le contarían a Jesús sus abuelos y sus padres? Con vistas a nuestras reuniones, esta sencilla pregunta podía suscitar mayor interés que una información exhaustiva sobre la historia.

Intenté sondear el terreno.

- ¿Tus abuelos te contaban muchas historias cuando eras pequeña?

Lucila me miró desconcertada.

- Sí. Sobre todo mi abuela. Mi abuelo hablaba de batallas, de generales y de campeones olímpicos. Eso le gustaba más a mis hermanos.

- ¿Tú sabes que Jesús tenía abuelos?

- Si tenía padres, tenía abuelos.

- ¿Qué crees que le contarían a Jesús?

Reflexionó un momento.

- No sé. Historias entretenidas, como las que tu padre le cuenta a Néstor. Cosas que él hizo cuando era joven, viajes...

- Los abuelos de Jesús no creo que tuviesen ocasión de viajar mucho. Irían a Jerusalén todos los años para celebrar la Pascua, como hacen los judíos. Sin embargo, debieron tener muchas cosas que contarle a Jesús. Lo que ocurrió cuando la nevada, la historia de los cestos... Sobre todo la de los cestos. Estoy seguro de que la oyó muchas veces.

Me conocía demasiado para caer en la trampa.

- Tú lo que quieres es contarme esas historias, ¿verdad? Pues espera a la noche, que ahora tengo que salir.

- ¿Adónde vas?

- A casa de Flora. El más pequeño está enfermo, y ella tiene que ir a la plaza.

Se echó el velo por la cabeza.

- ¿Qué es la historia esa de los cestos? ¿Por qué no me acompañas y se la cuentas al niño de Flora?

- Es muy cruel. Es preferible que le cuentes una de esas fábulas que tanto te gustan.

- O sea, que el niño de Flora no puede escuchar la historia de los cestos porque es muy cruel, pero a Jesús se la contaba su abuelo.

- Es distinto. Jesús era galileo.

- ¿Y eso qué tiene que ver?

- Ya te lo explicaré esta noche.

Al momento de salir, cuando me besaba, comentó:

- Si quieres conocer a Jesús, te aconsejo que te preocupes más por los enfermos. Jesús les dedicaba mucho tiempo. Te podrían enseñar bastante.

Lo dijo sin deseo de herirme, pero me dejó mal sabor de boca.

* * *

El proyecto de renunciar a multitud de datos históricos para concentrarme en los recuerdos de los abuelos y de los padres de Jesús mereció la aprobación de todos. En el caso de mi padre era comprensible, porque conocía esos datos y le interesaba ver la selección que yo había hecho.

Más me extrañó que accediese Livia, deseosa de conocer-los detalles más pequeños de la historia de su pueblo. En cuanto a Lucila, no había problema. Llevaba horas intrigada por las historias de la nevada y de los cestos.

- He estado haciendo cálculos -comencé-. Y he llegado a la conclusión de que lo que conoció Jacob, el abuelo de Jesús, fue la época de Herodes.

- El abuelo de Jesús se llamaba Helí -me corrigió mi padre-.

- Mateo lo llama Jacob.

- Pues Lucas lo llama Helí.

- ¿Qué más da? -nos cortó Livia-. Tendría dos nombres, como muchos judíos, o como ese José Flavio.

- A mí me trae sin cuidado que se llamase Jacob o Helí. Yo lo que digo es que los niños acostumbran tener dos abuelos y dos abuelas.

- De acuerdo, Lucila. Pero Mateo y Lucas sólo mencionan al padre de José, da lo mismo como se llamara. Así que me he imaginado lo que él le contaría. Livia y tú podéis imaginaros lo que le contaban sus abuelas.

- A lo mejor le contaban parábolas, y seguro que le gustaban más que todas las batallas de su abuelo.

El excelentísimo Teófilo restableció la calma.

- Nadie discute que las madres y las abuelas influyen más en los niños que los padres y los abuelos. Pero aquí se trata de conocer la época de Jesús. Dejadle a Andrónico que siga.

- Quisiera contaras historias sencillas, como las que oíría Jesús, pero que nos ayudan a descubrir el ambiente en el que creció. Y la primera historia es la de la nevada, que ocurrió poco antes de que Herodes llegase a rey. Los galileos no querían que gobernase sobre ellos porque era amigo de los romanos. Pero Herodes no se amilanó. Cogió su ejército y se dirigió contra la capital de Galilea, Séforis. Supongo que estaría cerca de Nazaret, porque Galilea es muy pequeña¹. Cuando se aproximaba a Séforis comenzó a nevar. Nadie le dio importancia, pensando que serían unos cuantos copos. Pero fue un temporal de nieve terrible. Sin embargo, Herodes no se detuvo, continuó la marcha hacia la capital. Cuando llegó a ella la noticia del avance del ejército, la guarnición salió huyendo. Y los habitantes de Séforis no opusieron resistencia, abrieron las puertas de la ciudad.

Los tres me miraron extrañados.

- ¿Eso es todo? -comentó Livia-.

Me sentí inseguro.

- Es un dato interesante. Demuestra que los galileos no se llevaban bien con los romanos ni con Herodes. Y la historia no termina aquí, empalma con la de los cestos.

- Pero lo has contado de forma muy aburrida -dijo mi padre-. No creo que Helí se lo contase así a Jesús. ¿En Nazaret nieva mucho?

¹ Aunque Andrónico no podía saberlo por la lectura de Josefo, llevaba razón. Séforis estaba sólo a cinco kilómetros de Nazaret.

- No sé -contesté-. Si nevaba en Séforis, supongo que también en Nazaret.

- Yo me imagino una noche de nieve, con la familia reunida junto al fuego. Helí comienza a hablar: "Esta nevada me recuerda la que ocurrió cuando un era niño. Nos habíamos enterado de que Herodes venía con su ejército para someter a los galileos, empezando por Séforis. Hablaban de un ejército inmenso, con infantes, caballería, máquina de asedio, carros de aprovisionamiento. Los mayores estaban muertos de miedo, pero Josafat, Juan, Joaquín y yo nos pusimos de acuerdo para escaparnos de casa, sin que nadie se enterase, y ver de lejos el espectáculo. Quedamos a media mañana junto a la higuera grande, donde empieza la cuesta. Mientras esperábamos a Josafat, que se retrasó, comenzó a nevar. Eran pocos copos, igual que empezó esta tarde, y no le dimos importancia. En cuanto estuvimos los cuatro nos pusimos en marcha. Sin embargo, la nevada arreció mientras subíamos la cuesta y creo que todos estábamos deseando volvernos por el miedo y por el frío. Pero no tuvimos tiempo de pensarlo. De repente divisamos cinco soldados a caballo, enviados por delante para inspeccionar el terreno. Estaban lejos, pero nos llevamos un susto terrible y nos tiramos al suelo entre unas rocas. Al cabo de un rato muy largo, cuando los pies y las manos se nos estaban congelando, oímos un ruido bronco, como el de un terremoto que se acercase. Yo creía que era el fin del mundo. Pero Juan, el más valiente de los cuatro, asomó la cabeza y nos dijo en voz baja: "Ya ha llegado el ejército. He visto a Herodes. Va el primero."

Mi padre hizo una larga pausa. Esperamos que continuase, pero él mismo rompió el encanto.

- Así es como yo me imagino que le contarían las cosas a Jesús. Un poco mejor, porque Lucas dice que los judíos narran muy bien.

- ¿Qué paso luego?

Soltó una carcajada.

- Me lo estoy inventando todo. Inventaos vosotros el resto.

- A Elena y Néstor se lo habrías contado hasta el final.

- Vosotros no sois niños. Además, ya sabéis el final de la historia.

- Eso no importa -objetó Lucila-. Los niños siempre saben cómo terminan las fábulas. Lo importante no es la historia, sino el modo de contarla.

La conversación se desvió imperceptiblemente hacia la afición de los niños a oír historias, su deseo de que se las repitan aunque sean muy conocidas, su exigencia de que no se cambie ningún detalle de esos que ya conocen de memoria. Mientras tanto, reflexioné brevemente sobre mi método de exposición. No podía competir con mi padre en cualidades narrativas, soy incapaz de embobar a un auditorio, sea de niños o de adultos. Sin embargo, me había admirado el modo en que José Flavio narraba su historia. Pensé que lo mejor sería cederle la palabra. Pero antes había que volver al tema principal.

- En realidad, no sabéis el final de la historia. Al menos Lucila y Livia. La cosa no acabó con la caída de Séforis.

Mi padre me apoyó.

- Vamos a seguir, que la historia de los cestos es muy interesante.

- Por lo visto, los rebeldes se refugiaron en unas cuevas. Aquí es donde encaja el episodio de los cestos. Es mejor que os lo lea.

Busqué el pasaje, procurando leerlo con la mejor entonación. Eso no representaba para mí tanto problema como contar. *"Las cuevas estaban situadas en unas montañas muy abruptas, inaccesibles por cualquier parte; sólo unas subidas tortuosas y estrechísimas conducían a ellas; además, la montaña, vista de frente, se precipitaba en valles profundísimos que surgían perpendiculares sobre el lecho del torrente. El rey, desconcertado largo tiempo por lo impracticable del lugar, eligió finalmente un plan arriesgadísimo. Descolgó a los mejores soldados por medio de cestos hasta la boca de las cuevas, y éstos mataron a los bandidos y a sus familias y echaron fuego a todo el que ofrecía resistencia. Herodes, queriendo salvar a algunos de ellos, les propuso que saliesen. Pero ninguno se adelantó espontáneamente, y muchos de los que fueron forzados a ello prefirieron la muerte a la prisión. Había un anciano, padre de siete hijos; éstos y su madre le rogaban que les permitiese salir para rendirse; pero él los mató de la siguiente forma: tras ordenarles que se acercasen uno a uno, se puso en la abertura de la cueva y los fue degollando a medida que se acercaban. Herodes, viendo la escena desde un lugar elevado, sintió compasión y extendió la diestra al viejo conjurándolo a perdonar a sus hijos. Pero él, sin ceder a tales palabras, más aún, insultando a Herodes por su bajeza, después de matar a los hijos mató también a su mujer y, tras arrojar los cadáveres por el barranco, se tiró por último él mismo".*

Esta vez sí conseguí impresionarlos, aunque el mérito no era mío. La primera en hablar fue Lucila.

- ¿Tú crees que a Jesús le contarían esas historias tan terribles?

- Seguro que sí. Los galileos debían sentirse orgullosos de esas personas tan rebeldes. Los considerarían unos héroes. De hecho, la rebelión no acabó allí. Hubo muchos más conflictos.

- Pues los recuerdos del abuelo de Jesús no serían muy agradables -observó Lucila-. ¿Todo lo que sigue va a ser lo mismo?

- No lo sé. Me temo que sí. ¿Llevo razón, padre?

- Cuando Herodes se hizo con el poder, la situación se volvió algo más tranquila, por lo menos en Galilea.

Por la noche, en la cama, Lucila me susurró.

- Jesús debió sufrir mucho de niño.

- ¿Por qué? -le pregunté asombrado-.

- Con todas esas historias...

Me eché a reír.

- Esas historias le impresionarían igual que a Elena cuando le hablan de Aquiles.

- No es lo mismo. Eran historias muy recientes, de la época de su abuelo.

- De tu época de niña son las persecuciones de Nerón, y no vives angustiada.

El argumento pareció convencerla.

- ¿Cómo está el niño de Flora?

- Bien. Es un resfriado sin importancia, como el que tuvo Néstor. Pero no quería que se quedase solo mientras Flora trabaja.

- ¿Vas a volver mañana?
- Sí. Pero no le vaya contar la historia de los cestos, te lo aseguro.
- Para que veas que yo llevaba razón.
- Tú siempre encuentras razones convincentes para hacer lo que te gusta.
- ¿Nos peleamos?
- No. Tengo mucho sueño.

* * *

Me entraron ciertas dudas con respecto al sistema que había ideado para interesar a Lucila y Livia con la época de Jesús. ¿Qué les quedaba de toda la juventud de Herodes antes de llegar a rey? El simple recuerdo de una nevada y de unos cestos para descolgar soldados. "¿Y qué recuerdo yo -me dije- de los nueve libros de las Historias de Heródoto? ¿Qué recuerdo de Tucídides y Polibio?" Leemos por el simple placer de leer, con la amenaza inmediata de olvidar lo leído. ¿Qué importa que no hayan oído hablar de multitud de nombres inútiles, famosos sólo por su crueldad o su egoísmo?

Los días siguientes me pusieron en contacto con nuevas hazañas de aquel Herodes ambicioso, capaz de acomodarse a cualquier circunstancia y de ganarse la amistad de personas tan distintas como Casio, Marco Antonio y Octaviano, enemigos irreconciliables entre ellos. Pero eran datos de alta política, que pasarían desapercibidos para el abuelo de Jesús, y yo quería mantenerme fiel a mi ficción. Mucho interés me despertaron las espléndidas construcciones del rey, descritas con gran lujo de detalle. Sobre todo, Cesarea. Los evangelios no mencionan esta ciudad, que yo recuerde, pero Lucas, en la segunda parte de su obra, dice que Pablo estuvo preso allí dos años.

Menos atractivo tenían las desventuras domésticas del rey, selladas siempre con la sangre de sus mujeres y sus hijos. Una sucesión ininterrumpida de intrigas, acusaciones, mentiras, intentos de reconciliación, nuevas denuncias. Algo capaz de enloquecer a la persona más cuerda. Así fue caminando el rey hacia la vejez. Estos hechos eran de dominio público. El abuelo y los padres de Jesús sabrían que Herodes había mandado matar a su esposa Mariamme y a sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Pero eran problemas domésticos. ¿O significaban algo más?

A mi padre no le cabía duda de que estos problemas familiares debieron influir mucho en el pueblo.

- Ten en cuenta que Herodes no era judío, sino idumeo. Aunque intentó ganarse a la gente con sus construcciones, dando trabajo, siempre lo vieron como a un extranjero. Si encima su familia estaba dividida, y él iba matando a sus mujeres y a sus propios hijos, lo lógico es que la gente deseara un cambio de monarca. ¿Te acuerdas del himno de Zacarías?

No recordaba que José Flavio mencionase a ningún Zacarías, y mucho menos un himno. Mi padre captó enseguida mi desconcierto.

- Me refiero al padre de Juan el Bautista. Cuando nace el niño pronuncia un himno. "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo". ¿Lo ves? Zacarías esperaba un salvador de la dinastía de David. Las desgracias familiares de Herodes debieron influir mucho en que la gente esperase un rey distinto.

- Entonces, ¿te parece conveniente que hablemos con Livia y Lucila de estos temas?

Meditó un rato su respuesta.

- No creo que sea preciso tratarlos con detalle. A Lucila no le agradan esas truculencias. Lo que sí considero importante son los últimos momentos de Herodes y lo que ocurre después de su muerte. Eso sí está relacionado con el evangelio. Yo lo presentaría como los recuerdos de los padres de Jesús.

- Hablando de reyes, ¿sabes lo que cuentan del emperador Domiciano? Dicen que se pasa el día entero cazando moscas, y que luego las atraviesa con un estilete. Ya podía dedicarse a algo menos cruel y más útil.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Claudio. Acaba de llegar de Roma.

- Pues no es totalmente cierto. Entre mosca y mosca saca tiempo para perseguir a los cristianos... ya los no cristianos.

* * *

Mi carácter bastante susceptible hace que me molesten las indirectas de Lucila y su fina ironía. Pero reconozco que tengo gran parte de culpa. También yo disfruto poniéndola en el disparadero. La siguiente reunión la comencé con una frase premeditada.

- Cuando Jesús era más pequeño que Néstor, la situación en Judea debía ser terrible.

Lucila se estremeció, como si la semejanza de edad pudiese afectar a su propio hijo. No esperó a que preguntara.

- Herodes era ya anciano, tenía casi setenta años, y estaba muy enfermo. Entonces se produjo una insurrección popular contra el águila de oro.

Hice una pausa para valorar el efecto de mis palabras. Pero Livia no cayó en la trampa.

- Andrónico, no hace falta que nos trates como a niños chicos.

- Pues cuando mi padre contó la historia de la nevada estabas embobada.

- Pero tu padre no usa esos recursos efectistas que tanto te gustan. Él lo hace mejor.

El excelentísimo Teófilo no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

- Muchas gracias, Livia.

- No hay de qué. Además, esa historia ya la conozco. Se la oí a mi padre.

- Pues cuéntala tú -le dije molesto por mi fracaso-.

- Lo que ocurrió es que Herodes mandó poner en el templo un águila de oro; la gente se rebeló contra ese pecado terrible y la tiró por tierra.

Miré a Livia con una sonrisa irónica.

- ¿Cuántos años hace que te contó tu padre esa historia?

- Muchos. Yo era una niña.

- Pues se te han olvidado casi todos los detalles. Permíteme que te los recuerde, si no te molesta. Ya sabéis que los judíos no toleran estatuas, ni bustos, ni representaciones de

animales. Sin embargo, Herodes había mandado colocar en la puerta principal del templo un águila de oro. Mientras el rey estuvo sano, nadie se atrevió a tocarla. Pero al final de su vida, cuando se puso tan enfermo, dos doctores de la Ley, que gozaban de mucho ascendiente sobre los jóvenes, los animaron a tirar por tierra el águila. Mientras dudaban si hacerla o no, se corrió la voz de que Herodes había muerto. Ya no hubo dudas. A mediodía, cuando el templo estaba lleno de gente, unos jóvenes se descolgaron del techo mediante gruesas cuerdas y destrozaron el águila a golpes de hacha. Informaron al capitán de la guardia y arrestaron a unos cuarenta muchachos. Los llevaron ante el rey y reconocieron que lo habían hecho para defender las tradiciones patrias. Herodes estaba dispuesto a matarlos a todos; y la gente, temiendo que acusasen todavía a muchos más, le pidió que castigase sólo a los culpables directos.

Interrumpí mi relato.

- Herodes era un animal. Mandó quemar vivos a los que se descolgaron del techo y a los dos doctores que los habían animado. A los otros los entregó a los verdugos para que los mataran. Pero lo peor de Herodes fue cuando le llegó el momento de la muerte. Como sabía que la gente lo odiaba, y que iba a alegrarse de su desaparición, se le ocurrió una idea terrible. Mandó traer al palacio de Jericó, donde él se encontraba, a las personas más insignes de toda Judea, ordenó encerrarlos en el hipódromo y le dijo a su hermana Salomé.

Busqué en el rollo unas líneas señaladas.

"Yo sé que los judíos harán fiesta por mi muerte; sin embargo, puedo ser llorado por otros motivos y obtener un espléndido funeral, con tal que pongáis en práctica mi encargo. A esos hombres que están presos, matadlos inmediatamente cuando yo expire. Así, toda Judea y todas las familias derramarán lágrimas por mí, aunque no quieran".

- ¿Y los mataron?

- No. Salomé no le hizo caso. Fue más sensata que su hermano. Lo que no pudo impedir es que Herodes, antes de morir, mandase matar a otro de sus hijos, Antipater.

- Eso te lo puedes saltar, Andrónico. A Lucila no va a gustarle.

Era el mejor argumento para que Lucila se rebelase.

- Si es importante, prefiero que lo contéis. Tampoco me gusta oír cómo crucificaron a Jesús.

- Yo pienso que es importante para comprender a Herodes y lo que cuenta de él el evangelio de Mateo.

Lancé una rápida mirada a mi padre.

- Aunque algunos no le conceden mucha importancia a este evangelio, Mateo dice que Herodes, cuando se enteró del nacimiento de Jesús, quiso quitarlo de en medio y mandó matar a todos los niños de Belén menores de dos años. Esto encaja perfectamente con su forma de ser. Herodes siempre estuvo muy apegado al poder, sentía pánico a perder el trono. Por eso ya había mandado matar a dos hijos suyos. Pero quedaba otro en la cárcel, Antipater, acusado también de rebelión. Herodes pensaba matarlo, pero necesitaba permiso de los romanos. En esos días finales llegó de Roma una carta que le permitía condenarlo a muerte o perdonarlo. Lo que ocurrió entonces es una de esas escenas tragicómicas que se dan tantas veces en la vida.

Había caído inevitablemente en mi gusto por los recursos efectistas, pero Livia no protestó. Me seguía con interés.

- Herodes, que sufría unos dolores terribles, pensó en suicidarse. Pidió una manzana y un cuchillo para pelarla él mismo, como acostumbraba. Cuando se lo dieron, intentó clavárselo. Lo impidió un primo suyo, agarrándole la mano. En medio del revuelo, se corrió la noticia de que Herodes había muerto y a Antipater le faltó tiempo para intentar sobornar a los guardias que lo custodiaban. Pero el jefe de la prisión no se dejó engañar por los rumores. Informó a Herodes, y éste decidió de inmediato la muerte de su hijo.

Terminé el relato con una reflexión personal.

- Antipater fue un estúpido. Cinco días después moría Herodes. Si hubiese esperado un poco, habría heredado el trono. Ironías de la vida.

Se hizo un largo silencio, que rompió Lucila.

- A mí esta reunión me resulta muy distinta de la anterior. La otra vez nos contaste los recuerdos del abuelo de Jesús, pero hoy no has dicho nada de él. Has repetido lo que dice ese libro.

- He cambiado la forma de presentar los hechos, suprimiendo un montón de cosas. Lo que os he contado es lo que oirían el abuelo y los padres de Jesús. Estas noticias se corren como el fuego.

- ¿Sabes lo que te digo? Que vosotros, los que leéis tanta historia, termináis sin saber lo más importante.

Nos miraba desafiante a mi padre y a mí.

- ¿Qué edad tenía Jesús cuando murió Herodes?

- No sé. Por lo que cuenta Mateo, unos dos años.

- Pues te aseguro que María estaba tan contenta dándole de mamar al niño, viendo cómo aprendía a andar, cómo pronunciaba las primeras palabras. y le traerían sin cuidado todas esas maldades de la corte de Herodes. Bueno, no le traerían sin cuidado, le dolerían. Lo que quiero decir es que para ella había cosas mucho más alegres que las que vosotros contáis. Y me imagino que lo mismo le pasaba a José.

Terminó hincándose el agujón.

- Aunque, la verdad, si José se parecía a ti, le interesaría más la política que su hijo.

Lo que más coraje me da de Lucila es que casi siempre tiene razón. En un instante, con un pequeño golpe de realismo, pone en crisis mis puntos de vista. Porque yo no soy tan rápido como ella, tardo en captar la debilidad de sus argumentos. Fue mi padre quien me sacó del apuro.

- Lo que has dicho es muy cierto, Lucila. A veces creemos que la historia es sólo un montón de episodios truculentos. La historia pequeña, la de una familia normal, tiene también muchos momentos alegres. A mí me ha gustado eso que has dicho de María. Y creo que también José disfrutaría con Jesús. Pero lo que ocurría en su país debía afectarlos. Igual que a ti te afectan las persecuciones de Domiciano aunque Elena y Néstor estén jugando.

Lucila aceptó humildemente la observación, pero yo no eché en saco roto su punto de vista. En los días siguientes, mientras leía los graves problemas ocurridos a la muerte de Herodes, me descubría a veces imaginando la vida tranquila de la familia de Jesús. Y me prometí a mí mismo jugar más con Elena y Néstor.

Capítulo 3: Recuerdos II

Mi buen propósito de jugar con Elena y Néstor duró un solo día. "Por algo se empieza", me consolé. La verdad es que la lectura de la obra de José Flavio volvía a resultarme apasionante, absorbiéndome por completo. No oía hablar de extraños personajes pasados, sino de nombres que mencionan los evangelios.

Herodes, en su testamento, dejaba a su hijo Filipo la región de Traconítide y los territorios vecinos; a Antipas lo nombró tetrarca; y a Arquelao le dejó la dignidad principal, la realeza. El árbitro de todas estas decisiones era, lógicamente, el César. Arquelao ni siquiera se atrevió a ceñir la diadema, y no quiso usar el poder ni el título de rey hasta que lo confirmasen en Roma. Pero, si él supo reprimir el nerviosismo, quien no logró mantenerse sereno fue el pueblo. "No le echas la culpa al pueblo -me aconsejó mi padre-; después de treinta y siete años soportando a un tirano es lógico que quisiese cambios rápidos".

De hecho, a los siete días justos de la muerte de Herodes, en cuanto terminaron las honras fúnebres, el pueblo se encontró con Arquelao en el templo y comenzaron las reclamaciones: disminución de las tasas, desaparición de los impuestos, liberación de los prisioneros. No paró ahí la cosa. Ese mismo día, mientras Arquelao celebraba un banquete con sus amigos, la ciudad comenzó a llenarse de lamentos. Eran cantos fúnebres en honor de los que habían sido asesinados poco antes, con motivo del episodio del águila dorada. Y de los lamentos se pasó a los gritos de venganza, pidiendo la ejecución de los culpables.

Sonreí pensando en mi padre y no pude evitar visitarlo.

- ¿Cómo dice Lucas que se llamaba el padre de Jesús?

- José -me respondió extrañado-.

- Menos mal que esta vez coincide con Mateo. ¿Cómo crees que le contaría a Jesús lo que ocurrió a los siete días de la muerte de Herodes?

- ¿Te refieres a lo de los impuestos y la liberación de prisioneros?

- Sí. Ya todo lo que ocurrió luego.

Su repuesta me asombró.

- No creo que José estuviese presente.

- ¿Por qué no? La circunstancia era excepcional. Es lógico que también subiesen a Jerusalén muchos galileos.

No conseguí entusiasmarlo.

- Aunque estuviese presente, no creo que se lo contase a Jesús. Era muy pequeño.

De repente, se animó.

- He pensado mucho en lo que dijo Lucila la otra noche. He intentado imaginar la vida de la familia de Jesús cuando éste era niño. La verdad que es una cosa muy bonita. Pero hay algo que me vuelve loco. ¿Dónde vivía la familia? ¿En Nazaret o en Egipto? Yo me inclino a lo que dice Lucas, que vivía en Nazaret. Pero tu querido Mateo dice que estuvieron en Egipto hasta que murió Herodes.

También a mí me había asombrado ese dato hacía años, cuando me dominaba la afición a comparar los evangelios. Aunque no quería confesarlo delante de mi padre, terminé inclinándome a aceptar la afirmación de Lucas: Nazaret. Cuando se lo dije, no sonrió triunfalmente. Se limitó a preguntar:

- ¿Por qué?

- En Antioquía me dijeron que Mateo presenta la infancia de Jesús como un midrás.

- ¿Un qué?

- Una forma de contar muy rara que tienen los judíos. Lo importante no es el detalle concreto, sino el sentido profundo de lo que se cuenta.

- Sigo sin enterarme, pero me parece intuir que la familia de Jesús no estuvo en Egipto.

- Yo qué sé -respondí entre molesto e inseguro-. A lo mejor estuvo unos meses y luego se fueron a Nazaret.

- Entonces, lo de la matanza de los niños de Belén, ¿es verdad o no? Un día me dijiste que no. Y si no hubo matanza, no hubo huida a Egipto.

Todavía hoy dudo si lo dijo como auténtica objeción o en plan irónico, para poner a prueba mi pretencioso conocimiento de los evangelios.

- Piensa lo que quieras. Después de todo, no creo que sea muy importante.

- Más de lo que tú te crees. No es lo mismo vivir en tu propio pueblo que vivir en el extranjero como fugitivo. En Nazaret no estarían muy preocupados por lo que ocurría en Jerusalén. En Egipto, irían a buscar noticias todos los días sobre la salud de Herodes.

Di por terminada una discusión en la que me sentía acorralado.

- Yo lo único que quería proponerle es que nos contases lo ocurrido al comienzo del reinado de Arquelao, igual que hiciste el otro día.

- ¿Con José como protagonista?

- Me parece mejor, para variar.

- ¿Aunque no hubiese estado presente?

- Eso no es problema para ti.

Se echó a reír de buena gana.

- No te preocupes. Podría apostar cualquier cosa a que José estuvo presente en lo que ocurrió luego.

* * *

No comprendí por qué se expresó con tanta seguridad, y él no quiso explicármelo. En cuanto continué la lectura me maldije a mí mismo por mi falta de paciencia. Es posible que José no estuviese presente a los siete días de la muerte de Herodes, pero seguro que estuvo en los acontecimientos posteriores, mucho más graves, porque tuvieron lugar en la fiesta de Pascua, cuando todos los judíos acuden a Jerusalén. A eso se refería mi padre.

Al comienzo de nuestra reunión recordé los datos anteriores. Luego, en tono de disculpa, me dirigí a Lucila y Livia.

- A la vista del éxito obtenido la otra noche, el excelentísimo Teófilo me ha pedido insistentemente que le permita contamos los recuerdos de José sobre lo ocurrido en la fiesta de Pascua, tal como se lo contó a Jesús.

- A Jesús, no -corrigió mi padre-. Era muy pequeño. Imaginaré cómo se lo contó a María, que se había quedado en Nazaret cuidando al niño.

Guardó un instante de silencio, carraspeó suavemente, y comenzó.

- María estaba ya acostada. Las pocas veces que José se encontraba fuera de casa se sentía sola, le daba de comer pronto al niño y se echaba a su lado. Estrechó a Jesús y le susurró al oído: "Dentro de tres días vuelve papá". Intentó coger el sueño, pero no pudo. Una noche más le invadieron las imágenes de la semana pasada, cuando los hombres se fueron a Jerusalén a celebrar la Pascua. En contra de lo habitual, no permitieron que los acompañasen las mujeres ni los niños. "Puede haber problemas -comentó José-; vamos a pedirle a Arquelao que suprima los impuestos". Salieron temprano, animosos, mientras las mujeres los despedían arrebuajadas en sus mantos. "¡Qué frío hacía!", recordó. Todas volvieron enseguida a sus casas, sin pararse a compartir la preocupación que las embargaba.

De repente, un ruido extraño quebró sus recuerdos, pisadas y voces que subían por la calleja. "Son ladrones -pensó- o bandidos como los que asaltaban antiguamente los pueblos". Los dientes le entrechocaban de miedo. Estrechó a Jesús contra su pecho y procuró no hacer ruido. Pero las voces se detuvieron ante su casa. Luego, un silencio que se le hizo eterno. Por último, un fuerte golpe en la puerta y la voz inconfundible de José: "Abre, María. Soy yo". Mientras se levantaba y corría hacia la puerta la angustió una idea: ¿por qué habían vuelto antes de lo previsto? ¿Habría pasado algo grave en Jerusalén? El resplandor de la luna llena la deslumbró al abrazarse a su marido. "No aprietes, María. Vengo medio muerto. Me han dado palos en todas partes". Sonrió para tranquilizarla. "Los otros vienen igual, o peor". No dijo más. Ni siquiera quiso comer. Se tendió en el suelo y se durmió de inmediato. La que no durmió fue María, angustiada con lo que podría haber ocurrido.

La luz del día aumentó su inquietud. La frente de José estaba vendada con un trozo de tela, sucia de sangre, una herida profunda le surcaba la mejilla y unos labios hinchados le deformaban la boca. Cogió a Jesús y salió. Necesitaba hablar cap. alguien, desahogarse. No era la única. La calleja hervía de mujeres, unas llorando, otras coléricas. "Ya le dije a mi Juan que no fuese, que se iba a liar. Que no se fiase de Arquelao, que es tan malnacido como su padre. Cualquiera sabe lo que habrá pasado". Tuvieron que esperar horas para enterarse porque todos durmieron hasta tarde. Las escasas fuerzas que les quedaron después de la paliza las habían gastado en el largo viaje hasta Nazaret.

Mi padre se interrumpió con una reflexión que nos irritó.

- La verdad, no sé si el viaje de Jerusalén a Nazaret era largo o corto. ¿Tú que piensas, Andrónico?

- ¿Qué más da? ¡Sigue!

Pero parecía dispuesto a fastidiarnos.

- ¿No tienes un poquito de limonada, Lucila? Esto de hablar tanto, seca la garganta.

Mientras iba por ella, le comenté a mi padre:

- Si llegas a escribir tú la Guerra Judía hubieras necesitado catorce libros en vez de siete.

- ¿Quieres que sea más breve?

- No, así está muy bien.

Tomó un sorbo de limonada y continuó.

- Cuando José abrió los ojos, María no lo dejó hablar. Le acercó una jarra con leche mientras le levantaba la cabeza para que bebiese. Cada sorbo iba acompañado de un gemido y un intento de sonrisa. No consiguió terminar. Le dolían demasiado los labios y la boca. "Creo que me he roto dos dientes". "Y la cabeza no te la han roto porque la tienes muy dura". Había quitado el vendaje, asustada del amasijo de pelos y sangre. "Te va a doler, pero aguántate. Para que no te metas en más jaleos". Lavó suavemente las heridas y las ungió con aceite. "Sigue durmiendo -le dijo-, ya tendrás tiempo de contarme lo, que paso".

Se lo contó por la noche, cuando la inflamación de los labios fue bajando y le permitió hablar con cierta soltura. "No puedes imaginarte cómo estaba Jerusalén cuando empezó la fiesta de los Ázimos. Más gente que nunca, sobre todo campesinos. Nosotros estábamos tan tranquilos. Sólo queríamos ofrecer los sacrificios y pedir la supresión de los impuestos, si se presentaba la ocasión. Y, de pronto, empezaron a oírse gritos por la otra punta de la explanada del templo. ¡Muerte a los asesinos! ¡Muerte a los culpables! ¡Muerte a los asesinos! ¡Muerte a los culpables!" Por lo visto, unos meses antes, habían matado a unos muchachos que destruyeron un águila colocada por Herodes en el templo. Y ahora la gente quería que ajusticiasen a los culpables. Yo no entendía la cosa, porque el culpable era Herodes, y ya estaba muerto. Pero la gente gritaba cada vez más. De repente, apareció un tribuno con una cohorte, queriendo poner orden, y entonces fue cuando se armó. Se liaron a pedradas con ellos y mataron a un montón de soldados. Pensé que la gente iba a salir corriendo para escapar a la represalia. Pero se metieron tan tranquilos en el templo a ofrecer sacrificios. Yo no sabía qué hacer, te lo aseguro. Pensaba en ti y en el niño, y me entraron ganas de irme. Se lo dije a Juan, que era mejor volver a Betania hasta que se calmase la cosa. Pero no tuvimos tiempo. Cuando nos quisimos dar cuenta, la explanada se había llenado de soldados. Esta herida, la de la mejilla, fue la primera que me hicieron. Si no me llegó a apartar, me matan. Menos mal que Juan me agarró del brazo y me obligó a correr. Porque me entraron ganas de cargarme a aquel soldado. ¿Qué le había hecho yo para que me atacase con la lanza? y había otro montón con espadas y garrotes. Nos llovían golpes por todas partes. Me metieron uno en los lomos que por poco me deja tendido. Juan tiraba de mí, aunque él tampoco se libró de una buena tunda de palos. Cuando conseguimos salir del templo, la situación era igual, o peor. Toda la ciudad estaba tomada por el ejército. No sé cómo logramos escapamos. Dicen que ha habido miles de muertos."

José intentó sonreír. "La herida de la cabeza, y la de la boca, no me la hizo ningún soldado. Me caí subiendo el monte de los olivos. Íbamos a la carrera, tropecé y me estrellé contra una roca". Hizo una pausa. "Lo peor fue el viaje de vuelta. Estábamos derrengados, no podíamos ni andar. Por eso hemos tardado tanto". María lo escuchaba en silencio, con lágrimas en los ojos. "No te preocupes" -la tranquilizó José-. "Ya ha pasado todo. Lo malo -concluyó- es que no podemos esperar nada de Arquelao. Hay que seguir ahorrando para pagar los impuestos. Y pídele al Cielo que no los suban".

El relato de mi padre nos dejó en silencio, ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos. Había conseguido introducirnos en la escena, convertimos en espectadores de aquel trágico episodio. Observé a Lucila. Le brillaban los ojos, intentando contener las lágrimas. No me extrañó. Siempre le han impresionado las desgracias ajenas, sobre todo de los pobres. Mi padre, como si se sintiese culpable, procuró aliviar la tensión.

- Tengo que agradecerle a Livia sus preciosas observaciones. Me refiero a la descripción del templo. Leyendo este libro, no comprendía cómo podían reunirse en él tantos miles de personas. Yo lo imaginaba como cualquier templo griego, a lo sumo como el Partenón. Pero ella me ha explicado que el de Jerusalén incluía una explanada enorme, donde se reunía la gente. El otro detalle curioso el de que los nazarenos pernoctaban en Betania, lo he tomado del evangelio.

- ¿De veras hubo tantos muertos? -preguntó Livia-.

- Aquí dice que la gente mató a pedradas a casi toda la cohorte. Y que en la represión posterior murieron cerca de tres mil.

Se produjo otro instante de silencio, como si tuviésemos miedo a profundizar en el tema.

- Todo esto -añadió mi padre- me ha hecho pensar en los impuestos. Me he pasado la vida quejándome de lo altos que son. Y no pensamos en tanta gente pobre que le va la vida en eso.

- A mí me ha impresionado más pensar en María -dijo Lucila-. Cuando la imaginaba curando a José, se me vino a la cabeza la imagen de Jesús en la cruz. Entonces no pudo hacer nada por ayudarle. Debió ser terrible para ella.

Yo había esperado una reunión amena, que se limitase a ampliar nuestros conocimientos históricos, y me encontraba sumergido en un mar de ideas y sentimientos. Mi padre se había atenido fielmente a los hechos, limitándose a adornarlos con escenas lógicas, nada rebuscadas. Y eran esos datos secundarios, ficticios, los que hacían que la historia adquiriese fuerza y contornos de realidad. ¿Era posible que unas heridas, quizá inventadas, y un relato embellecido por la habilidad del narrador, me ayudasen más a conocer a Jesús que diez páginas de la Guerra Judía? Fui consciente de que yo mismo me tendía la trampa. La imaginación sólo vale si utiliza el soporte de los hechos. Pero estas reflexiones me parecieron superficiales en comparación con la de Lucila. Detrás de impuestos, motines y revueltas hay un problema más grave, el del sufrimiento humano y la incapacidad que tenemos a veces de aliviarlo. El dolor de los padres de Jesús, la angustia ante el futuro. De eso no habla el historiador, hay que imaginarlo.

* * *

Al día siguiente, cuando volvía de visitar a un comprador, me preguntó Lucila:

- ¿Os queda mucho para contamos los recuerdos de la familia de Jesús?

- No sé. Tengo que seguir leyendo. No creo que sea demasiado.

- A mí me impresionó mucho lo de anoche, pero ya estoy un poco cansada de tantas desgracias. Cuando terminéis, entre Livia y yo os vamos a dar una sorpresa.

Me eché a reír.

- ¿Una cena especial?

- Nada de eso. Vamos a hablaros de otras cosas muy distintas que hacía la familia de Jesús. Si no os interesan, peor para vosotros.

Me dejó intrigado, pero no le pregunté por el tema. No me lo habría dicho.

* * *

Mentalmente, se me había quedado más grabado el relato de mi padre que la lectura del libro. Cuando volví a abrirlo, esperaba, inconscientemente, que me contase cómo se curó José de sus heridas. Me habló de cosas muy distintas. Arquelao y Antipas viajaron a Roma, no como

buenos hermanos, sino como lobos carnívoros, dispuestos a disputarse el poder. Mientras intentaban ganarse el favor de César, en Jerusalén estallaron de nuevo las revueltas. Leí más de una hora, procurando no caer de nuevo en el error de interrumpir la lectura en un momento capital. Después, no pude evitarlo. Acudí una vez más a mi padre y me tumbé desolado en el diván.

- ¿Qué hacemos ahora?

Se sonrió, como de costumbre.

- Sabía lo que te iba a pasar. No quieres darle más malos ratos a Lucila, pero tampoco te atreves a suprimir lo que sigue.

- Esta mañana me ha dicho que ya está cansada de tantas desgracias. Yo pensé que no habría problema, que la cosa se iba a calmar. Y fíjate lo que me encuentro. A los cincuenta días de la Pascua, en la fiesta de Pentecostés, otra rebelión sangrienta. Al principio pensé que sería cosa sólo de los judíos, que los galileos no habrían intervenido. Y poco después me encuentro que participaron todos, comenzando por los galileos. Vas a tener que curar a José rápidamente de sus heridas y mandarlo de vuelta a Jerusalén.

- Lucila nos mata.

- De todos modos, aunque no fuese a Jerusalén, no se libró de conflictos. Me refiero a las revueltas que estallaron por todo el país, incluida Galilea.

Mi padre se acarició la barbilla, meditando.

- Entonces es cuando habla José Flavio de los cabecillas rebeldes, ¿verdad? Te sugiero una cosa. Que en vez de hablar de los dos mil que crucificaron, y de los otros muchos que metieron en la cárcel, comparemos a esos cabecillas con Jesús. Es un tema muy interesante.

* * *

Lucila nunca se enteró de nuestra artimaña. Pero tú quizá te hayas quedado con la curiosidad de conocer mejor lo ocurrido en Jerusalén el día de Pentecostés. Se reunió una inmensa multitud de campesinos, y esta vez no actuaron de forma anárquica; se dividieron en tres grandes grupos y acamparon al norte, sur y oeste del templo. No me preguntes por qué no acamparon al este. No conozco la ciudad y no puedo explicártelo.

Para que no se repitiese lo ocurrido siete semanas antes, el procurador de Siria, Varo, había instalado en Jerusalén una legión. Tengo la impresión, aunque esta duda no me la ha resuelto ni siquiera Livia, que al lado del templo había una gran fortaleza, donde residían los romanos. Los judíos intentaron asaltarla, incluso llegaron a subirse al techo de los pórticos del templo para luchar desde más altura. Sólo consiguieron que los romanos incendiaran esos pórticos, que, según cuenta José Flavio, eran una maravilla, y muriese mucha gente. Pero los judíos persistieron en su empeño. Y quizá lo habrían conseguido si no hubiesen llegado refuerzos de Siria a las órdenes de Varo. Los campesinos se dispersaron de inmediato. Los habitantes de Jerusalén se excusaron diciendo que ellos no tenían la culpa de lo ocurrido, que habían sido los forasteros. Varo persiguió a los rebeldes por los campos. A los que consideró menos peligrosos los metió en la cárcel. A otros dos mil los crucificó.

Ahora comprenderás que no quisiese hablarle de esto a Lucila. Tampoco merecía la pena contárselo a Livia. Le habría renovado la herida reciente de la destrucción de Jerusalén por Tito.

* * *

- Aunque aquí no lo dice -comencé la siguiente reunión- podemos pensar que José se curó bien de sus heridas y María fue feliz.

Lucila sonrió agradecida.

- Pero la felicidad le duró menos de dos meses. En la fiesta siguiente, la de Pentecostés, volvió a haber problemas. Sin embargo, hoy no vamos a hablar de eso, sino de los cabecillas rebeldes que surgieron por todas partes en ese momento. Así podremos comparados con Jesús, para ver si se parecen o no.

- Hay dudas que ofenden, Andrónico. ¿Cómo vas a comparar a Jesús con unos rebeldes?

- No empieces, Lucila. Este tema es más importante de lo que te crees. Vaya daros la lista de los rebeldes, porque es muy fácil. En el libro se cuenta con mucho orden. Van a salir distintas regiones, pero no me preguntéis dónde están, porque no lo sé.

Hice una breve pausa y comencé mi enumeración.

- En Idumea, dos mil se pusieron de acuerdo y asaltaron a los soldados de Arquelao; no se dice si tenían un jefe. En Galilea, en la famosa Séforis, la de la nevada, un tal Judas reunió un pequeño ejército, se apoderó del arsenal real, armó a los suyos y se dedicó a asaltar a quienes le disputaban el poder. Espero, para tranquilidad de Lucila, que José no se contase entre ellos. La rebelión terminó trágicamente. Meses más tarde, los romanos conquistaron Séforis, la incendiaron y convirtieron en esclavos a sus habitantes. ¿Te queda un poco de limonada? A mí también se me seca la boca.

- Lo siento. Se ha acabado.

- Seguro que para mi padre habría. Continúo. En Perea, un esclavo del rey, Simón, que era muy guapo, formó un grupo, se ciñó la diadema e incendió el palacio de Jericó y otras mansiones suntuosas. Por lo visto, lo que más le gustaba era incendiar, debía ser un pirómano. Al poco tiempo se lo cargaron los romanos. Y hubo un pastor, Atronges, que quiso ser rey y también se ciñó la diadema. Basaba sus pretensiones en tres cosas muy curiosas: en que era muy fuerte, en que no le tenía miedo a la muerte, y en que tenía cuatro hermanos tan brutos como él, cada uno al frente de una banda. Os lo cuento en broma, pero este grupo parece que fue el más peligroso. Su ilusión era matar romanos y partidarios del rey, pero tampoco los judíos se libraban. Su hazaña más famosa ocurrió en Emaús, un lugar desconocido.

Mi padre cayó en la trampa.

- Emaús deberías conocerla. La cita Lucas en su evangelio. Es a donde se dirigían los discípulos a los que se les apareció Jesús.

- Exactamente. Y se encuentra a sesenta estadios de Jerusalén. Eso no lo dice aquí, pero lo dice Lucas. ¡Has picado, padre! Me sé su evangelio de memoria. (Era mentira. Lo había consultado esa misma tarde).

- Dejaos de tonterías -nos cortó Livia-. ¿Qué pasó en Emaús?

- Había allí un destacamento romano que llevaba grano y armas para la legión. Lo cercaron, mataron al centurión y a cuarenta soldados y se llevaron el botín. A este grupo de Atronges no consiguieron eliminarlo por completo. Arquelao, al volver de Roma, terminó pactando con los que quedaron vivos.

Di por terminada la exposición y me quedé mirándolos.

- ¿Qué semejanzas y diferencias encontráis entre Jesús y estos personajes?

- Yo no veo que se parezcan en nada -saltó Lucila-. Toda esa gente va siempre matando, robando, apoderándose de armas. ¿Dónde has visto eso en los evangelios?

- Lucas cuenta que los discípulos tenían dos espadas. (El comentario no fue mío, te lo aseguro. Fue de mi padre, que también disfruta tirándole de la lengua a Lucila).

- ¿Dónde cuenta eso?

- Casi al final del evangelio, cuando terminaron de celebrar la cena de despedida.

- ¿Y qué son dos espadas? ¡Como para rebelarse contra los romanos con dos espadas! Parecéis tontos. Serían dos machetes, que siempre vienen bien cuando se va por el campo.

Livia habló tan irritada como Lucila.

- Vosotros, los hombres, siempre estáis viendo rebeliones por todas partes. Pues en el grupo de Jesús iban mujeres. ¿No dice eso también Lucas? Me lo has leído montones de veces, Teófilo. Y cuando uno quiere organizar una rebelión no se hace acompañar por mujeres.

Depende de las mujeres, pensé, pero me guardé mucho de decirlo en voz alta.

- Y otra cosa -añadió Lucila-. Esos que ha citado Andrónico, en cuanto podían se ceñían la diadema. ¿Cuándo se ceñó Jesús una diadema?

Mi padre y yo no pudimos contener la risa.

- No se puede discutir con vosotras, enseguida os apasionáis.

- Es que no hay derecho. Leéis cuatro historias, os enteráis de que los galileos son muy rebeldes, y ya está: Jesús fue un revolucionario. Sólo os falta decir que hicieron muy bien en matarlo.

- Eso es lo que dicen los judíos.

- Porque los fariseos los están engañando. Y no hables mal de los judíos, que no me gusta eso.

- Es que no tiene sentido -insistió Lucila-. ¿Cómo vais a comparar con esos cabecillas a una persona que no hace más que el bien, que se dedica a curar enfermos, que bendice a los niños?

- Y que entró en Jerusalén montado en una mula, mientras todos lo aclamaban como rey de Israel.

- ¿y él qué culpa tenía de lo que gritase la gente?

- Podía haberlo impedido, igual que mandó callar a Pedro cuando dijo algo que no le gustó.

- No es lo mismo. Yo puedo callarte a ti, pero no puedo callar a media Tróade.

- Pues que hubiese entrado a pie, en vez de hacerla en una mula.

La voz de Livia sonó de repente serena, en contraste con la excitada de Lucila.

- Jesús no podía entrar a pie, tenía que entrar en una mula.

Nos extrañó la seguridad con que lo dijo.

- ¿Por qué?

- Para que se cumpliera una profecía de Zacarías. Eso me lo explicó mi padre cuando yo era pequeña. Los judíos esperaban que el rey salvador entrara en Jerusalén cabalgando en una mula. Jesús tenía que cumplir esa profecía.

- De todos modos -objeté-, eso confirma mi teoría. Jesús lleva a cabo un acto político. Se presenta ante el pueblo como rey de Israel.

Mi padre comenzó a dejarme solo.

- En este caso, lo importante no es lo que piensa el pueblo o los romanos, sino lo que piensa Jesús. La gente podía verlo como una acción meramente política, un acto revolucionario, y Jesús podía darle un sentido muy distinto.

- Pero no lo dijo claramente.

- Tampoco era el momento de aclarar muchas cosas. Pero nosotros lo tenemos claro.

- Si estuviese tan claro no estaríamos discutiendo.

- Aquí el único que discutes eres tú -me atajó Lucila-. Por lo que han dicho Livia y tu padre, yo ya tengo las ideas muy claras: que Jesús era el rey de Israel anunciado por los profetas, que tenía que demostrarlo, y por eso entró montado en una mula, pero que no era un rey como otro cualquiera. Y, desde luego, que no se parecía en nada a esos revolucionarios.

- Pero lo mataron igual que a esos otros.

- Los romanos no se andan con distinciones, ya lo sabes. Lo importante no es lo que pensase Pilato de Jesús, sino lo que pienses tú. ¿Para ti es un rebelde?

- Jesús se rebelaba contra muchas cosas.

- No te vayas por las ramas. Me refiero a si lo consideras un rebelde político contra Roma.

- Eso, no.

- Pues ya está todo aclarado.

No quise insistir, es difícil luchar solo contra tres personas.

Como iba siendo habitual, la charla continuaba con Lucila cuando nos acostábamos. Generalmente era ella quien empezaba, con un toque más personal que en las reuniones.

- Hay veces que no te entiendo, Andrónico. Esta noche parecías empeñado en demostrar que Jesús era un revolucionario. Y lo que me da más coraje es que no hay nadie menos revolucionario que tú. Aunque en Roma hubiese cuatro guerras civiles, seguirías leyendo tus libros tan tranquilo. Más rebeldes somos Livia y yo. Incluso tu padre.

- Es cierto -reconocí humildemente--.

- Si hubieses vivido en tiempos de Jesús, y él hubiese sido un rebelde, como tú dices, seguro que no lo habrías seguido.

- Tú, seguro que sí.

- A mí, por lo menos, su rebeldía no me habría echado atrás. Otras cosas, quizá.

- ¿Qué cosas?

- No sé. Prefiero no pensarlo. Me da miedo.

Los dos caímos en la cuenta de estar tratando un tema demasiado serio.

- ¿Tú crees que ahora es más fácil seguir a Jesús que antes? Más fácil que cuando él vivía, quiero decir.

Lucila meditó su respuesta.

- A veces pienso que sí, que nuestra vida es mucho más cómoda que la de los discípulos. Me refiero a nosotros, Andrónico. No estoy pensando en Flora, ni en Jacinta, ni en la mayoría de la gente de la comunidad. Pero nosotros vivimos demasiado bien.

- Sin embargo, si fuese preciso, estaríamos dispuestos a dar la vida por el Señor.

No sé si lo dije para justificarme, tranquilizarme, o porque lo pensaba de veras. Lucila se estrechó contra mi pecho.

- Espero que sí. Pero no hables de eso, Andrónico. Me da pánico.

No volvimos a hablar. Aquella noche tardé mucho en coger el sueño.

* * *

Mientras ocurrían las revueltas que te he comentado antes, en Roma seguían las peleas de los descendientes de Herodes ante el César. No te canso hablándote de las regiones que le correspondieron a cada uno porque supongo que la mayoría de ellas te resultarán tan desconocidas como a mí. Lo más importante es que Judea le correspondió a Arquelao; y Galilea, donde vivía Jesús, a Antipas.

De todos modos, esta situación no duró mucho por lo que respecta a Arquelao. Durante los nueve años siguientes, su conducta fue tan cruel que incluso el César se dio cuenta: en vez de concederle el título de rey, terminó destituyéndolo, lo deportó a la Galia, y convirtió Judea en provincia romana. A partir de entonces, Judea no estuvo gobernada por judíos, sino por un procurador con todos los poderes, incluso el de condenar a muerte. Bajo el mandato del primero, Coponio, en Galilea hubo otra revuelta, encabezada por un tal Judas, que animaba a no pagar el tributo a los romanos. Comprenderás que el tema me interesó de inmediato. Pero la información era escasísima, y José Flavio usaba esta referencia para hablar de una cuestión totalmente distinta: las tres filosofías que se cultivan entre los judíos. Mi sorpresa fue enorme y muy gratificante. En medio de los vaivenes de la historia política, encontraba un remanso de paz de sumo interés. Porque las tres filosofías eran las de los fariseos, los saduceos y los esenios. No me extrañó la referencia a los dos primeros grupos, muy mencionados en los evangelios. Lo que no podía imaginar es que los esenios, a los que nunca se cita en los evangelios, tuviesen tanta importancia. El libro les dedicaba gran número de columnas, muchas más que a los otros dos.

Aproveché la ocasión para hacerme el contradicho con Livia.

- ¿Qué te parece el libro de José Flavio?

- Está bien, me gusta conocer la historia de mi pueblo.

- Lo raro es que no dice nada de los esenios. Por lo que tú cuentas, yo creí que era un grupo importante.

- Lo era y lo es. Lo que ocurre es que a José Flavio sólo le interesa la política, y a los esenios no les preocupa ese tema.

- A lo mejor habla de ellos más adelante.

- No lo creo. A los historiadores sólo les interesan las cuestiones superficiales.

Apoyé el libro en una mesa y comencé a desenrollar columnas y columnas.

- Todo esto, desde aquí hasta aquí, se refiere a los esenios.

Se inclinó llena de alegría y desconfianza.

- ¿Todo eso? Déjame que lo lea.

- Ahora, no. Lo siento. No puedo dejarte el libro, tengo que preparar la próxima reunión. Pero podrías leerlo y hablamos de ese tema. Así no cargo yo con todo el trabajo.

- No te quejes, que bastante poco haces.

* * *

Tras el largo paréntesis que suponía la presentación de esenios, fariseos y saduceos, de los que te hablaré más adelante, nuestro autor continuaba con los otros dos hijos de Herodes que conservaron su poder. Decía pocas cosas, pero algún detalle me interesó. Filipo fundó una ciudad, Cesarea, y recordé que el evangelio situaba en Cesarea de Filipo un episodio capital: el momento en el que Pedro afirma que Jesús es el Mesías. Se lo comenté a mi padre, que ya había advertido el detalle. Antipas también fundó una ciudad en Galilea, Tiberíades (supongo que le daría este nombre en honor del emperador Tiberio), pero el evangelio no habla de ella ni sé dónde se encuentra.

Como acabo de indicarte, este tema lo trataba el autor en pocas líneas. Y, de repente, encontré un nombre que acaparó toda mi atención: Pilato. Devoré las columnas siguientes con avidez. Estaba seguro de que allí aparecería alguna referencia a la muerte de Jesús y quedaría claro si los romanos lo consideraron un rebelde como los mencionados anteriormente. Además -me ilusioné igual que ha intercalado la mentalidad de los esenios, los fariseos, los saduceos, ahora hablará de los cristianos. ¿Qué pensará este historiador judío de nosotros? No sé si fue mayor mi decepción o mi incredulidad. En ningún momento trataba estos temas.

- José Flavio no habla de la muerte de Jesús -me quejé a mi padre-. Ni de los cristianos.

- Ya lo vi. A mí también me extrañó mucho.

- Aunque José Flavio no sea cristiano, un historiador no puede silenciar al personaje judío más importante de esa época.

- A lo mejor los judíos contemporáneos no lo consideraron tan importante.

- Esa explicación no vale. Ninguna de esas personas de las que habla, Ezequías, Simón, Atronges, Judas el Galileo, fue gente importante. ¿Por qué no menciona a Jesús?

- Caben otras dos soluciones. La primera, que no haya oído hablar de Jesús, lo cual me parece muy improbable. La segunda, que lo silencie a propósito. Pero no entiendo por qué habría de ocultar su existencia.

Tras un rato de silencio mutuo me preguntó.

- ¿Has leído lo que dice de los esenios?

- Sí. Se lo he enseñado a Livia.

- ¿Te has dado cuenta de lo mucho que se parecen a nosotros en ciertas cosas? Cabe una tercera posibilidad. Que José Flavio nos considere esenios, y por eso no nos dedica un apartado especial.

- Aunque fuese cierto, eso no explica que no hable de Jesús.

- No. El misterio sigue en pie.

Nunca pude resolver ese enigma y creo que moriré sin encontrarle una explicación adecuada. Te confieso que en algún momento sentí la tentación de viajar a Roma en busca de José Flavio para que me lo aclarase. Pero era una aventura tan alocada que nunca llegué a tomarla en serio. Me bastaba imaginar la cara de Lucila ante la simple propuesta.

* * *

Me concentré, pues, decepcionado, en lo que decía sobre Pilato. Eran dos episodios de gran interés. Pero sólo dos. Luego, imperceptiblemente, el emperador Tiberio desaparecía de la escena y le sucedía Gayo, el hermano de Germánico, más conocido entre nosotros con el nombre de Calígula. Quedaba mucho para terminar el segundo libro de José Flavio, pero se introducía ya en la época posterior a Jesús.

Permanecí largo rato con el volumen entre las manos, sin leerlo ni dejarlo. Me invadía una suave sensación de tristeza, como si fuesen mis propios recuerdos, mi propia vida, los que se agotaban ante mis ojos, como si el hecho de no poder conocer más a fondo la época de Jesús fuese un obstáculo para entenderme a mí mismo. Luego, la inminencia de la reunión, fijada para aquella noche, me hizo reaccionar. Siguiendo la ficción utilizada hasta entonces, pensé que podía presentar los dos sucesos acaecidos bajo Pilato como los recuerdos personales de Jesús.

* * *

- ¿Qué opinión tenéis vosotros de Pilato?

Ninguno esperaba aquella pregunta.

- Todas las autoridades romanas son unos canallas.

No es preciso indicar que esta opinión tan moderada procedía de Livia.

- Yo no diría tanto -matizó mi padre-. Pongamos un noventa por ciento.

- A mí Pilato me cae bien. Si hubiese sido por él, creo que no habrían matado a Jesús. Intentó librarlo.

Era Lucila, que piensa bien de todo el mundo, menos de mí. Quizá lleve razón.

- Yo creo que fue débil. Si estaba convencido de que Jesús no había hecho nada malo, debía haberlo librado.

- Hay que ponerse en su lugar, Livia. Si los sumos sacerdotes y el pueblo le pedían a gritos que crucificase a Jesús, ¿qué iba a hacer él?

- Esperad un momento -dijo mi padre-.

Ante nuestra sorpresa, se levantó y se fue.

- ¿Se sentirá mal, Livia?

- No creo, lo habría dicho.

Muy pronto tuvimos la respuesta. Apareció con su libro máspreciado.

- Lucas, que cuenta las cosas con muchos más detalles que otros, dice que Pilato, al enterarse de que Jesús era galileo, se lo envió a Herodes. Ya que Jesús era súbdito suyo, debía ser él quien lo juzgase.

Pero Herodes no consiguió sacarle ni una palabra a Jesús y se lo devolvió a Pilato. Ahora vaya leerlos lo que dice Pilato al pueblo, a ver qué os parece. *"Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo; pues bien, yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en él ninguna de las culpas de que lo acusáis; Herodes tampoco, porque nos lo ha devuelto. Ya veis que no ha cometido nada que merezca la muerte, así que le daré un escarmiento y lo soltaré"*. ¿Qué opináis de Pilato?

- Tenía que haber soltado a Jesús. Y sin castigarlo –sentenció Livia-. Está como nadando entre dos aguas. Quiere tranquilizar su conciencia y contentar a la gente. Eso es muy difícil.

- Si hubieses estado en su puesto, ¿qué habrías hecho? -le preguntó mi padre--.

- Soltar a Jesús, sin duda.

- Imagínate la escena. Se enfrenta a los sacerdotes y al pueblo, se organiza un tumulto de esos en los que sois especialistas los judíos, manda la tropa a reprimirlo, y al final del día hay varios cientos de muertos. ¿Qué me dices?

Livia se quedó callada, cosa rara en ella. Parecía valorar la situación.

- Lo más cómodo es hacer lo que hizo.

Creo que no me entendieron y añadí para intrigarlos:

- Ya sabéis a qué me refiero.

- Yo no lo sé -dijo ingenuamente Lucila-.

- Y mi padre no podrá ayudarte, porque tampoco lo sabe. Esas cosas no las cuenta Lucas, sino Mateo. Pilato se lavó las manos.

- ¿Qué quieres decir?

- Eso. Que pidió que le trajesen un jarro con agua y se lavó las manos, diciendo: *"Soy inocente de la sangre de ese justo"*. Es una buena forma de quitarse los problemas de encima.

Cogí la historia de José Flavio.

- Este libro ofrece datos muy curiosos sobre Pilato. Voy a leerlos lo que cuenta de él. *"Pilato, enviado por Tiberio como gobernador a Judea, introdujo en Jerusalén, de noche, ocultas, imágenes del César, llamadas insignias. Llegado el día, esto provocó un enorme alboroto entre los judíos: los allí presentes quedaron estupefactos al ver cómo se conculcaban las leyes que prohíben poner imágenes en la ciudad; a su indignación se sumó inmediatamente el pueblo del campo. Los judíos se precipitaron a Cesarea, donde estaba Pilato, a suplicarle que retirara de Jerusalén las imágenes y que respetara sus leyes. Como Pilato se negara, cayeron prosternados alrededor de la casa de Pilato y permanecieron inmóviles durante cinco días y cinco noches. Al día siguiente, Pilato subió al tribunal, colocado en el gran estadio, y convocó al pueblo con el pretexto de responder a sus peticiones, y dio la señal a los soldados armados de rodear a los judíos. Los judíos quedaron mudos al verse rodeados de una triple fila de soldados. Pilato les*

dijo que los haría trizas si no aceptaban las imágenes del César, y dio orden a los soldados de desenvainar las espadas. Pero los judíos, inmediatamente, a una señal convenida, cayeron todos a tierra y, extendiendo el cuello, gritaban que estaban listos para morir antes que transgredir la ley. Pilato, maravillado extraordinariamente por su profunda religiosidad, ordenó inmediatamente retirar las imágenes de Jerusalén". Como veis, Pilato es un tipo raro. Actúa con astucia, introduciendo las insignias de noche e intentando amedrantar a la gente, pero al final termina cediendo.

"Después de esto, Pilato provocó un nuevo desorden, al derrochar los dineros sagrados, llamados korbonas, en un acueducto; las aguas se llevaban desde una distancia de cuatrocientos estadios. Ante esto, el pueblo se indignó, y, habiéndose presentado ante Pilato en Jerusalén, rodearon su tribunal, vituperándolo a grandes voces. Él, previendo el tumulto, había mezclado entre el pueblo soldados armados con la orden de no usar la espada, sino de golpear a los que vociferaban. Desde su tribunal dio la señal convenida. Muchos judíos cayeron bajo los garrotazos y muchos otros perecieron pisoteados por los mismos judíos en la fuga. Ante la matanza, el pueblo calló". Este caso me recuerda a lo que comentábamos sobre el proceso de Jesús. Si hubiese querido, Pilato lo deja libre. Le habría traído sin cuidado enfrentarse al pueblo. Pero quizá había aprendido la lección, y consideró preferible no crear nuevos tumultos.

Enrollé lentamente el libro de José Flavio.

-Se acabó. No hay nada más sobre la época de Jesús.

Lucila me miró extrañada.

- ¿No dice nada de la vida de Jesús, ni de su muerte?

- Ni una palabra.

- ¿Y para eso te has gastado tanto dinero en esa obra?

- Yo no la compré para que me hablase de Jesús, sino para conocer su época.

- Pero no dice nada importante.

- Lo de Pilato tiene interés. Y hemos estado hablando varios días sobre los recuerdos de la familia de Jesús. Creo que merecía la pena.

A pesar de mis palabras, todos compartíamos la misma decepción.

- Yo no quería decirlo, para que no os rieseis de mí –continuó Lucila-. Pero cuando dijiste que ese esclavo que se rebeló era muy guapo, y que otro era muy fuerte, me hice la ilusión de que, cuando hablase de Jesús, iba a contarnos cómo era.

- Eso no lo dice ni el evangelio, Lucila.

No pudo contenerse.

- Vosotros dos siempre estáis peleándoos, que si el que cuenta más detalles es Lucas, que el más interesante es Mateo, y ninguno dice cómo era Jesús. Tanto presumir con vuestros evangelistas, y se olvidan de las cosas más importantes.

- ¿Te parece tan importante saber si era alto o bajo, rubio o moreno?

- No es que sea esencial, pero me gustaría saberlo.

- Lo importante -le respondió mi padre- no es cómo fue Jesús cuando vivía en este mundo, sino cómo es ahora, glorificado a la derecha de Dios. Y eso no hay quién se lo imagine, Lucila. Si te basta, piensa que debe ser lo más maravilloso.

La reunión había sido breve y ninguno sentía prisa por acostarse. Aproveché la ocasión para levantar los ánimos.

- Hay otras cosas en este libro que también nos pueden interesar mucho. He saltado una parte para no interrumpir los recuerdos de la familia de Jesús. Pero en ella se habla de los grupos religiosos judíos de su tiempo: los fariseos, los saduceos y los esenios. Le he pedido a Livia que sea ella quien nos hable de ese tema. Supongo que no estará de acuerdo con todo lo que diga José Flavio y lo completará con sus conocimientos personales sobre los esenios.

- Primero tendrás que dejarme el libro, para que sepa lo que dice.

- Pues Livia y yo estábamos esperando a que terminaseis de hablar de la historia para hablar de una cosa más importante: qué oraciones le enseñaron María y José a Jesús, cómo rezaban.

- ¿Y tú qué sabes de eso?

- Más de lo que tú te crees. Livia me ha enseñado muchas cosas. Para aprender no hace falta estar siempre leyendo libros caros.

- Padre, ¿tú qué prefieres? ¿Que sigamos con los grupos religiosos judíos o con las oraciones que le enseñaban a Jesús?

- A mí ese tema me interesa mucho. Podemos seguir por ahí, y así Livia tiene tiempo de preparar lo de los esenios; Por mi parte no había inconveniente en olvidarnos unos días de José Flavio. La propuesta de Lucila y Livia tenía la ventaja de que podía ayudarme a hacer oración, cosa que nunca viene mal.

Capítulo 4: Oraciones

Para sorpresa mía, quien tomó la palabra al día siguiente no fue Livia, sino Lucila.

- Estas reuniones van a ser muy distintas de las anteriores. La idea me vino a propósito de lo que podían contarle a Jesús cuando era niño. Una noche, mientras hablabais de Herodes, Arquelao, y todos esos nombres raros, me quedé pensando en los primeros recuerdos que tendrían Elena y Néstor dentro de unos años. No me refiero a esas cosas normales que se les quedan grabadas a los niños, sino a las que pueden marcar su vida de fe. Me acordé entonces de las oraciones que mis padres me enseñaron cuando yo era pequeña, especialmente de la oración del Señor, que repetía con ellos todos los días. Pensé en las oraciones que Andrónico y yo les hemos ido enseñando a los niños. Y se me ocurrió una pregunta muy tonta: ¿qué oraciones le enseñaron a Jesús? Por más que intentaba imaginarlo, todas las que se me ocurrían eran típicamente cristianas. Cuando se lo comenté a Livia se echó a reír. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

- Sí. Que Jesús rezaría las mismas que rezo yo.

- Me entró curiosidad por conocerlas, y le pedí a Livia que me las repitiera con frecuencia hasta aprendérmelas de memoria. ¿Vosotros sabéis cuáles son?

- A mí me enseñaron en Antioquía el Chemá. Lo rezaba con Jacob todos los días, pero luego dejé de hacerla. Me aburría un poco.

- Yo lo conozco -añadió mi padre-. Pero tampoco acostumbro rezarlo.

- Si fueseis judíos, os echaban de la sinagoga. El que no recita el Chemá al levantarse y al acostarse es como un pagano. Lucila, no. Cama es mujer, no tiene obligación de recitarlo.

A Lucila le molestó aquella exclusión.

- ¿Es que las mujeres no tenemos que rezar?

- Sí. Pero una oración distinta. Las mujeres y los esclavos no tienen obligación de recitar el Chemá porque se ponen a trabajar en cuanto se levantan. Y los niños están dispensados hasta los trece años. Pero se lo enseñan desde que son capaces de hablar.

- Pues Sara lo rezaba todos los días con Jacob.

- No he dicho que esté prohibido, sino que no es obligatorio. Además, no veo por qué defendéis tanto que lo recen las mujeres cuando aquí no lo rezan ni los hombres.

Mi padre y yo nos quedamos callados.

- A vosotros os aburre el Chemá porque no estáis acostumbrados a rezar desde pequeños. Cuando erais paganos, lo único que hacíais era pedirle a Zeus que hubiese una buena cosecha o que os saliese bien un negocio. Lo resolvíais en un momento, mientras ibais por la calle. A lo sumo, ofrecíais un animal en sacrificio a los dioses. Pero sois incapaces de rezar un rato más largo.

La intervención de Livia empezó a molestarme un poco. No por mí, que consideraba justa la reprimenda, sino pensando en mi padre. Ni siquiera en sus años de paganismo podía imaginarlo con una religiosidad tan vacía. La prueba es que se había convertido. Pero él no parecía sentirse herido por las palabras de Livia, la escuchaba con simpatía y atención.

- Además, aparte de que no estáis acostumbrados a rezar, no entendéis las oraciones judías. ¿Estás de acuerdo, Teófilo?

- Mientras te escuchaba, me estaba acordando de Lucas. Él también decía que los griegos no estamos acostumbrados a rezar, que enseguida nos cansamos. Y; cuando rezamos, lo único que hacemos es pedir cosas a los dioses: dinero, salud, bienestar. Él lo decía por experiencia propia, porque había vivido así muchos años, hasta que se convirtió. Al principio, cuando me decía estas cosas, me desconcertaba. Para mí no había otra forma de hacer oración. Yo veía a los dioses como los seres más importantes, por encima de los legados y emperadores. A mí nunca se me ha ocurrido tratar a un legado como a un amigo. Si he acudido a él ha sido para pedirle un favor. Y lo mismo me pasaba con los dioses. Lucas me hizo ver a Dios como padre, ya Jesús como un hermano mayor. Entonces, la situación cambió por completo. Ya no iba a pedir favores. Empecé a hablar con Dios, como un hijo con su padre, de las cosas más sencillas.

Livia parecía estar de acuerdo, pero advirtió que el tema se le iba de las manos.

- Estábamos hablando del Chemá. Vaya explicaros en qué consiste y luego lo comentamos poco a poco. Se trata de tres textos tomados de los libros de la Ley. Cuando uno los escucha

por primera vez, parecen muy distintos y sin relación entre ellos. Pero veréis que están muy relacionados. El primero recuerda el mandamiento principal: amar a Dios.

Comenzó a leer con toda solemnidad.

"Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales". Las primeras frases os resultarán conocidas. Jesús las cita cuando le preguntaron cuál es el mandamiento principal.

- Sí. Pero Jesús añade otro mandamiento tan importante como éste: amar al prójimo como a uno mismo.

Livia ignoró mi interrupción.

- Ahora comprenderéis por qué este texto se reza por la mañana y por la noche. Dice expresamente que estas palabras se repitan acostado y levantado.

- Y también dice que se repitan estando en casa y yendo de camino. Habría que estar diciéndolas todo el día.

- Efectivamente. Pero como mucha gente se olvidaría de hacerla, por lo menos que lo hagan al levantarse y al acostarse. Y fijaos la importancia que tiene enseñarle esas palabras a los niños. Los griegos no les enseñan a sus hijos a rezar. Nosotros, sí.

- ¿A las niñas también se las enseñan, o sólo a los niños? —pregunté con aparente inocencia—.

Livia me miró irritada.

- Creo que te estás tomando a broma una cosa muy seria, Andrónico.

- Es cierto, perdona.

- Lo importante de este primer texto es que nos recuerda que hay un solo Dios y que debemos amado con todo nuestro ser. El segundo habla de los beneficios que esto trae y del grave peligro que supone la idolatría. *"Si escuchas y obedeces los preceptos que yo te mando hoy, amando al Señor, vuestro Dios, y sirviéndole con todo el corazón y con toda el alma, yo mandaré a vuestra tierra la lluvia a sus tiempos: la lluvia temprana y la tardía; cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite; yo pondré hierba en tus campos para tu ganado, y comerás hasta hartarte. Pero, cuidado, no os dejéis seducir ni os desviéis sirviendo a dioses extranjeros y postrándoos ante ellos; porque se encenderá la ira del Señor contra vosotros, cerrará el cielo y no habrá más lluvia, el campo no dará sus cosechas y desapareceréis enseguida de esa tierra buena que os va a dar el Señor. Meteos estas palabras mías en el corazón y en el alma, atadlas a la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente, enseñádselas a vuestros hijos; habladles de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado, escribelas en las jambas de tu casa y en tus portales, para que dures y duren tus hijos en la tierra que el Señor juró dar a tus padres, cuanto dure el cielo sobre la tierra".*

No pude evitar interrumpirla.

- Esta parte no me gusta tanto como la primera. Comprendo lo que quiere decir, y estoy básicamente de acuerdo, pero creo que se presta a ser mal interpretada. Si yo amo a Dios, él

manda la lluvia, los campos dan fruto y las vacas paren terneros. Si doy culto a otros dioses, me quedo sin lluvia, sin trigo y sin vacas. Vamos a ver, Livia: ¿qué país produce más trigo, Judea o Egipto? ¿Dónde llueve más, en Galilea o en Germania? Yo no he estado en Germania, pero dicen que allí se pasa todo el año lloviendo; me imagino que tendrán unas cosechas estupendas.

- O se les pudre el trigo de tanta agua -ironizó mi padre-. Yo creo que la cosa no va por ahí, Andrónico. El texto no dice que los israelitas serán los más ricos del mundo, sino que el israelita fiel tendrá lo suficiente para vivir bien, y que el israelita idólatra no gozará de esos bienes.

- ¿Y no te parece una simpleza? Yo estoy seguro de que los padres de Jesús eran más fieles a Dios que cualquier descendiente de Herodes. Pero ellos eran pobres, y éstos, ricos.

Livia me miró enfurecida.

- No dices más que tonterías, Andrónico. Estas palabras las han rezado los israelitas durante siglos, aunque fuesen pobres, aunque hubiese sequía, aunque pasasen hambre. y están convencidos de que son verdad, aunque tú no lo entiendas. Mis padres tuvieron que emigrar a Roma porque se morían de hambre; en Roma se mataron trabajando hasta que nos expulsó Claudio; ni siquiera sabíamos adónde ir cuando nos embarcamos para Grecia. Pero seguíamos rezando esta oración, sin meternos en discusiones estúpidas, convencidos de que Dios nos ayudaría. Mis padres murieron los dos en el espacio de pocos meses, mi madre en Corinto, mi padre en Éfeso. Cuando mi padre estaba a punto de morir, me entregó una carta y me dijo: "Es lo único que puedo dejarte, pero espero que sea suficiente. Confía en el Señor, que nunca te abandonará". Era una carta de la comunidad de Éfeso para el excelentísimo Teófilo, pidiéndole que me acogiese en su casa. Yo no he tenido grandes posesiones, ni muchos rebaños, pero el Señor me concedió una familia maravillosa, que sólo la estropeas tú cuando te pones a decir tonterías. Y te digo una cosa: aunque la comunidad de Éfeso no se hubiese preocupado por mí, y aunque tus padres no me hubiesen acogido como a una hija, seguiría rezando el Chemá todos los días.

Me quedé mirando al suelo. Cualquier comentario habría sido estúpido. Fue mi padre quien me echó una mano.

- Ese texto, como tú decías, se presta a ser mal interpretado cuando no se tiene fe... y cuando no se tiene edad. Lo que dice son metáforas, Andrónico. Metáforas de la bendición y de la maldición de Dios. El que cree en el Señor y procura amarlo con toda el alma, siempre se sentirá feliz, por muchas desgracias que le vengán encima. El que olvida a Dios, será un desgraciado, aunque sea muy rico. Las personas normales se ríen de eso. Hay gente que prefiere ser rica y desgraciada antes que pobre y feliz. Pero nosotros hablamos de personas de fe.

- Yo entiendo perfectamente lo que quiere decir ese texto -remachó Lucila-. Lo que pasa es que no hay que interpretarlo al pie de la letra. Y me parece muy bien que se recuerde dos veces al día, por lo menos, y que se les enseñe a los niños a pensar de esa manera.

Livia, feliz del apoyo que encontraba en los otros, continuó.

- El tercer texto que se utiliza en el Chemá habla de otro peligro: pero esta vez no viene de fuera, de los dioses paganos, sino del interior de nosotros mismos: de los caprichos de nuestro corazón y de nuestros ojos. *"El Señor dijo a Moisés: Di a los israelitas: Hacedos borlas y cosedlas con hilo violeta a la franja de vuestros vestidos. Cuando las veáis, os recordarán los*

mandamientos del Señor y os ayudarán a cumplirlos sin ceder a los caprichos del corazón y de los ojos, que os suelen seducir. Así recordaréis y cumpliréis todos mis mandatos y viviréis consagrados a vuestro Dios. Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os sacó de Egipto para ser vuestro Dios. ló soy el Señor, vuestro Dios". Me imagino lo que está pensando Andrónico. Que eso de las borlas cosidas con hilo violeta es una estupidez.

- Yo no he dicho nada.

- Pero lo estás pensando.

- A mí esas cosas me desconciertan un poco -reconoció mi padre-. No creo que por mirar unas borlas vaya a acordarme de cumplir los mandamientos.

- Pues yo lo entiendo perfectamente -dijo Lucila-. Mira: este broche me lo trajo Andrónico una vez que estuvo en Atenas. Para mí significa mucho, siempre lo llevo puesto. Cuando se pone insoportable, miro el broche y pienso: "A pesar de todo, me quiere".

- Eso no me lo habías dicho nunca.

- ¿Qué cosa? ¿Que te pones insoportable?

- Eso sí. Lo del broche. No sabía que significase tanto para ti.

- Pues ya lo sabes.

- Lo de las borlas es algo parecido -subrayó Livia, poniendo fin a nuestras intimidades-. Por eso los buenos israelitas las llevan cosidas al manto. Y llevan también las filacterias, para cumplir lo que ordenan estos textos: *"atadlas a la muñeca como un signo, ponedlas de señal en vuestra frente"*. ¿Vosotros habéis visto unas filacterias?

- Es lo primero que se ve cuando aparece un judío. Parece que le ha salido un chichón en la cabeza.

- Pero seguro que nunca las has visto por dentro, ni sabes cómo están hechas. Éstas son las filacterias de mi padre. Las guardo como recuerdo.

Los tres las habíamos visto a menudo en la frente o en la muñeca de los judíos que encontrábamos por la calle. Pero nunca habíamos tenido entre las manos un objeto tan extraño. Eran dos cajitas cuadradas, provistas de correas.

- Las correas son para atarlas a la frente y al brazo izquierdo. Cuando abrimos el estuche, encontramos que está revestido por dentro de un trozo de piel, ¿lo veis? Esta piel tiene que ser de animal puro, como la vaca. No puede ser de call1ello, ni de cerdo, ni de liebre... Dentro del estuche hay un bulto de pergamino, pero no está suelto. Está cosido a la piel con doce puntadas, fijaos. Simbolizan a las doce tribus de Israel. Si descosemos el bulto de pergamino, lo que hay dentro son cuatro rollitos, atados con un pelo de ternero. Los cuatro rollitos contienen los cuatro textos de la Torá que mandan atar estas palabras a la frente y a la muñeca. Dos de esos textos ya los conocéis, son los dos primeros que se usan en el Chemá. Los otros dos textos dicen así. El primero: *"Y ese día le explicarás a tu hijo: Esto es por lo que el Señor hizo en mi favor cuando salí de Egipto. Te servirá como señal en el brazo y recordatorio en la frente, para que tengas en los labios la Ley del Señor, que con mano fuerte te sacó de Egipto"*. El segundo dice: *"Te servirá como señal en el brazo y signo en la frente de que con mano fuerte te sacó el Señor de Egipto"*. Yo no he abierto nunca estas filacterias, ni pienso hacerla,

pero mi padre me dijo que a él le metieron también otro rollito con los diez mandamientos. No es obligatorio, pero se está difundiendo esa costumbre.

Los tres nos quedamos contemplando los estuches,... observando las puntadas, palpando el bulto de pergamino que contenía los rollitos invisibles. Livia nos miraba satisfecha. Luego me sorprendió.

- Andrónico, que presume tanto de conocer el evangelio de Mateo, no ha caído en la cuenta de un detalle que yo advertí desde la primera vez que me lo leyó. En un discurso muy largo de Jesús, contra los escribas y fariseos, los critica porque ensanchan las filacterias y agrandan las borlas del manto. Ahora entenderás lo que quiere decir Jesús. Lo hacen para presumir, para que la gente piense que son muy piadosos. Fijaos que estas filacterias son pequeñas, no llaman demasiado la atención.

Cogí uno de los estuches y me lo puse en la frente.

- ¿Tú crees que esto no llama la atención?

- Te llamará la atención a ti, que no eres judío. A un judío le parecen filacterias normales, incluso pequeñas. Fíjate que la correa es estrecha, no como otras que vemos a veces por la calle.

- ¿Y por qué se ata un estuche a la mano izquierda? -preguntó mi padre--.

- Porque es más fácil -improvisé-. Intenta atarte la caja a la mano derecha y verás el trabajo que te cuesta. A no ser que seas zurdo.

- No es por eso -aclaró Livia-. La Torá dice que hay que poner estas palabras sobre el corazón. y es más fácil poner sobre el corazón la mano izquierda que la derecha.

La reflexión de Lucila fue más típica de un ama de casa.

- La correa es larguísima.

- Porque tiene que dar siete vueltas al brazo, y luego se ata a la mano imitando la letra chin, que es la inicial del nombre divino Chadday.

- Demasiado complicado -sentenció-. Los cristianos somos más sencillos.

Livia recogió sus filacterias y Lucila aprovechó para tomar la palabra.

- Bueno. Ya sabemos en qué consiste el Chemá, la oración que rezaba Jesús mañana y noche. Cuando hablé con Livia de este tema, pensaba que debíamos enfocarlo de manera distinta. No en plan de discutir ni de hacer preguntas, sino para que nos ayudase a rezar como rezaba Jesús.

- Eso es muy fácil -comentó mi padre-. Como va siendo hora de acostarse, nos imaginamos un momento a Jesús en su casa de Nazaret, o en mirad del campo, por la noche, y Livia va diciendo en voz alta los textos.

Era una buena idea. Intenté concentrarme e instintivamente cerré los ojos. Veía una figura borrosa entre árboles borrosos. No me detuve a identificarlos. Fijé mi atención en las palabras que Livia iba repitiendo: *"Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos..."*

Sabía que Lucila esperaba mi opinión antes de dormimos.

- Ha estado muy bien la reunión, me ha gustado mucho.

- Yeso que has hecho todo lo posible por estropearla.

Lo dijo en broma y no me sentí ofendido.

- Al final, cuando rezábamos el Chemá, pensé en Jesús. Él no necesitaba animarse a amar a Dios ni corría el peligro de ser un idólatra...

- Supongo que lo rezaría pensando en nosotros.

- ¿Qué quieres decir?

- Que esas palabras hay que inculcarlas a los hijos. Nosotros somos como sus hijos...

Lucila proyecta el sentimiento de maternidad por todas partes.

- A veces se te ocurren ideas interesantes.

- Sobre todo cuando tengo sueño. Pero tú también dijiste algo muy importante, aunque no sé si caíste en la cuenta.

- ¿Qué dije? -le pregunté halagado-

- Que para Jesús es tan importante amar a Dios como amar al prójimo.

- ¿Por qué piensas que lo dije sin caer en la cuenta?

- Porque no lo practicas.

A pesar de todo, no la estrangulé.

* * *

Mi intención era alternar estas reuniones, que no me exigían preparación, con la lectura de José Flavio. Aunque tratase de una época posterior a la de Jesús, me interesaba conocer lo que pudieron ser los primeros años de la comunidad de Jerusalén. Algo de ellos sabía por la segunda parte de la obra de Lucas, pero aquel libro podía completar mis ideas. Sin embargo, la última reunión suscitó en mí el interés por la oración de Jesús. y me vino la idea de recorrer rápidamente los evangelios, fijándome en lo que decían sobre este tema. Comencé por Marcos, al que debía mi primera instrucción, y la recompensa la tuve bastante pronto. Casi al principio me encontré con esta frase: *'Jesús se levantó de madrugada y salió, se marchó a un descampado y estuvo orando allí'*. Recordé algo que me había repetido Lucas durante mi estancia en Éfeso: "Jesús siempre reza en los momentos capitales de su vida: en el bautismo, cuando elige a los discípulos..." Pero la frase de Marcos suponía una novedad: Jesús no sólo rezaba en los momentos importantes, sino en cualquier día, con una extensa oración solitaria.

Como en tiempos antiguos, cuando empecé a leer el evangelio, intenté imaginar la escena: Jesús se levanta en la oscuridad, procurando no despertar a nadie de la casa, atraviesa las callejuelas solitarias, busca un lugar retirado... Pero mi imaginación terminaba estrellándose con un misterio. ¿Qué rezaba Jesús? El Chemá. No lo haría como yo. Más lentamente, saboreando cada frase, ahondando en esa realidad para él tan evidente del amor de Dios, en la alegría de servirle. ¿Y luego? El Chemá, por muy lento que se recite, es breve. ¿Cómo seguiría su oración?

Mi padre no parecía tener tantas dificultades para imaginarlo.

- Dependería de lo que fuese ocurriendo -sugirió-. Pienso que sería algo parecido a cuando tú vienes a verme y me cuentas lo que has hecho, lo que te preocupa, lo que estás planeando. Así

de sencillo. Lo importante no es el tema que se trata, sino la necesidad de hablar, de comunicarse con Dios.

Hizo una pausa, sumergiéndose en sus recuerdos.

- Tu madre y yo hablábamos mucho. Cuando murió, echaba de menos esos ratos diarios de conversación. Un día me puse a recordar de qué hablábamos. Me di cuenta de que eran cosas intrascendentes, detalles pequeños de cada día. Pero no podíamos pasar sin contárnoslos el uno al otro. Aparentemente, si no hubiésemos hablado tanto, nuestro matrimonio sería el mismo. Sin embargo, no era así. La comunicación diaria era una forma de expresar el cariño que nos teníamos y lo mucho que nos necesitábamos. Creo que a Jesús le pasaba lo mismo con Dios. (Se echó a reír). Después de todo, era su Padre. Me imagino que le contaría la última patochada que se le ocurrió a Pedro, la última parábola que se había inventado, la reacción positiva o negativa de la gente, lo cansado que se sentía a veces, lo malo bien que había dormido...

De repente, su rostro se ensombreció.

- Hay otros momentos en los que Dios resulta misterioso, distante. Yo tuve esa impresión durante la enfermedad de tu madre, viéndola empeorar día tras día, viéndola sufrir porque te abandonaba tan pequeño. No comprendíamos por qué Dios pide sacrificios tan tremendos. Hacía poco tiempo que nos habíamos convertido, y parecía un castigo por haber abandonado la fe de nuestros padres. Aunque me costó trabajo hacerla, se lo comenté al catequista. Él cogió el evangelio de Marcos y me leyó la oración de Jesús en Getsemaní: *"¡Abba! ¡Padre! Todo es posible para ti, aparta de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú"*. Luego pasó unas columnas y me leyó el grito de Jesús en la cruz: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"* Eran los dos sentimientos que yo tenía en ese momento: rebeldía ante el abandono de Dios y tendencia a aceptar su voluntad. Poco a poco triunfó lo segundo. Pero muy poco a poco. Por eso me consoló mucho cuando leí la forma en la que Lucas cuenta la oración de Getsemaní. Él añade unas cosas que no cuenta Marcos. *"Se le apareció un ángel del cielo, que lo animaba. Al entrarle la angustia se puso a orar con más insistencia. Le chorreaba hasta el suelo un sudor parecido a goterones de sangre"*. Parece contradictorio que después del consuelo venga la angustia, pero era mi misma experiencia. A mí también me envió Dios alguien que me animase, mi catequista. Pero eso no impidió que siguiesen días de angustia. Y aunque rezaba cada vez más, era un tormento terrible, como sudar sangre.

Tras un instante de silencio, continuó.

- Todo esto era para decirte que la oración de Jesús sería muy variada. A veces agradable, a veces trágica. Pero lo importante es que siempre rezaba. Eso le daba fuerzas para seguir adelante y alegría en medio de una vida tan dura.

Cuando me retiré iba pensando: si esto de la oración es tan sencillo, ¿por qué nos cuesta tanto rezar?

* * *

- El otro día hablamos de la oración que rezaba Jesús al levantarse y al acostarse, pero los judíos piadosos rezan también en otros muchos momentos del día. Livia me ha dicho que hay oraciones especiales para los viajes, enfermedad, aniversarios, para verse libre de un peligro, cuando se acerca la muerte... Sobre todo, lo que más les gusta es bendecir a Dios. Livia va a recitar una bendición muy importante, la de la comida.

- Propiamente no es una bendición, sino tres, pero se pronuncian seguidas. Algunos dicen que la primera la instituyó Moisés cuando bajó el maná del cielo. La segunda Josué, cuando los israelitas tomaron posesión de la tierra. Y la tercera, David y Salomón. Pero estas tradiciones no creo que merezcan mucho crédito; si la primera fuese de Moisés, se habría conservado en la Torá. De todos modos, mi padre me enseñó que eran bendiciones muy antiguas. Nosotros siempre las rezábamos a la hora de comer. La primera bendición celebra a Dios como anfitrión del universo, que alimenta a todas sus criaturas. Dice así: *"Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que en tu bondad nutres al mundo entero con favor, con gracia y con misericordia, que das alimento a toda criatura porque tu gracia es eterna. Por tu gran bondad, nunca nos ha faltado el alimento y nunca nos faltará. Por tu gran nombre tú nutres y sostienes toda cosa, concedes tus beneficios a todos y preparas el alimento a todas las criaturas que has creado. Bendito seas tú, Señor, que nutres a todos los seres"*.

Livia nos miró orgullosa, como si fuera ella la autora.

- ¿Os gusta?

- Es muy bonita -reconoció-.

- Fijaos en un detalle muy importante. La familia que pronuncia la bendición no piensa en ella misma, tiene presentes a todas las criaturas. Igual que en un salmo, donde se dice que todos los animales esperan de Dios su alimento y él se lo proporciona día tras día. La segunda bendición da gracias por los grandes beneficios que el pueblo de Israel recibió de Dios, especialmente por la tierra. *"Te damos gracias, Señor Dios nuestro, por haber dado a nuestros padres un país delicioso, hermoso y amplio; por habernos hecho salir, Señor Dios nuestro, del país de Egipto y habernos liberado de la casa de esclavitud; por la alianza que has sellado en nuestra carne, por la ley que nos has entregado, por los preceptos que nos has dado a conocer, por la vida, la piedad y la clemencia que nos has concedido, y por el alimento que nos procuras constantemente, cada día, siempre y en todo lugar. Señor Dios nuestro, te damos gracias y te bendecimos por todo. Que tu nombre sea bendecido por boca de todos los vivientes, siempre y por la eternidad, según está escrito: 'Cuando comas y te sacies, bendecirás al Señor tu Dios por la tierra que te ha dado'. Bendito seas tú, Señor, por la tierra y por el alimento"*.

Al terminar, Livia no mostraba el rostro feliz de un momento antes. Parecía tensa, intentando contener las lágrimas.

- Yo no he conocido ese "país delicioso, hermoso y amplio", pero lo quiero como si hubiese vivido en él toda mi vida. Sé que ahora está devastado por la guerra, y que ya no pertenece a Israel, sino a los romanos. Pero todos los judíos seguimos bendiciendo al Señor por la tierra que nos ha dado.

- Para un cristiano, su tierra es el mundo entero, Livia –intentó consolarla mi padre-.

- Sí, y no. Cuando has oído hablar de esa tierra desde niña, cuando la recuerdas unida a toda la historia de nuestro pueblo, no puedes evitar la nostalgia. Como dice otro salmo: "Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha". En fin, ése ha sido el destino de muchos de nosotros durante siglos, desde que nos deportaron a Babilonia.

Afortunadamente, Livia era una mujer dura, hecha desde niña al sufrimiento. Se repuso de inmediato y comentó con la mayor naturalidad.

- De niña no le prestaba mucha atención a estas bendiciones cuando las pronunciaba mi padre. Pero, un día, la última me llamó la atención. Siempre me habían dicho que Jerusalén era una ciudad preciosa, la más bonita del mundo. Sin embargo, en la última bendición se pide a Dios que reconstruya Jerusalén. Le pregunté a mi padre cómo se explicaba aquello. Me dijo que era una bendición muy antigua, de una época en la que Jerusalén era todavía una ciudad pequeña, pobre, sin las murallas ni los edificios que construyó Herodes. Dice así: *"Señor, Dios nuestro, ten piedad de Israel, tu pueblo, de Jerusalén, tu ciudad, tabernáculo de tu gloria, del reino de la casa de David tu ungido, de la casa santa y grande sobre la que se ha proclamado tu nombre. Dios nuestro/ Padre nuestro, sé nuestro pastor, nútrenos/ sostennos/ provee a nuestras necesidades, redímenos y libéranos pronto de todas las tribulaciones, Señor Dios nuestro. No permitas que tengamos necesidad de la ayuda de los hombres ni de sus préstamos, sino sólo de tu mano, llena, abierta, santa y generosa... y reconstruye pronto, hoy mismo, a Jerusalén, tu ciudad santa. Bendito seas tú/ Señor, que en tu misericordia reconstruyes a Jerusalén"*.

- Esa bendición le habría gustado mucho a Lucas -comentó mi padre-. Él también habla con mucho entusiasmo de Jerusalén, del templo, de la casa de David, de la liberación de Israel.

Como siempre, fui yo el encargado de poner la nota estúpida. No lo hice con mala intención, sino por afán de realismo. Los años me han enseñado que la línea que separa el afán de realismo de la estupidez es muy sutil, casi imperceptible.

- Después de escucharte, Livia, yo no creo que Jesús usase esas bendiciones, por lo menos con sus discípulos.

Me miró desconcertada.

- ¿Por qué?

- Son muy largas. Los discípulos se habrían aburrido. Dirían que la bendición era más larga que la comida.

- Ni en los momentos más serios puedes dejar de decir tonterías -me recriminó Lucila-.

- No son tonterías, es verdad. Yo no me imagino a los discípulos rezando todo eso.

Sólo mi padre me miraba con aire divertido, pero procurando disimularlo.

- Los discípulos no eran gente piadosa -continué-. No ayunaban, comían espigas en sábado, se quedaban durmiendo mientras Jesús se levantaba temprano para rezar. Además, tampoco me imagino a Jesús pidiéndole a Dios la reconstrucción de Jerusalén. Lo de darle gracias por todos los beneficios, sí. Eso es posible.

- ¿Posible? ¿Tú te crees que Jesús era tan ateo como tú?

- Bueno, esta vez sí he dicho una tontería.

- Andrónico -me interrumpió mi padre-, ¿recuerdas cuando Jesús multiplicó el pan y los peces? ¿Qué es lo primero que hizo?

- Levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición...

- Pronunció la bendición. Me imagino que serían estas bendiciones que ha recitado Livia, las que había aprendido de pequeño. Allí estaban miles de personas, no sólo los discípulos, y tenían hambre después de seguirlo todo el día. Pero Jesús no omitió la bendición. ¿Por qué iba a omitirla otros días?

No supe qué contestar.

- Lo que a ti te ocurre es que estás muy influido por los romanos -era el peor insulto que podía dirigirme-. Siempre vas con prisas, a lo práctico. No comprendes que otras personas tengan una visión distinta de la vida, y que consideren justo tardar más tiempo en bendecir a Dios que en comer.

- Muy bien dicho, Teófilo.

A Livia le salió tan del alma, y Lucila me miraba con tanta rabia, que no pude evitar echarme a reír.

- Lleváis razón, lo acepto. Pero prefiero decir las cosas como las siento. Así podemos discutir y aprendemos más.

- Hay formas más serias de aprender -me reprochó Lucila-.

- Pero no van con mi carácter.

- Tú siempre te justificas con tu carácter.

Aquella noche, en la cama, no estuvo el ambiente para comentarios.

* * *

En la tercera reunión sobre el tema, quien tomó la palabra fue Livia. Lo cual no presagiaba nada bueno para mí. Efectivamente, así fue.

- Cuando hablamos del Chemá, Andrónico aprovechó para meterse con los judíos, porque no obligan a las mujeres a recitarlo. Eso no significa que las mujeres no tengan que rezar. A nosotras y a los niños nos enseñan una oración que se reza tres veces al día: por la mañana, a la hora nona y por la noche. Es tan importante que se llama simplemente "la Tefilá", "la oración". Y está compuesta de dieciocho bendiciones. Dieciocho, sí, dieciocho. Tú no habrías llegado ni a la cuarta.

Recuperó su buen humor.

- A la mayoría de la gente le resulta una oración muy larga, y algunos rabinos permiten rezar sólo un resumen. A ti te vendría bien el resumen.

Me había hecho el propósito de no estropear la reunión y aguanté en Silencio la ironía. Pero mi padre se compadeció de mí.

- ¿Vas a recitarnos las dieciocho bendiciones?

- No. Vaya limitarme a las más antiguas. Según decía mi padre, eran las tres primeras y las tres últimas. Empiezo. *"Bendito seas, Señor, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, escudo nuestro y escudo de nuestros padres. Bendito seas, Señor, escudo de Abrahán"*. ¿Os gusta?

Lucila volvió a sorprenderme con su rapidez.

- Eso es parecido a lo que cantamos nosotros en nuestros himnos: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo", A lo mejor nos hemos inspirado en ella.

- Seguro que sí -sentenció Livia-. Lo único que han hecho es poner a Jesús en el sitio de los patriarcas.

- A mí hay algo que me resulta conocido -comentó mi padre-.

Eso de "Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob". Es como si lo hubiese oído otras veces.

No pude contenerme.

- Es la frase que cita Jesús para demostrarles a los saduceos que existe la resurrección de los muertos.

Hasta Livia me miró admirada. No había caído en la cuenta de que Jesús usaba la primera bendición para demostrar a sus adversarios que Dios no es un Dios de muertos, sino de seres vivos.

- La segunda bendición dice así: *"Eres héroe esforzado, alimentas a los vivos, das vida a los muertos. Bendito seas, Señor, que das vida a los muertos"*.

No me llamó especialmente la atención. Pero sí a mi padre.

- Muy bonita.

- ¿Por qué te ha gustado? -le pregunté-

- Es bonito pensar que Dios dará la vida a tu madre... ya todas las personas queridas que han muerto.

Creo que me puse colorado. Da vergüenza no advertir cosas tan elementales. Esta vez fue Livia la que vino en mi ayuda pasando a la tercera bendición.

- *"Santo eres tú y temible tu nombre y no hay Dios alguno fuera de ti. Bendito seas, Señor, Dios santo"*. Por si alguno no la considera interesante -y subrayó lo de "alguno"- estas palabras van en la línea de la primera petición de Jesús: "Santificado sea tu nombre". Las tres bendiciones finales son una mezcla de acción de gracias y peticiones.

Las fue recitando sin interrupciones de nuestra parte.

- *"Por tu bondad, Señor, nuestro Dios, habita en Sión, y podrán servirte tus siervos en Jerusalén. Bendito seas, Señor, pues queremos servirte con temor. Te damos gracias, Señor, nuestro Dios, por todas las buenas acciones de bondad. Bendito seas, Señor, a quien es bueno dar gracias. Concede tu paz a Israel, tu pueblo, y bendícenos a todos en conjunto. Bendito seas, Señor, que haces la paz"*.

Días más tarde, cuando me las dictó Livia, me admiró esa conjunción tan extraña de lo universal y lo nacionalista: bendiciones que puede rezar cualquiera de nosotros, pero impregnadas de la obsesión por Jerusalén y por el pueblo de Israel. Durante la reunión no tuve tiempo de pensar en eso. Me produjo cierto pánico la pregunta inocente de mi padre.

- Y las otras doce bendiciones, ¿de qué tratan?

- Si queréis, os las recito.

- No, no hace falta. Es sólo para tener una idea del contenido.

- Se parecen a las tres últimas. Van mezclando bendiciones y peticiones de cosas muy distintas. Unas veces se piden bienes espirituales, como la inteligencia, la penitencia, el perdón. Otras, bienes materiales, como la salud, el bienestar, la reunificación de los dispersos. Y un tercer grupo pide cosas buenas para el pueblo: gobernantes justos, el castigo de los tiranos, la restauración de Jerusalén...

- ¿Tú rezas todo eso tres veces al día?
- Sí. Me gusta unirme a la oración de mi pueblo.
- Pues tienes mérito -reconocí-.

No lo consideró un elogio. Me miró como si me diese por imposible.

- Hay también una oración para antes de dormir.
- Antes de dormir se reza el Chemá.

- El Chemá se recita propiamente al ponerse el sol. Esta otra cuando estás a punto de dormirle. Dice así: *"Bendito seas tú, Eterno Dios nuestro, rey del universo, que viertes el sueño sobre mis ojos y el sopor sobre mis párpados. Sea tu voluntad, Señor Dios mío, que yo me acueste en paz, que me levante de la misma manera, que mi sueño no se vea alterado por pesadillas espantosas, por visiones impuras, que mi descanso sea el de la inocencia y, una vez pasado el tiempo del sueño, devuelve la luz a mis ojos y no me dejes dormir el sueño de la muerte, porque eres tú el que das la luz a la niña de los ojos. Bendito seas tú, Eterno, que iluminas al mundo con tu gloria"*.

Se advertía que en Livia la oración se teñía de recuerdos personales y de imágenes antiguas. Disfrutaba recordando esos textos.

- Y hay otra oración muy larga para el momento de levantarse. No me la sé, pero recuerdo que mi padre se divirtió mucho contándome cómo era. Mi padre tenía mucho sentido del humor. Y me preguntaba para ver si yo conseguía imaginar el desarrollo de esa oración. Os vaya hacer la misma prueba que él me hizo. ¿Qué es lo primero que ocurre por la mañana, cuando uno está en la cama?

Los tres nos quedamos sin palabra.

- Lo primero de todo, nos despertamos. ¿Qué pasa después?
- Nos levantamos.
- No. Canta el gallo.
- Yo nunca me despierto antes de que cante el gallo.
- Los judíos piadosos parece que sí. ¿Y luego?
- Nos levantamos.
- No. Abrimos los ojos.
- Andrónico se levanta con los ojos cerrados -bromeó Lucila-.
- ¿Y después de abrir los ojos?
- Bostezamos.
- Nos levantamos y nos sentamos en la cama.
- Más vale que sigas tú, Livia, porque no vamos a acertar ni una.
- Por lo visto, un judío piadoso se fue fijando en todos los actos que realizaba al levantarse, y compuso una bendición para cada uno de ellos. Mi padre, con mucho esfuerzo, consiguió enseñarme cuáles eran esos quince actos: despertarse, oír el canto del gallo, levantarse y

sentarse en la cama, ponerse el vestido, levantarse de la cama, tocar el suelo, ponerse en pie, ponerse los zapatos, atarse el cinturón, ponerse el turbante, ponerse las franjas, ponerse las filacterias, lavarse las manos y lavarse la cara.

Los soltó de un tirón, como yo podría haber recitado los títulos de las tragedias de Sófocles.

- Esas bendiciones son para los hombres. Pero los quince actos yo creo que me los enseñó para que fijase la atención y ejercitase la memoria.

- Lo que a mí me ha resultado más curioso cuando hablé con Livia de estas cosas es que los judíos siempre están rezando, por cualquier motivo, y que aprovechan cualquier cosa para bendecir a Dios.

- Los cristianos también debemos hacer lo mismo, Lucila. Pablo lo repetía con frecuencia.

- Sí, Teófilo. Pero a nosotros nos cuesta todo eso más trabajo. Parece que los judíos están muy acostumbrados a rezar desde niños y que les resulta espontáneo.

- Nosotros hemos sido unos pobres ateos hasta hace poco –bromeó mi padre-. Poco a poco podríamos también acostumbrarnos. En eso tenéis vosotros dos una responsabilidad con Elena y Néstor.

- Por lo menos rezamos todos los días juntos la oración del Señor.

Lucila lo dijo como lo más natural. Para mí fue como un relámpago que me iluminó de repente. Mateo, antes de recoger la oración que Jesús nos enseñó, dice cómo debemos orar. Ahí estaba la clave que iba buscando.

* * *

Entre mis virtudes -si es que tengo alguna- no está la constancia. Mi propósito de revisar sistemáticamente todo lo que dicen los evangelios sobre la oración de Jesús me duró un día. El recuerdo de que Mateo trata el tema durante el discurso de Jesús en la montaña hizo que me olvidase de Marcos y fuese a refrescar mi memoria. No tardé mucho en encontrarlo, y me reforcé en mi convencimiento de que, durante la segunda reunión, no había dicho ninguna tontería. Estuve dudando si acudir a mi padre, pero decidí que era preferible tratarlo con Livia.

- ¿Tienes un momento?

- ¿Qué quieres leerme?

Había visto el libro en mi mano. Nos sentamos.

- Es un texto muy breve. Unas palabras de Jesús sobre la oración. Mira lo que dice: *"Cuando recéis, no seáis palabreros, como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No seáis como ellos, que vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis"*.

Esperé su reacción con una mirada irónica.

- Está muy bien -dijo ella-. ¿Qué pasa?

- Esto es lo que yo decía la otra noche, que esas oraciones son muy largas. Jesús lo dice de forma más dura: que hay mucha palabrería.

- Estás confundiendo dos cosas distintas. Jesús habla ahí de las oraciones de petición, y las que yo os comenté anoche eran oraciones de bendición.

- Es lo mismo, todas son oraciones.

- No es lo mismo pedirle un favor a Dios y bendecirlo. Piensa en ti mismo. Te conozco desde niño. Cuando había que pedirle un favor siempre querías que se hiciese en pocas palabras, sin andarse con rodeos. Cuando yo empezaba: "Qué bueno eres, Andrónico", enseguida saltabas: "Ya me vas a pedir un favor". Te daba mucho coraje. Siempre decías: "Pídeme lo que quieras, pero no empieces a decir que soy muy bueno".

- En eso no he cambiado.

- Sin embargo, cuando Lucila se ocupa de ti, te lleva tu limonada, se pone a hablar contigo, no tienes prisa. Estás tan a gusto y te puedes pasar así horas y horas. Dios no es tan tonto como tú, pero le pasa algo por el estilo. Así es como entiendo yo las palabras de Jesús. Si tienes que pedir algo, pídelo, sin muchas palabras, sin intentar convencerlo; ya sabe él lo que necesitas. En cambio, si te pones a bendecirlo, a darle gracias por sus beneficios, no le molesta que te alargues.

Esta vez fue ella quien esperó mi reacción, pero me quedé en silencio.

- De todas formas -continuó-, estoy de acuerdo con lo que dices de la palabrería. A mí tampoco me gusta. Yo comprendo estas oraciones, las estimo y las repito como me las enseñaron. Pero, si te limitas a ellas, corres un peligro muy grande: lo único que haces es hablar, no escuchas.

- ¿Qué quieres decir?

- Tú siempre me estás dando la tabarra con el evangelio de Mateo. Y tu padre con el de Lucas. Entre los dos me vais a volver loca. A mí me gusta más el de Lucas, porque les da más importancia a las mujeres. Y en él hay una escena que, para mí, refleja muy bien lo que debe ser la oración: cuando Jesús va a casa de María y Marta. María se queda escuchando a Jesús mientras Marta prepara la comida. ¿Te acuerdas?

- Sí. Cuando Marta se mosquea y le dice al Señor que mande a su hermana a la cocina.

- Y Jesús responde que María ha elegido bien. Yo habría reaccionado probablemente como Marta. Pero la figura de María, sentada a los pies del Señor, escuchándole, es para mí el símbolo más perfecto de lo que debe ser la oración. No se trata de hablar mucho ni de pedir, ni siquiera de bendecir, sino de escuchar.

Yo no estaba muy convencido.

- Eso es fácil cuando tienes a Jesús delante y te está hablando.

- Cuando haces oración, Jesús siempre está delante. Pero si eres tú quien te dedicas a hablar, terminas pensando sólo en ti mismo, te olvidas de su presencia.

- Esto de la oración es curioso. El otro día, hablando con mi padre, me decía que para él la oración es hablar con Dios de manera sencilla, incluso de cosas sin importancia. Y tú la ves como escuchar a Dios.

- Las dos cosas son buenas. Yo creo que también depende de las circunstancias de la vida. Hay momentos muy normales, en los que te apetece hablar con Dios de manera normal. Y hay momentos en los que sientes que él te está pidiendo algo. Entonces se trata de escuchar. ¿Tú cómo rezas?

Me cogió de improviso una pregunta tan directa.

- No lo sé. Después de lo que estamos comentando estos días, tengo la impresión de que rezo muy poco, y siempre repitiendo oraciones que me sé de memoria. Hace años me gustaba imaginar lo que hacía Jesús, verlo por los campos con sus discípulos, o en la barca, o predicando en Jerusalén. Pero no sé si eso es oración.

- Puede ser una forma de oración muy bonita. Nunca se me había ocurrido. Además, si recuerdas lo que hacía Jesús, y lo que decía, es como si lo estuvieses escuchando.

* * *

Las conversaciones con mi padre y con Livia habían enriquecido mucho mis ideas sobre la oración. Pero advertí que me faltaba la opinión de Lucila. En teoría, debía haber empezado por ella. Si se enteraba de mis pesquisas, no sería raro que se molestase por no haberle preguntado. Sin embargo, Lucila está siempre atareada durante el día. No es fácil encontrar un momento para charlar con ella despacio. Tuve que esperar a la noche, cuando ya estábamos acostados.

- ¿Tú rezas mucho, Lucila?

A pesar de la oscuridad, adiviné su sorpresa.

- No sé. Me acuerdo mucho de Dios durante el día. Le pido por los niños, por la gente que conozco... sobre todo por la gente que sufre.

- ¿Y no rezas de otra manera?

- Cuando te da por un tema no hay quien te aguante. Ahora te ha dado por la oración. Déjame dormir, que tengo mucho sueño.

Dio media vuelta y se acurrucó. Al día siguiente fue a buscarme.

- Por tu culpa tardé un montón en coger el sueño.

- ¿Qué hice?

- Me tuviste pensando en cómo hago oración. Me entraron ganas de pegarte una patada y despertarte.

- Me das muchas por la noche.

- Pero, esta vez, queriendo. Para que te enteres de cómo hago oración.

- ¿Y cómo la haces?

- Ya te dije que lo que más me gusta es pedir por los demás. Anoche me quedé pensando en por qué lo hago tanto. Creo que es porque me resulta muy fácil. Además, me acordé de una parábola de Jesús que le contó una vez tu padre a Elena. Decía que en una ciudad había un juez muy malo, muy malo, que no le hacía caso a nadie.

- No hace falta que la cuentes como a los niños chicos -bromeé-.

- Te la cuento como se la oí a tu padre.

- Bueno, sigue.

- En esa ciudad había también una viuda pobre, que le debía a un rico cuatro dracmas de plata, una ridiculez. Entonces el rico se presentó en casa de la viuda y, como no tenía para pagarle, se quedó con la casa. A la viuda le dio mucho coraje, porque era una injusticia, y acudió al juez para que la defendiera. Pero el juez no la recibió, y mandó que la echaran a la calle. La viuda se quedó muy triste, sin saber adónde ir. Y entonces pensó: "Iré a casa del juez y me quedaré

delante de su puerta hasta que me atienda". Al mediodía, cuando lo vio llegar para comer, la mujer se puso a dar voces: "Juez, me han dejado sin casa porque debía cuatro dracmas de plata. Hazme justicia de mi acreedor". El juez hizo como que no la veía y entró. Por la tarde, salió a visitar a un amigo; nada más abrir la puerta escuchó la voz de la viuda: "Juez, me han dejado sin casa porque debía cuatro dracmas de plata. Hazme justicia de mi acreedor". Siguió su camino sin hacerle caso, visitó a su amigo y hablaron de lo mal que está el mundo. Al ponerse el sol, cuando volvió a su casa, allí estaba la viuda repitiendo las palabras de siempre. A la mañana siguiente, cuando salió a trabajar, la viuda seguía a la puerta, pero no dijo nada. Y el juez pensó: "Menos mal, ya se ha cansado". Apenas había dado tres pasos, la viuda se puso de pie, y empezó a caminar detrás de él repitiendo: "Juez, me han dejado sin casa porque debía tres dracmas de plata. Hazme justicia de mi acreedor". Apretó el paso, pero la viuda no se despegaba ni dejaba de gritar. El juez se pasó la mañana entera malhumorado, pensando en la viuda, y se juró por todos los pelos de su cabeza que nunca le haría caso, por lo pesada que era. Pero la historia se repitió al mediodía, por la tarde, al día siguiente y al otro. La gente se divertía viendo pasar al juez perseguido por la viuda, y algunos le gritaban: "Hazle caso, juez, que un día te pega". Hasta que pensó: "Verdaderamente, esta mujer es capaz de pegarme. Y aunque no me pegue, me está dejando en ridículo". Llamó a la viuda, llamó al acreedor, y le obligó a devolverle la casa y a perdonarle las cuatro dracmas por haberse portado tan mal. ¿Sabes para qué le contó Jesús a la gente esta parábola? Para explicarles que hay que rezar siempre, sin desanimarse, hasta que Dios nos escuche. Porque si un juez malo termina haciendo caso, Dios, que es bueno, hará justicia sin tardar a quienes se lo pidan.

- *"Pero cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra?"*

- ¿Qué dices?

- Así es como termina la parábola de Lucas. Vosotros creéis que sólo me conozco el evangelio de Mateo. Lo que dice Jesús al final es que casi nadie tiene la constancia de la viuda, nos falta fe, y al segundo día nos cansamos de pedir. Y luego protestamos de que Dios no nos hace caso.

- Yo no presumo de fe, pero la verdad es que no me canso de pedir.

Se calló como si le costase trabajo hacerme una confesión.

- Hace unos años, antes de que naciese Néstor, aprendí una cosa. Me enteré de que Calixta se había quedado viuda y estaba muy triste. Ya sabes que sus hijos no viven aquí. Me puse a pedirle a Dios por ella, para que la consolase. Al cabo de un rato escuché como una voz que me decía por dentro: "¿Por qué no vas tú a consolarla?" Desde entonces, cuando me entero de que alguien lo pasa mal, le pido a Dios por esa persona; pero, si puedo, procuro arreglarlo yo.

- Ahora comprendo por qué sales tanto.

- No te creas que me paso todo el día visitando enfermos y pobres.

Bastante trabajo me dais en la casa.

- Lo decía en broma, no te molestes.

Se quedó jugando con los pliegues de la túnica, como dudando de seguir la conversación.

- Es curioso que, después de tantos años casados, es la primera vez que hablamos de estos temas.

- Gracias al libro de José Flavio. Te estoy ganando la apuesta.

- No empieces con tonterías, hablo en serio. Y tú, ¿cómo haces oración?
 - Estoy intentando averiguarlo. Esta noche te lo contaré cuando nos acostemos.
 - Tú siempre te escapabas en el momento oportuno.
 - Es que tengo que trabajar.
 - Seguro.
- Le di un beso y salí. Más exactamente, me escapé.

Capítulo 5: Un sábado en familia

A veces está uno tan atareado que no sabe ni el día en que vive. Pero aquella vez no era ése mi caso. Desde el principio de la semana estaba citado en la feria quinta con un cliente. Nos alargamos charlando y me invitó a comer en su casa. Por la tarde, cuando volví, Lucila me sorprendió con una orden desacostumbrada.

- Tienes que bañarte y ponerte el traje de fiesta.
- ¿A esta hora? ¿Has invitado a alguien?
- No. Vamos a celebrar la cena del chabat.
- ¿Te has vuelto loca, Lucila? Nosotros no somos judíos. La gente puede escandalizarse.
- No se va a enterar nadie. He mandado a Justa y a Calixta a ayudar a Cristina, que esta noche tiene muchos invitados. Cuando vuelvan, ya se habrá acabado todo.
- ¿Y los niños? Les va a faltar tiempo para contárselo a sus amigos.
- Me han prometido que no van a decírselo a nadie.
- ¿y te fías de ellos?
- Más que de ti.

De eso estaba seguro. Pero no acababa de entusiasmarme la orden imprevista del baño.

- ¿Tengo que bañarme para celebrar el chabat?
- Es importantísimo -dijo Livia-. He encendido la caldera, no protestes.
- Me lavé la cara esta mañana, me lavé las manos antes de comer. Estoy limpio.
- Estarás limpio por fuera, no por dentro. Mientras te bañas, pídele perdón a Dios por todos los pecados de la semana. Este baño es un rito de purificación.
- ¿Mi padre también va a bañarse?
- Ya lo está haciendo. Sin protestar. Le ha parecido un símbolo muy bonito.

No lograban convencerme.

- Y vosotras, ¿cuándo os bañáis?
- Nosotras no tenemos que bañarnos. Sólo los hombres.

- Claro. Las mujeres no tienen pecados.

Livia se encaró conmigo.

- Las mujeres lo que tenemos es mucho trabajo. ¿Tú no querías saber cómo vivía la familia de Jesús? Pues lo vas a aprender en la práctica. José y Jesús lo que hacían a esta hora era bañarse. Y me imagino que con agua fría. Así que vete ya.

No sé por qué me gusta protestar tanto. Después de todo un baño caliente en la propia casa, sin tener que acudir a las termas públicas, es un lujo que sólo podemos permitirnos los ricos. Mientras estaba en el tepidarium me puse a pensar en mis pecados de la semana, pero no encontré mucho de lo que arrepentirme. Me intrigaba más lo que haríamos luego.

* * *

Es curioso lo que supone un acto nuevo, distinto de lo habitual. Todos, no sólo los niños, nos sentíamos nerviosos, con ganas de empezar la ceremonia. Sólo Livia mantenía una calma aparente. "Empezaremos cuando falte una hora para que aparezca la primera estrella en el firmamento". No sé como haría el cálculo, pero preferí callarme.

- Si nosotros fuésemos judíos -comenzó- Lucila y yo tendríamos que haber trabajado mucho más. Tendríamos que haber preparado la cena y las dos comidas de mañana, porque no se puede trabajar durante veinticuatro horas.

- ¿Por qué? -preguntó Elena, y yo me encomendé al Señor pensando lo que iba a ser la noche-.

- Porque el chabat es un día de descanso, y no se puede hacer nada, ni siquiera encender una vela.

- ¿Y tampoco se puede dormir? -preguntó Néstor-.

- Dormir, sí. Lo que no se puede es trabajar.

- ¿Y jugar?

- Cállate, Néstor -le dijo Lucila-. Lo que no entiendas te lo explicamos mañana.

- ¿En el chabat se pueden explicar cosas?

- Cállate tú también, Elena. Sí, se pueden explicar cosas. Eso no es trabajar.

- Lo primero que vamos a hacer es encender las velas. Eso le corresponde a Lucila, que es el ama de casa. Teófilo, y tú, Andrónico, iras de la habitación.

Los dos nos miramos sorprendidos.

- En una familia judía, los hombres, después de bañarse y vestirse el traje de fiesta, se van a la sinagoga con los hijos mayores. Mientras, la madre, con los hijos pequeños, enciende las velas. Venga, iros. Como si fueseis a la sinagoga.

- ¿Podemos quedarnos en la puerta y mirar lo que hacéis?

Livia dudó un momento.

- Bueno. Pero no digáis nada.

Me levanté con la sensación de volver a la infancia, cuando jugaba con mi madre al escondite. Nos pusimos detrás de la puerta, procurando ver sin llamar la atención. Livia se dirigió a Lucila.

- Antes de encender las velas hay que rezar una oración. Como tú no la conoces, yo la voy diciendo poco a poco y tú la repites.
- Yo también la repito.
- Y yo.
- No. Esa oración sólo la dice mamá. Vosotros ayudaréis después, cuando encendamos las velas. Empezamos. "Señor del universo..."
- Señor del universo.
- "Vaya cumplir el deber sagrado..."
- Vaya cumplir el deber sagrado...

Era una oración preciosa y al día siguiente le pedí a Livia que me la dictase: *"Señor del universo, voy a cumplir el deber sagrado de encender las luces en honor del sábado, ya que está escrito: 'Llamarás al sábado tu delicia y honrarás el día santo del Señor '. Como recompensa por cumplir este mandamiento, que descienda sobre mí y sobre los míos un río de vida abundante y de bendiciones celestes. Sé con nosotros benévolo y que tu presencia habite en medio de nosotros. Padre de misericordia, sigue siendo misericordioso conmigo y con mis hijos. Hazme digna de educar a mis hijos de modo que puedan caminar en tu presencia, hazme fiel a tu Ley y pronta a las buenas obras. Aleja de mí toda clase de vergüenza, de dolor y de preocupación y haz que la paz, la luz y la alegría habiten siempre en nuestra casa. Porque en ti está la fuente de la vida, y tu luz nos hace ver la luz. Amén".*

Cuando terminaron, Livia se dirigió a Elena y Néstor.

- Ahora coged una vela cada uno y se las ponéis delante a mamá para que las encienda.

Parecían los niños más felices del mundo, peleándose por ser el primero en tener la vela encendida. Pero Livia se las quitó pronto de las manos y las colocó sobre la mesa.

- Ahora hay que preparar la mesa, para que cuando vuelvan papá y el abuelo se la encuentren muy bien puesta.

Ni Jesús hubiese hecho un milagro tan grande. Elena y Néstor, que nunca se molestan por poner nada en su sitio, colaboraron entusiasmados en la preparación y la mesa se fue llenando de bandejas con muy buen aspecto. "Merecía la pena bañarse", le comenté a mi padre. Cuando terminaron, Livia se dirigió a nosotros.

- Ya podéis entrar.

Moisés y Aarón habrían envidiado la solemnidad con que lo hicimos, como si viniésemos transfigurados por la liturgia sinagoga más piadosa. Todos nos recostamos en el triclinio.

- Lo que hemos hecho mientras estabais fuera es la primera parte de la ceremonia. Ahora viene la cena, que comienza bendiciendo una copa de vino y un trozo de pan.
- Eso es lo que hacemos en la comunidad el día del Señor –comentó Elena-. .
- Claro. Porque Jesús era judío y se lo habían enseñado en su casa. Andrónico, ahora eres tú el protagonista. Llena esta copa de vino.

La idea de repetir los mismos gestos que haría José en su casa, los que hizo Jesús con sus discípulos, me impresionó fuertemente. Nunca he llenado una copa con tanta emoción. Casi se me derrama.

- Ahora cógela en tus manos y repite conmigo: *"Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que has creado el fruto de la vid"*.

- Bendito Seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que has creado el fruto de la vid.

- Bebe un poco y pásala para que bebamos los demás.

- ¿Los niños también? -preguntó Lucila-

- No. Son muy pequeños.

-A mí no me gusta el vino -comentó Néstor-. ¡Qué asco! Yo quiero limonada.

Elena le dio un codazo.

- Tú te callas.

Pasamos la copa. Instintivamente nos quedamos serios, igual que cuando bebemos el cáliz del Señor. Livia lo advirtió enseguida.

- No hay que ponerse serios. Esto es una cena en familia, no es el recuerdo de la muerte y la resurrección de Jesús. Por eso no importa que los niños hablen todo lo que quieran.

Afortunadamente, Elena y Néstor no aprovecharon el permiso que se les daba y Livia pudo continuar su explicación.

- Ahora, Andrónico, tienes que pronunciar la segunda bendición, que es más larga.

Fui repitiendo con ella: *"Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has mostrado tu misericordia. Por amor nos has dado en herencia tu santo sábado, memorial de la creación y primer día de fiesta memorial de nuestra salida de Egipto. Nos has elegido entre los pueblos para santificarnos y, por amor, nos has dado en herencia tu santo sábado. Bendito seas tú, Señor, que santificas el sábado"*.

- Ahora coge el pan y pronuncia la tercera bendición: *"Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que sacas el pan de la tierra"*.

- Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que sacas el pan de la tierra.

- Pártelo y dale un trozo a cada uno.

- ¿A los niños también?

- Claro. ¿Con qué van a comer?

Elena y Néstor levantaron sus manos enseguida, deseosos de ser los primeros en recibir el pan. Pero esta escena cotidiana, que a veces me irritaba durante las comidas, tenía ahora un sentido nuevo. El recuerdo de la última cena de Jesús volvió a mi memoria.

- Estas tres bendiciones constituyen la segunda parte, lo que se llama el qidduch. Ya podemos empezar a comer.

- ¿No tengo que hacer nada más? (Me había gustado mi papel de protagonista y me sentía un poco decepcionado de que acabase tan pronto).

- No. Ya está todo.

Cenas como aquella, en que nos reuníamos los seis, no eran raras en mi casa, aunque fuesen más sencillas. Pero teníamos una sensación distinta, de día de fiesta.

- ¿Por qué no repetimos esto todas las semanas? -propuso Elena-

- Porque hacemos una cosa muy parecida el día del Señor.

- Pero no lo hacemos en casa. A mí me gusta más que sea en casa. En la comunidad me aburro.

- Además, no nos dejan coger las velas, ni preparar la mesa -la apoyó Néstor-. ,

- Yo os permito que me ayudéis a poner la mesa todos los días.

Esa perspectiva no les atrajo tanto y se callaron. Fue una cena larga, agradable, uno de esos ratos que nunca se olvidan. Cuando acostamos a los niños, volvimos a reunirnos con mi padre y Livia.

- El ritual del chabat no termina aquí. A la mañana siguiente se acude a la sinagoga, que es lo que dicen los evangelios que hacía Jesús. Se empieza rezando unos salmos, luego se lee un trozo de la Torá, y se termina con otras oraciones.

- Aparte de la Torá -preguntó mi padre-, ¿se pueden leer también textos de los profetas?

- ¿Por qué lo dices?

- Porque Lucas cuenta que Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret un pasaje de Isaías.

Livia se quedó dudando.

- No sé. Yo siempre he oído decir que se lee la Torá. A lo mejor la habían leído antes.

- O a lo mejor Jesús cambió la Torá por Isaías -propuse-. Como le gustaba desconcertar a la gente..., cualquiera sabe.

Livia cortó nuestras hipótesis.

- Entre las oraciones finales hay una muy famosa, que me recuerda bastante a la oración del Señor. Se llama el Qaddich.

- El otro día no hablaste de ella.

- Porque no me acordé. Además, el otro día os hablé de las oraciones que se rezan en familia. Ésta es típica del sábado, en la sinagoga.

Cuando le pedí que me la dictase, me advirtió: "Yo la aprendí de esta manera. Pero mi padre me dijo que había otras versiones un poco distintas".

"Glorificado y santificado sea tu gran nombre en el siglo que él creó según su beneplácito. Haga él reinar su realeza durante vuestras vidas y en vuestros días y por los días de toda la casa de Israel, pronta y rápidamente. Y decid: ¡Amén!

Bendito sea su gran nombre por siempre, por los siglos de los siglos. Bendito, alabado, glorificado, ensalzado, exaltado, magnificado, cantado y enaltecido sea el nombre del Santo, ¡bendito sea Él!, más y por encima de cualquier bendición, de cualquier cántico, de cualquier alabanza y consolación que se pronuncia en el mundo. Y decid: ¡Amén!

Que vuestra plegaria sea acogida y vuestra súplica se vea atendida junto con la súplica de toda la casa de Israel, delante del Padre nuestro que está en el cielo.

El cielo produzca gran paz, socorro, redención, sosiego, vida, abundancia, salvación, consuelo, seguridad, remedio, rescate, largueza y liberación para vosotros y para nosotros y para la entera comunidad dé toda la casa de Israel, para la vida y la paz. Y decid: ¡Amén!"

Pero volvamos a nuestra reunión. El parecido que había propuesto con la oración de Jesús le obligó a repetírnosla varias veces, comentando algunos detalles.

- Fijaos, empieza igual que Jesús: "glorificado y santificado sea tu nombre". Luego pide que "haga él reinar su realeza". Es lo mismo que cuando nosotros decimos: "Venga a nosotros tu reino". Y lo último, "el cielo produzca gran paz, socorro, redención, etc.", equivale a "danos hoy nuestro pan de cada día".

Las semejanzas me impresionaron tanto que casi me desconcertaron.

- ¿Es muy antigua esa oración, Livia? ¿No se habrá inspirado en la de Jesús?

- Es antiquísima. Mi padre la sabía antes de hacerse cristiano.

- No hay por qué extrañarse -opinó mi padre-. Si Jesús aprendió esa oración de niño, y le gustaba, es lógico que utilizase algunas de sus peticiones. Él nunca pretendió ser original en todo lo que decía. Muchas veces citaba a Moisés y a los profetas. Lo mismo aquí.

Lucila comenzó a comentar lo que más le había gustado. Reconozco que no le presté atención. Tenía una sensación extraña, como de ideas anteriores que luchaban por abrirse paso en mi mente. De pronto, lo advertí. Ante el asombro general, me levanté y le di a Livia un beso sonoro.

- Eres mi mejor ayuda -le dije-.

- Te ha gustado la oración, ¿verdad?

- Me ha gustado mucho, y me ha aclarado lo que quería decir Jesús cuando advertía a sus discípulos que no fuesen palabreros. Ahora no podrás decirme que no llevo razón. Repite la primera petición.

- "Glorificado y santificado sea tu gran nombre en el siglo que él creó según su beneplácito".

- Fíjate lo que dice Jesús: "Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre". Repite la segunda.

Noté que Livia se ponía algo tensa, pero me obedeció.

- "Haga él reinar su realeza durante vuestras vidas y en vuestros días y por los días de toda la casa de Israel, pronta y rápidamente. Y decid: ¡Amén!"

- Y Jesús: "Venga a nosotros tu reino". Repite lo que tú dices que equivale a "danos hoy nuestro pan de cada día".

- "El cielo produzca gran paz, socorro, redención, sosiego, vida, abundancia, salvación, consuelo, seguridad, remedio, rescate, largueza y liberación para vosotros y para nosotros y para la entera comunidad de toda la casa de Israel, para la vida y la paz. Y decid: ¡Amén!"

- Me parece que está claro. Lo ven hasta los ciegos.

Livia no era tonta ni ciega, pero sí terca como una mula.

- Pues ése es el único fallo que yo le encuentro a la oración del Señor. Que es demasiado breve. Que cuando te quieres dar cuenta, ya se ha acabado.

- Es que nosotros la rezamos demasiado deprisa -intervino mi padre-. Creo que deberíamos hacerla poco a poco, dejando una pausa entre cada petición. Comparando las dos oraciones, hay una cosa que me resulta más interesante: las peticiones que añade Jesús. Que Dios perdone nuestros pecados y no nos deje caer en la tentación.

- Y que nos libre del Maligno -añadió Lucila-. Yo eso nunca he entendido a qué se refiere.

- El maligno es Domiciano -le respondí-. Cada día está más loco. Ahora se ha empeñado en que debemos considerado un dios.

- ¿Quién te ha dicho eso?

- El cliente con el que comí a mediodía. Él se hartó de reír, le traía sin cuidado. Pero yo me quedé pensando en lo que podía suponer para nosotros.

- Lo que está suponiendo ya en algunos sitios -comentó mi padre con tono serio-. Parece que en Roma algunos cristianos están teniendo muchas dificultades por ese tema.

- No quiero ni pensado -dijo Lucila-.

- Pero hay que pensarlo, hija. Por eso nos mandó Jesús que pidiésemos no caer en la tentación... y que nos librase del Maligno.

- Bueno -intervino Livia con decisión-. Vamos a seguir hablando del chabat, que me quedan algunas cosas que deciros. La celebración termina por la tarde con una ceremonia que se llama la havdalá, la separación, para indicar que el sábado es distinto de los otros días de la semana. Las velas siguen encendidas desde la noche antes; además, hay que preparar una copa de vino y hierbas perfumadas. Primero se reza una oración y luego se pronuncian cuatro bendiciones. La oración es ésta, que nos viene muy bien después de lo que habéis dicho de Domiciano: *"El Señor es mi salvación; confiaré y no temeré, porque mi fuerza y canto es el Señor; él fue mi salvación. Y sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación. De ti Señor viene la salvación y la bendición para tu pueblo. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que pone su confianza en ti. ¡Sálvanos, Señor! Tú que eres rey, respóndenos cuando te invocamos. Los hebreos tuvieron luz y felicidad, gloria y honor: Que sea siempre así para nosotros. Alzaré mi copa por el triunfo invocando al Señor"*. Luego siguen las cuatro bendiciones: *"Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que creas el fruto de la vid. Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que creas las hierbas aromáticas. Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que creas la luz y el fuego. Bendito seas tú, Señor Dios nuestro, rey del universo, que separas lo sagrado de lo profano, la luz de las tinieblas, Israel de los otros pueblos, el séptimo día de los seis días de trabajo. Bendito seas tú, Señor, que distingues lo sagrado de lo profano"*.

- ¿Y con esto se acaba el chabat?

- Sí. La gente puede salir a la calle, pasear, divertirse...

- ¿A esas horas de la noche? -pregunté incrédulo-.

- Todavía no es de noche. Acaba de ponerse el sol. Vosotros estudiáis mucho los evangelios pero no entendéis ni la mitad. ¿Qué hicieron las mujeres después de la muerte de Jesús, cuando estaba en el sepulcro?

- Fueron muy temprano a ungir su cuerpo con perfumes. (A Lucila le habría gustado ser una de ellas; lo dijo casi con envidia).

- ¿Y de dónde sacaron los perfumes tan temprano? Los compraron la tarde antes, cuando acabó el descanso sabático, como dice Marcos. Seguro que no os habíais dado cuenta de ese detalle.

- La verdad es que no -reconocí-.

- Todavía te queda mucho que aprender.

- Livia, me vaya poner como los niños hace un rato, pero no te molestes. ¿Cuáles son los trabajos prohibidos en sábado?

- Un montón. Yo no me sé todos de memoria. Sólo algunos que se refieren a las mujeres. No se puede cocinar, hacer fuego, amasar pan, coser, ni siquiera dos puntadas, moler, tejer... Prácticamente, nada. Y lo mismo para la tarea de los hombres. (Se echó a reír). Estoy segura de que para mi padre el mayor sacrificio era no poder escribir nada.

- ¿Tampoco se puede escribir? Me refiero a escribir por gusto.

- Ni dos letras. En el sentido más literal. Ni dos letras.

- ¿Una sí?

- ¿Y qué haces con una letra?

- Tampoco hago nada con dos.

Mi padre bostezó disimuladamente.

- Menos mal que se puede dormir. A mí el vino me ha dado un poco de sueño. ¿Os importa que vaya a acostarme?

- Nos vamos todos. Ya es tarde.

Aquella noche fue Lucila la que me asaltó a preguntas en la cama.

- ¿Te ha gustado?

- Mucho.

- Esto de la cena se le ocurrió a Livia para darle un poco de variedad a las reuniones; si no, nos pasamos la vida hablando. ¿Sabes lo que más me ha gustado a mí?

- Sí.

- Mentira. No lo sabes.

- Fue la oración que rezaste antes de encender las velas, cuando le pediste a Dios que te ayude a educar bien a los niños.

Se echó a reír.

- ¿Cómo lo adivinaste?

- Bastaba verle la cara.

- ¿Te gustaría repetir lo mismo todas las semanas?

- No tiene sentido, Lucila. En cuanto lo repitiésemos tres veces perdería su novedad. Además, me parece más importante celebrar el día del Señor. Aquí se recuerda el don del sábado al

pueblo de Israel. Nosotros recordamos que Jesús nos dio su cuerpo y su sangre, recordamos su muerte y resurrección.

- Es verdad.

(Silencio).

- A los niños les ha gustado mucho.

(Silencio).

- ¿Estás dormido?

(Silencio).

- ¡Qué hombre!

Capítulo 6: El templo de Jerusalén

Una mañana, al salir de casa, me crucé en la puerta con Tirano, el carpintero. Lucila no me había hablado de ninguna reparación ni de la necesidad de un nuevo mueble. Supuse que lo habría llamado Livia. Lo saludé y seguí mi camino. Recordé esta escena dos días más tarde, cuando me llamó mi padre. No estaba en su sala de trabajo, sino en una habitación muy amplia, generalmente casi vacía, en la que me gustaba jugar de pequeño los días de lluvia. Me asombró verlo rodeado de un montón de tacos, tablones y tablillas de madera, serrucho, clavos, martillo, un bote de cola y otros botes de pinturas de diversos colores. Entre las muchas cualidades que Dios le ha dado no está la habilidad manual. Es una de las pocas cosas -quizá la única- en que lo aventaja.

- ¿Vas a construir otro caballo de Troya?

- Algo mucho mejor. Pero tienes que ayudarme. Yo no sirvo para esto.

- ¿De qué se trata?

- Vamos a reproducir el modelo del templo de Jerusalén. Como era antes de que lo destruyese Tito, naturalmente.

Pensé que se había vuelto loco.

- ¿y a quién le vas a preguntar cómo era? En Tróade no creo que haya nadie que lo sepa. Aunque lo supiese, no sabría indicarle las dimensiones, ni la estructura.

- Eso ya está resuelto. Está todo aquí, al principio del libro quinto de José Flavio.

Me pareció una noticia tan maravillosa que no me la creía.

- Dirá algo sobre el templo, pero no lo describirá con tanto detalle como para reproducirlo.

- Léelo tú mismo. Es una descripción larguísima, de lo más detallada, con todas las medidas. Me acordé de ti cuando comencé este libro. Antes de describir el templo describe la ciudad de Jerusalén. Efectivamente, tiene cuevas.

En contra de lo habitual, no quise dejarme arrastrar por un entusiasmo precipitado.

- Cuando estuve en Antioquía, Jacob me comentó que era el templo más bello del mundo, todo a base de mármol, oro y plata.

- José Flavio dice lo mismo. Nosotros lo haremos de madera y luego lo pintamos.

- Resultará horrible.

Mi padre me miró desanimado.

- ¿No te apetece intentarlo?

- Lo adecuado sería encargárselo a un artista.

- Eso sí que es imposible. Aquí no hay artistas capaces de hacerla.

- ¿Y vamos a ser capaces nosotros?

La propuesta me parecía tan interesante como alocada. Acudí al argumento más fuerte para disuadirlo.

- ¿Livia ha visto todo esto?

- No. Le dije a Tirano que me lo trajese mientras ella estaba fuera.

- Va a poner el grito en el cielo.

- Yo pensaba darle una sorpresa.

- Desde luego que se la vas a dar. Pero no creo que le guste encontrarse la habitación hecha una carpintería.

Cogí el libro quinto de José Flavio.

- ¿Dónde describe el templo?

- Aquí, por donde está abierto. Según cuenta, había dos templos y un santuario.

- ¿Tres templos? ¿Uno al lado de otro?

- No. Es muy complicado. Había un recinto muy amplio, al que llama el primer templo. Dentro de él, más alto, otro recinto, que era el segundo templo. Y dentro de éste, el santuario, más alto todavía.

Ya sabes que mi padre es un excelente narrador. Pero su incapacidad de describir un objeto hacía que yo me sintiese un Homero frente a él. Debió notar mi sonrisa irónica porque comenzó a moverse por la habitación.

- Mira. Todo esto es el primer templo. Desde aquí -puso un taco de madera- hasta aquí. Y desde aquí hasta aquí. (El resultado, echándole mucha imaginación, era un rectángulo bastante grande). Ahora, dentro de este espacio, más en alto, colocamos el segundo templo. Ése es más complicado, porque hay muchos escalones para subir a él. Además, tiene una muralla con nueve puertas: cuatro al norte, cuatro al sur, y una a oriente.

- ¿Y a poniente?

- A poniente no. No hay ninguna, sólo un muro corrido. Dentro del segundo templo va el santuario, que es lo más importante. Y lo más alto.

- O sea, que vamos a terminar casi en el techo.

- No sé. Habrá que calcular las proporciones.

Intenté disimular mi escepticismo.

- Por lo que dices, sería algo muy sencillo. Le pides a Tirano que te haga una tarima con las dimensiones del primer templo. Luego pones encima otra tarima con las dimensiones del segundo. Y al final colocas un gran taco de madera, que represente el santuario.

- La cosa es más complicada. Con las tarimas no basta. Todo el primer templo estaba rodeado de un pórtico de treinta codos de ancho [15 metros], con columnas de veinticinco codos de alto [12,5 metros].

- ¿Cuántas columnas?

- No sé. Me imagino que muchísimas. El pórtico medía seis estadios [1.100 metros].

- ¡Seis estadios! (No pude ocultar mi sorpresa). Ni en Atenas hay pórticos como ése. (Intenté un cálculo rápido). Eso supone unas cien columnas, como mínimo. Quizá más. ¿Piensas hacerlas una a una? ¿Con sus basas y sus capiteles? Además, luego vendría el techo del pórtico.

Mi padre se sentó sonriendo.

- Y eso no es nada. Están también los escalones. De la primera tarima a la segunda habría que subir por catorce escalones. Y de la segunda al santuario por otros quince. También habría que hacer balaustradas, muros de separación dentro del segundo templo, avisos que prohibiesen la entrada de los paganos, un altar altísimo.

- Una locura -decidí-. Eso no se puede hacer en una casa ni podemos hacerla nosotros. Nos hartaríamos de trabajar y saldría un mamarracho.

Se resignó con cierta tristeza.

- Llevas razón.

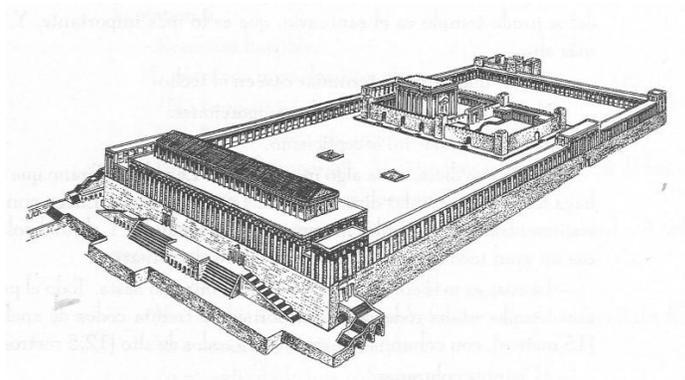
- Lo que sí quiero es leerme la descripción de José Flavio.

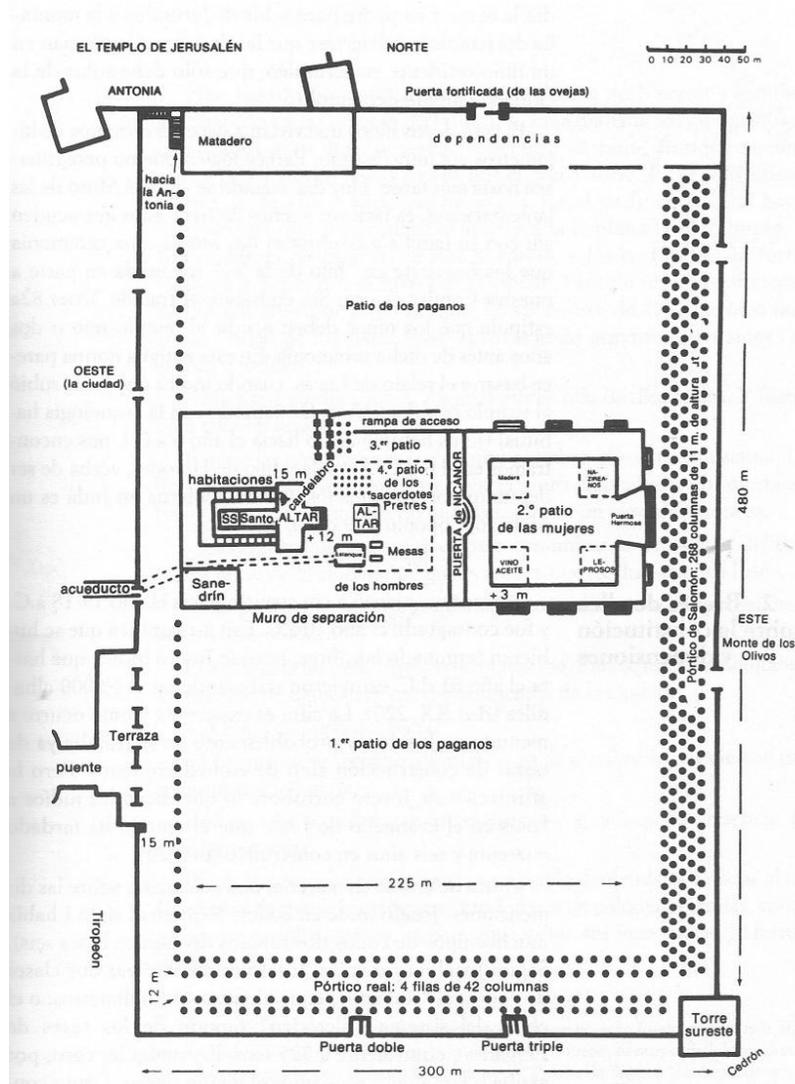
Déjame el libro cuando lo termines.

- ¿Qué hacemos con esto?

- Devuélveselo a Tirano sin que se entere Livia.

* * *





Excursos: Relato de la visita

Han pasado cuatro días desde que salieron de Nazaret y terminaron acampando en las afueras de Jerusalén. Esta mañana los peregrinos van a cumplir su gran ilusión: visitar el recinto sagrado. Aunque vienen del norte, no entran en la explanada por el muro norte. En él sólo existe una puerta, la de Tidí o Tarí, que no se usa. En el muro occidental hay cuatro puertas² que sí permiten el acceso a la explanada del templo. Pero José y María quieren darle una sorpresa a Jesús. Rodean la fortaleza Antonia y bajan por el torrente Tiropeón, junto a un muro inmenso de medio kilómetro de largo (el que, en setiembre de 1996, se hizo famoso como "canal de los Asmoneos", provocando gravísimas tensiones entre árabes y judíos).

- Mira qué piedras, Jesús. Algunas miden más de diez codos. Y fíjate qué bien talladas están.

² Middot 1,3 sólo menciona una puerta en el lado oeste, pero Josefo, testigo más digno de crédito, habla de cuatro. La primera, bajando por el Tiropeón, es muy difícil de localizar, aunque parece coincidir con la llamada actualmente "Puerta de Warren"; la segunda se situaría en el arco de Wilson; la tercera, que la Misná llama "Puerta de Coponio", coincidiría con la de Barclay (el arquitecto británico que la descubrió a mediados del siglo XIX); y la cuarta habría que situarla en el "arco de Robinson".

El niño las contempla con el mismo asombro que el turista actual. La calle, cada vez más pendiente, hace que el muro crezca hasta una altura asombrosa. A mitad de camino, su mirada se fija en un elevado viaducto.

- Esa especie de puente sirve para comunicar la explanada del templo con la parte de la ciudad que queda a nuestra derecha -explica José-.

- Esa puerta de ahí arriba se llama ahora de Coponio. Ya podían haberle puesto otro nombre.

El que habla no tiene aspecto de peregrino. Parece un jerosolimitano culto, deseoso de demostrar sus conocimientos de la ciudad.

- ¿Quién es Coponio, papá?

- El procurador romano, niño. Acaban de nombrado, y ya le han puesto su nombre a la puerta.

José no sabe si molestarse con el intruso o agradecer su presencia. Él no sabe tantas cosas.

Pasan ahora junto a una serie interminable de tiendas adosadas al muro. Cambistas de moneda extranjera, vendedores de palomas, tórtolas, corderos, vacas, toros, dulces, panes, quesos, vino, gritan sus mercancías. El intruso se dirige al niño:

- ¿Has visto alguna vez tantos animales juntos? Son para los sacrificios. Los pobres compran palomas o tórtolas. Los ricos, vacas, toros, corderos. Ahora, como estamos en Pascua, todos compran corderos.

- ¿Y qué hacen con los animales? ¿Los matan?

- Naturalmente. La sangre se derrama en el altar, y la carne se quema o se come. Depende del tipo de sacrificio.

Jesús habla en voz baja con María.

- ¿A Dios le gusta eso?

- Claro que le gusta, Jesús.

Están pasando por una zona que años más tarde será conocida como el "Muro occidental" o "Muro de las lamentaciones", en recuerdo de la destrucción del Templo el año 70. Actualmente es el lugar más visitado por los peregrinos judíos, y donde mejor puede imaginarse el esplendor del templo herodiano. Al cabo de un rato llegan al extremo sur del muro; un arco inmenso, más elevado aún que el viaducto, se abre sobre sus cabezas. Tiene una forma extraña, formando ángulo recto, con una empinada escalera no apta para cardíacos. Es una nueva comunicación entre la ciudad y el Pórtico Real.

- ¿Vamos a subir por ahí?

- No. Vamos a seguir un poco más adelante, para que veas la entrada principal. No mires a la izquierda.

- ¿Por qué?

- Porque queremos que te lleves una sorpresa.

El intruso aprueba con una sonrisa las palabras de José y su gesto de tapar los ojos del niño con la mano antes de torcer a la izquierda.

- ¿Por qué me tapas los ojos? El sol no me molesta.

José no responde. Camina lentamente, abriéndose paso entre la multitud. Han dejado de bajar. Están en una zona llana.

- Ahora puedes mirar. Pero levantando la vista poco a poco.

Lo primero que descubren los ojos de Jesús es un pavimento de mármol. Luego, una rampa con escalones. Al principio no cae en la cuenta de su magnitud, ni la multitud le permite ver dónde comienza y dónde acaba. Más arriba, la imponente fachada sur, que oculta al visitante el espléndido Pórtico Real. Es un gigantesco muro de casi trescientos metros, con cinco puertas que resultan diminutas: dos a la izquierda y otras tres más allá, a su derecha.

- Todo esto empezaron a construirlo cuando yo era niño y no sé cómo era antes. Pero mi padre me dijo que el templo era entonces muy pobre y pequeño. El rey Herodes, no el actual, su padre, decidió construir un templo nuevo. Por esta parte en la que estamos, lo primero que tuvo que hacer es elevar el terreno, porque era una pendiente muy fuerte; sobre todo allá al fondo, a la derecha, era de casi trescientos codos (150 m.). ¿Cómo rellenarías tú todo eso?

Jesús se queda pensando.

- Traería piedras de los montes de alrededor.

- ¿Cuántos miles de burros necesitarías para traer tanta piedra? ¿Y cuántos miles de viajes? Hay un procedimiento más sencillo. Se construyen bóvedas, que no hace falta rellenar, y sobre ellas se pone el pavimento.

- Pero esas bóvedas tienen que ser muy grandes y resistentes.

- Aunque te extrañe, eso es lo que hizo Herodes. Yo no las he visto por dentro, pero algunos albañiles me han dicho que hay piedras de cuarenta codos de largo (20 m.). y recuerdo de niño las máquinas tan impresionantes que usaban para trasladarlas y colocadas. Pero entonces yo no me interesaba mucho por esto de la construcción.

La inmensa rampa se interrumpe con un edificio relativamente pequeño. Son los baños rituales. Hay que entrar en ellos si quieren acceder al Monte del Templo. Cumplido este deber, suben la rampa, llegan a una estrecha explanada y se dirigen a las Puertas de Julda.

- ¿Por qué se llaman de Julda, papá?

-No lo sé.

- Julda era mujer de Herodes, y por eso le dio ese nombre.

La explicación procede de un peregrino que camina junto a ellos. El jerosolimitano estalla.

- ¿Mujer de Herodes? Julda fue una profetisa muy famosa, a la que consultó el rey Josías cuando descubrieron el Libro de la Ley. Contemporánea del profeta Jeremías. Es una vergüenza que no enseñen estas cosas en la sinagoga.

María interrumpe la discusión.

- Hay que entrar por la puerta de la derecha, Jesús. La de la izquierda es sólo para salir.

- ¿Por qué?

- Los que entramos estamos impuros. Los que salen del templo están puros. Así no los contaminamos.

El intruso no se digna mirar a María. Habla con José.

- Lo que dice tu mujer no es tan seguro como ella se imagina. Por ejemplo, si uno está de luto, entra por la puerta de la izquierda, y la gente le dice: "El que habita en esta casa te proporcione consuelo". Y los excomulgados también entran por la puerta de la izquierda, y les dicen: "El que habita en esta casa infunda en tu corazón la voluntad de traerte de nuevo cerca".

- A lo mejor -opina José- se entra por la derecha y se sale por la izquierda para que no choque la gente.

El cicerone prefiere no discutir una explicación tan sencilla, que considera ridícula.

- Vosotros sois galileos, ¿verdad? Se os nota en el acento.

- Venimos de Nazaret.

- Nunca he oído hablar de ese pueblo.

- Es muy pequeño. Está cerca de Séforis.

Al entrar por las puertas de Judá se sumergen en una agradable penumbra. Recorren un largo pasillo, interminable para el niño, que termina finalmente en una escalera. Al fondo brilla de nuevo el sol. Cuando salen, a casi doscientos metros de distancia se yergue ante ellos el Monte del Templo, la meta de su peregrinación.

El conjunto de la explanada merece un comentario. Toda ella está rodeada por un pórtico doble, de quince metros de ancho, sustentado por columnas de mármol de trece metros de altura y con techo de madera de cedro. Pero lo más sorprendente es el Pórtico Real, que consta de una nave central y dos laterales. A la mirada del espectador aparece como un bosque de ciento sesenta y dos columnas monolíticas, dispuestas en cuatro filas, cada una de ocho metros de alto por uno y medio de diámetro, coronadas por capiteles de estilo corintio³. La gente pasea, charla, discute, por aquel inmenso espacio. (Años más tarde al de nuestra visita, durante la prefectura de Pilato, este Pórtico se verá invadido por otras actividades; entre otros cambios, parece que las reuniones del Sanedrín pasaron a celebrarse en este sitio, en vez de en la Cámara de la Piedra Tallada, más cercana al templo).

José no quiere distraer al niño con detalles secundarios. Se encaminan hacia el Monte del Templo bajo el hermoso sol de abril.

- Esta parte que estamos atravesando se llama el Atrio de los Gentiles. Aquí puede entrar cualquiera, aunque no sea israelita. Fíjate qué bien pavimentado está.

³ La mejor descripción del Pórtico Real la ofrece Josefo en Antiquitates XV,411-416: "Era la obra más admirable que se haya visto bajo el sol. Tenía tanta profundidad la barranca que si alguien se inclinaba a mirar no lograba ver el fondo; sin embargo, Herodes construyó sobre el borde mismo un pórtico de dimensiones inmensas, de tal modo que si alguien trataba, desde lo alto del techo, de sondear esta doble profundidad, sentía vértigo, sin lograr medir con la vista la profundidad del abismo. Había cuatro filas de columnas, estando la cuarta dispuesta sobre el muro de piedra. Las columnas eran tan gruesas que para abrazadas debían juntarse tres hombres por las manos, con los brazos extendidos; el perímetro de la base era de veintisiete pies [13 m. y medio], con una moldura doble enrollada en la base. El número de columnas era de ciento sesenta y dos, siendo sus capiteles de estilo corintio, una obra realmente grande y admirable. Siendo cuatro las series de columnas, tres de ellas dividían el espacio intermedio en pórticos. Los dos extremos que se correspondían y estaban dispuestos del mismo modo tenían cada uno treinta pies de ancho, un estadio de longitud y más de cincuenta pies de altura; el de en medio tenía el doble de ancho y una altura doble; esta nave sobrepasaba en mucho a las vecinas".

Pero lo que impresiona a Jesús es la inmensa mole del templo. En realidad no ve el santuario. Sólo un muro de veinte metros de alto con algunas puertas gigantescas. El santuario está construido sobre una explanada que se eleva por encima de su cabeza.

Pero antes de subir a ella hay que salvar otro obstáculo: un murito de metro y medio de alto. José se lo explica:

- Este muro separa la parte más santa del templo.
- ¿Y por dónde se entra? (Jesús no ve puerta alguna).
- Hay trece aberturas en el muro. Por eso se amontona tanto la gente.

El cicerone completa la información casi sin dar importancia a sus palabras.

- Antes sólo había una puerta de acceso al atrio, a levante. Pero los reyes de Grecia⁴ abrieron trece brechas para demostrar que ningún muro debía separar a los judíos de los gentiles. Vamos a entrar por una de las puertas orientales. Es más bonito. Mira, niño, cuando entremos, fíjate en la piedra que hay al lado de la puerta. ¿Tú sabes griego o latín?

- Un poquito de griego. Cuatro palabras.
- Pues en esa piedra hay una inscripción que dice: "A ningún gentil le está permitido traspasar la verja y barrera que rodea el Templo. Cualquiera que sea aprehendido responderá de su acción con la muerte". En cada una de las trece puertas hay la misma inscripción⁵.
- ¿Los gentiles son muy malos?

El intruso lo mira desconcertado.

- ¿A ti no te han enseñado que un judío debe mantenerse alejado de los gentiles? Sólo hay una persona tan mala o peor que un gentil: el que no conoce la Ley.

María pone la mano en el hombro de Jesús.

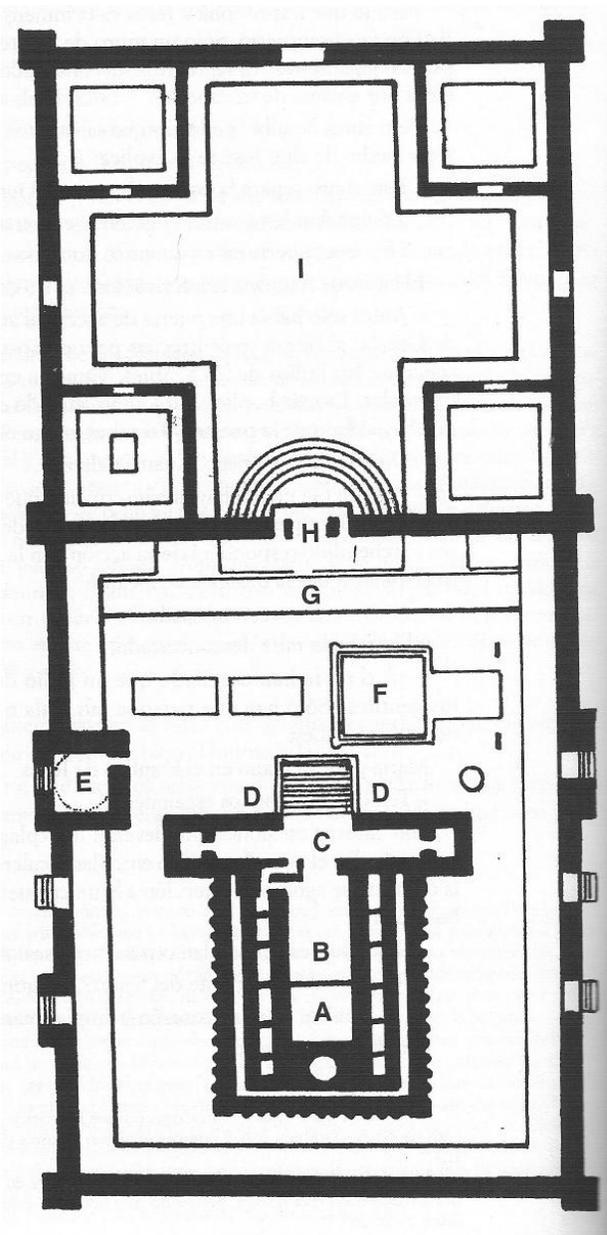
- Ten cuidado con los escalones.

Son catorce escalones que llevan a la explanada en la que se asienta el santuario. En el estrecho pasillo entre las escaleras y el muro (cinco metros), la multitud se agolpa en dirección a la única puerta que da acceso al Atrio de las Mujeres.

- Cuidado, Jesús. Quedan otros cinco escalones.
- ¿Quién subirá al monte del Señor?, pregunta el niño al cicerone.
- "El hombre de puro corazón y limpias manos", como dice un Salmo.
- Y de buenas piernas.

⁴ Se refiere a los reyes de Siria, que, por ser herederos del imperio de Alejandro Magno, eran conocidos también con el nombre genérico de reyes de Grecia. Así aparecen en Middot II, 3

⁵ Una de esas piedras fue descubierta en 1871; otra en 1935. A Pablo lo acusaron de haber transgredido esta norma, pensando que había introducido a Trófimo en el lugar santo (Hch 21,26-29).



Plano conjetural del edificio central del templo de Jerusalén en los tiempos de Herodes (Según M. Avi-Yonah). Se trata del santuario propiamente dicho (B), delante del Santo de los Santos (A), y precedido del porche (C), del Atrio de los Sacerdotes (D), del altar de los holocaustos (P), del Atrio de los Israelitas (G), de la puerta de Nicanor (H) y del Atrio de las Mujeres (I).

Según Middot, el Atrio de las Mujeres era un cuadrado de unos sesenta y cinco metros de lado (135 codos), en cuyos cuatro ángulos había un patio cercado de veinte metros de lado (40 codos). "La estancia del ángulo sudoriental era la cámara de los nazireos, ya que allí cocían los nazireos sus sacrificios pacíficos, cortaban su pelo y lo echaban bajo la olla. La del ángulo nororiental era la cámara de la leña, ya que allí los sacerdotes que estaban afectados por un defecto examinaban si había gusanos en la madera, ya que todo leño donde había gusanos era inepto para arder sobre el altar. La del ángulo noroccidental era la cámara de los leprosos. De la del ángulo sudoccidental decía Rabí Eliezer ben Jacob que había olvidado su finalidad. Abá Saúl decía que allí colocaban el vino y el aceite, y que por esto era llamada cámara de la casa del aceite" (Middot II,5).

El espacio en el que pueden quedarse las mujeres es una especie de cruz griega, perfectamente simétrica. María los acompaña todo lo posible y se queda rezando mientras José, Jesús y el peregrino se dirigen a la Puerta de Nicanor. Para acceder a ella hay que subir una curiosa escalera de escalones semicirculares.

- ¿Cuántos escalones te imaginas que tendrá la escalera?

Jesús no duda un momento.

- Quince. Tantos como salmos de subida⁶.

⁶ Salmos 120-134, conocidos en hebreo como sir hamma'alot.

"¿Quién le habrá enseñado eso?", se pregunta José, mientras el cicerone oculta su asombro. A fuerza de codazos y empujones consiguen que el niño se ponga en primera fila dentro del Atrio de los Israelitas. Es un espacio extrañísimo, de sesenta y cinco metros de largo por seis de ancho. Una balaustrada de cincuenta centímetros de altura marca la división entre el Atrio de los Israelitas y el Atrio de los Sacerdotes, de idénticas medidas al anterior.

Desde allí puede ver el imponente Gran Altar, de siete metros de altura y unos catorce metros cuadrados de superficie, al que se sube por una rampa a la izquierda. El sol de abril rebota en el blanco del altar cegando la vista.

- Acaban de blanquearlo -comenta el cicerone-. Lo blanquean dos veces al año, por Pascua y por la fiesta de los Tabernáculos. Y las vísperas de los sábados lo limpian con un paño para quitar las manchas de sangre.

A la derecha del altar se ve un montón de anillos.

- ¿Cuántos anillos calculas tú que hay?

- Dependen de para lo que sirvan -responde Jesús-.

- Sirven para degollar a los animales de los sacrificios.

- ¿Y quiénes los degüellan?

- Los sacerdotes, naturalmente.

- Entonces serán veinticuatro, igual que el número de turnos sacerdotales.

- Así es -responde admirado el cicerone-.

- Lo mismo podrían ser cuarenta y ocho -comenta José, irritado con tanta erudición-.

El cicerone ignora el comentario.

- Cuando terminan de matar los animales los llevan más a la derecha, los cuelgan de aquellos ganchos, y luego los despellejan en esas mesas de mármol.

- Los sacerdotes terminarán cubiertos de sangre.

- No exageres. Pero es verdad que se manchan mucho. Mira ahora a la izquierda. ¿Ves la rampa que sube al altar? Detrás de ella hay un aljibe muy grande, de bronce, donde los sacerdotes se purifican las manos y los pies.

Jesús ha seguido las explicaciones por respeto a una persona mayor. En el fondo le disgusta este festival de sangre y muerte. Además, desde que entraron en el Atrio de los israelitas, lo que atrae su mirada es la inmensa fachada del templo, un cuadrado de cincuenta metros de largo por cincuenta de alto⁷, a la que se sube por doce peldaños.

Esta vez es José quien toma la palabra:

⁷ La fachada está representada en una pintura mural de la sinagoga de Dura Europos (hacia 25 d.C.) y en una moneda de la época de Bar Kojbá (135 d.C.). El santuario que se encontraba detrás tenía, según Middot III, 7, cincuenta metros de largo, treinta y cinco de ancho y cincuenta de alto. Al tratarse de un lugar sagrado, para construido hubo que instruir a mil sacerdotes en el oficio de albañilería.

- Una fachada en forma de cuadrado podría resultar horrible. Fíjate en lo que ha hecho el arquitecto para que resulte tan bonita. Ha abierto una entrada enorme, muy alta, y ha puesto dos columnas, una a cada lado, y dos pilastras, una en cada extremo de la fachada.

Efectivamente, la entrada tiene 35 metros de alto por 12,5 de ancho, y no tiene puertas. Las puertas propiamente dichas se abren en el muro siguiente, que separa el vestíbulo del Santuario. Cubiertas totalmente de oro, admiran al visitante. Pero ante ellas se expone algo que atrae más la atención de Jesús: una enorme vid dorada de la que crecen racimos de oro.

- ¿Qué significa esa vid?

- Esa vid es para los ricos -responde seco José-.

El cicerone no desaprovecha la ocasión de demostrar sus conocimientos.

- Cuando alguien quiere hacer un gran regalo al templo, le dicen que añada a esa vid algunas hojas, o unos racimos... de oro, naturalmente.

La respuesta de Jesús resulta demasiado rápida y dura, impropia de un niño:

- El mejor regalo que se le puede hacer al Señor es un corazón contrito y humilde.

El cicerone prefiere desviar la conversación.

- Cuando abren las puertas del santuario, corren una cortina bordada en azul, escarlata, púrpura y lino fino, que representa el universo. El escarlata significa el fuego; el lino fino, la tierra; el azul, el aire; y el púrpura, el mar.

- ¿Eso es lo que llaman el Velo del Templo?

- No. El Velo del Templo está más adentro. Lo que hay detrás de la puerta es el Lugar Santo, el Hekal. En él está la menorá (el candelabro de los siete brazos), una mesa y el altar de los incienso. En el Lugar Santo sólo pueden entrar los sacerdotes, dos veces al día, para ofrecer incienso y encargarse del cuidado del candelabro. Y una vez a la semana colocan pan fresco en la mesa de los panes presentados.

- Ésos son los panes que se llevó David cuando huía de Saúl, ¿verdad?

- Así es. Sabes más de lo que yo creía.

- Pues David se los comió sin ser sacerdote.

- Bueno, David era David. Al fondo del Hekal está el Velo del Templo, que lo separa del Debir, el Lugar Santísimo.

- ¿Y allí qué hay?

La voz del cicerone adquiere un eco de misterio:

- Allí no hay nada. Nada de este mundo. Sólo la presencia invisible del Señor.

Al norte y sur del santuario, en los espesos muros, discurren pasadizos con pequeñas cámaras y una escalera para acceder al techo. Sabemos poco de las numerosas salas situadas alrededor del Templo, aunque es posible que en una de ellas, la Cámara de Piedra Tallada, se reuniese el Sanedrín hasta que, hacia el año 30, lo trasladaron al Pórtico Real.

Cuando vuelven al Atrio de las Mujeres, María le pregunta:

- ¿Te ha gustado, Jesús?
 - Es bonito, pero he echado de menos un nido de golondrinas.
 - ¿Un nido de golondrinas? -se admira el cicerone-.
 - Sí. Me habría recordado un salmo que dice: "¡Qué agradable es tu morada, Señor Dios de los ejércitos! Hasta el gorrión ha encontrado una casa y la golondrina un nido donde colocar sus polluelos: tus altares, Señor de los ejércitos, rey mío y Dios mío".
- El cicerone agarra a José del brazo y se alejan un poco.
- Este niño debería estudiar. El día de mañana podría ser un buen rabino.
- Mientras, Jesús se ha apartado con María.
- Madre, ¿tú puedes rezar aquí?
 - Claro, Jesús. Es el mejor sitio para encontrar a Dios.
 - A mí me gusta más rezar en el campo, a solas, viendo salir el sol y oyendo los pájaros.⁸

* * *

Capítulo 7: Los esenios

Livia, siempre interesada en las reuniones, gozaba aún más desde que se había convertido en nuestra maestra. El no poder aportar más datos sobre las liturgias y el culto judío no le preocupó demasiado. Se había comprometido a resumir las ideas de José Flavio sobre los esenios, completándolas, si era preciso, con los recuerdos que le transmitió su padre. Sin embargo, aquella reunión se retrasó un poco. "Yo tengo más cosas que hacer que vosotros -se excusaba-. No me puedo pasar el día leyendo". El retraso no le importaba. Yo seguía leyendo la obra de José Flavio. Aunque ya no hablaba de la época de Jesús, ofrecía datos que corroboraban impresiones anteriores y me ayudaban a conocer su mundo.

Por ejemplo, lo ocurrido entre judíos y samaritanos en tiempos de Claudio durante una peregrinación a Jerusalén, un galileo fue asesinado en una aldea de Samaria, y se reunieron al punto bastantes galileos con deseos de vengarlo. La cosa estuvo a punto de costar una guerra civil. En tiempos de Claudio y de Nerón también surgieron grupos de bandidos, capitaneados por un tal Eleazar y por un falso profeta egipcio; además, estaban los sicarios y otros fanáticos

⁸ El relato anterior pretende describir cómo era el templo en tiempos de Jesús. Alguno pensará que es una descripción muy externa, superficial. Es cierto. Pero la reacción de un peregrino del siglo 1 debía ser parecida a la del turista actual cuando visita la Basílica de San Pedro, en Roma. Lo que llama más la atención no es el aspecto estrictamente religioso sino el artístico. No quiero decir con esto que la actitud de Jesús y de sus padres fuese la que describo en estas páginas. Para Jesús, el templo era "casa de oración". Pero hacía falta una visión muy religiosa para no dejarse arrastrar por el impresionante decorado de Herodes. El principal problema en la reconstrucción anterior es que se basa en el testimonio de Flavio Josefa, que nació el año 37 d.C. y conoció el templo completamente terminado. ¿Qué faltaba por construir en el año 6 d.c., fecha en la que sitúo el relato? El recinto sagrado existía ya, porque fue lo primero que se construyó, en año y medio. Casi seguro, también el Pórtico Real y los otros pórticos. Pero nos encontramos con un nuevo problema: diez años antes de esta visita imaginaria (4 a.c.), durante las revueltas con motivo del nombramiento de Arquelaos, los legionarios romanos quemaron los pórticos y saquearon el tesoro del templo. ¿Estaban restaurados los pórticos diez años más tarde? ¿Qué obras de embellecimiento no habían terminado? Son preguntas que no podemos responder.

religiosos. Pero ahora la situación era distinta, más tensa, la que llevaría a la rebelión definitiva contra Roma. También me interesaban todas las referencias a Galilea. José Flavio menciona numerosas localidades que fueron fortificadas con vistas a la guerra. Y me extrañó que ninguna de ellas aparece mencionada en los evangelios: Jotapata, Selame, Cafareco, Jafa, Segof, Tariquea, Tiberiades... Lo que no me entusiasmó fue el largo capítulo sobre el ejército romano: ejercicios, campamentos, marchas, armas, equipaje, estrategia, disciplina y táctica militar.

Pero no había tenido tiempo de avanzar demasiado en mi lectura cuando Livia se declaró preparada para hablar de los esenios. Mi padre y yo estábamos interesados en ver cómo trataría el tema. El testimonio de José Flavio es muy largo y bastante desordenado, saltando de un tema a otro. ¿Qué haría Livia con él? Desde el primer momento desveló sus intenciones. Y me dio coraje que se permitiese un lujo que yo había procurado evitar a toda costa en mis intervenciones anteriores. No por parecerme malo, sino por no cansar a mi pequeño auditorio.

- He dudado en cómo presentar lo que dice este libro a propósito de los esenios. Al principio pensé resumirlo. Pero resultaba muy difícil y me exigía mucho tiempo. Así que he pensado irlo leyendo poco a poco y que lo vayamos comentando.

La inseguridad no es defecto de Livia. Ni siquiera preguntó si estábamos de acuerdo.

- Antes de comenzar, quiero advertiros dos cosas: la primera, que algunas afirmaciones de José Flavio me han molestado mucho, pero vaya leerlas, para que no me acuséis de que oculto lo que no me interesa; la segunda, que casi siempre habla de una sola clase de esenios, la que vivía de forma más estricta, en comunidad; sólo al final hace referencia a los que vivían en familia, como mi padre.

Inmediatamente comenzó a leer con su hermosa voz.

"Los esenios, que gozan fama de ejercitarse en la santidad, son judíos de raza, pero ligados por el afecto mutuo más que los otros (los otros son los fariseos y los saduceos, aclaró). Rechazan los placeres como un mal, mientras consideran una virtud la templanza y el no ceder a las pasiones; no estiman el matrimonio, pero adoptan a los hijos de otros mientras son todavía moldeables y dóciles, los tratan como si fuesen sus padres y los educan de acuerdo con sus costumbres. De hecho, no condenan por principio el matrimonio y la propagación de la raza, sino que se guardan de la lascivia de las mujeres y están convencidos de que ninguna de ellas se mantenga fiel a un solo hombre".

Levantó los ojos y se me quedó mirando con rabia.

- Cuando leí este párrafo me entraron ganas de quemar el libro. Esto de la lascivia de las mujeres es una estupidez; más lascivos son los hombres. Y lo mismo lo de la infidelidad. Mi padre estuvo casado y siempre se fió de mi madre. Como dirá más adelante, hay distintos tipos de esenios: unos prefieren mantenerse célibes y otros eligen el matrimonio. Además, no creo que la mayoría desprecie a las mujeres como aquí dice.

- Entonces se parecerían a Jesús -insinuó mi padre-.

- ¿Qué quieres decir?

- Que Jesús no se casó, pero estimaba mucho a las mujeres.

Livia perdió un poco de seguridad.

- Bueno, yo creo que Jesús estimaba a las mujeres más que cualquier hombre de su tiempo. Si no, no les hubiese permitido que lo acompañaran.

- Entonces -irónicamente- digamos que los esenios no desprecian a las mujeres, pero tampoco las estiman demasiado.

- Como tú -me disparó Lucila-.

- No empecéis con vuestras ironías, que esto es muy largo. Con lo que sigue sí estoy totalmente de acuerdo. *"Desprecian las riquezas y es admirable en ellos la comunidad de bienes; es imposible encontrar entre ellos a uno que se distinga de los demás por su fortuna. Su ley exige que toda persona que se adhiera a la secta se desprenda de sus bienes en beneficio de la comunidad, de manera que en ninguno de ellos se advierte ni una pobreza degradante ni una riqueza insolente. Poniendo en común los bienes personales, todos tienen, como hermanos, un solo patrimonio"*. También en esto habría que distinguir entre distintos grupos. Unos lo tienen todo en común, otros se limitan a ayudar a los demás cuando lo necesitan.

- Déjame un momento el rollo -le pidió mi padre-. Fijaos lo que dice aquí: *"Su ley exige que toda persona que se adhiere a la secta se desprenda de sus bienes en beneficio de la comunidad"*. ¿Os recuerda algo del evangelio?

Me quedé pensando.

- A los discípulos, que lo dejaron todo para seguir a Jesús.

Livia me superó.

- A mí me recuerda más a las mujeres que acompañaban a Jesús, que ponían sus bienes al servicio del grupo.

- Es cierto -reconoció mi padre-. No había pensado en eso. A mí me ha recordado un episodio distinto. El del rico que quería conseguir la vida eterna. ¿Recordáis lo que le dice Jesús?

Lucila, cuando le interesa, tiene una memoria excelente.

- *"Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, y después ven y sígueme"*.

- Exactamente. Dáselo a los pobres. No dice: "entregalo a la comunidad", sino "dáselo a los pobres". Es una diferencia muy importante.

- Es lo que yo le repito siempre a Andrónico. Que tenemos que ayudar a los pobres, aunque no sean cristianos.

El tema hubiera merecido un comentario más amplio, pero Livia no parecía dispuesta a concedernos tregua.

- Sigo. *"Consideran el aceite una impureza, y si alguno se pringa con él involuntariamente se lava el cuerpo; de hecho, consideran elemento de belleza tener la piel seca y vestir siempre de blanco"*. Lo que viene ahora me parece más importante. *"Eligen responsables para atender a los intereses de la comunidad, y los oficios especiales de cada responsable son determinados por el conjunto de los miembros"*.

- Es curioso lo que se parecen a nosotros.

- Ya os lo dije. Por eso a mi padre le atrajeron tanto los cristianos desde que los conoció. Ahora habla de la hospitalidad. *"No ocupan una sola ciudad, sino que se asientan por grandes"*

grupos en cada ciudad. Cuando uno de la secta llega de fuera, ponen a su disposición todos los recursos de la comunidad, como si fueran suyos; entran en las casas de personas que no han visto nunca como si fuesen sus mejores amigos. Consiguientemente, no llevan nada con ellos cuando viajan, excepto armas como protección contra los bandidos. En cada ciudad hay uno de la secta especialmente dedicado a atender a los extranjeros, que les proporciona vestidos y todo lo necesario".

- En eso sí que somos iguales. Cuando estuve en Antioquía me recibieron como si me conociesen de toda la vida. Y había un encargado de acoger a los visitantes.

- Pero tú no viajaste como un esenio. Llevabas la bolsa bien repleta.

- Tenía que pagar la copia de Mateo.

- No te justifiques. En lo que he leído hay una cosa que recuerda mucho al evangelio.

Nos miró a mi padre y a mí, pero los dos permanecimos callados.

- Lo que le dice Jesús a los discípulos cuando los envía a la misión. *"Les encargó que no tomaran nada para el camino, un bastón y nada más: ni pan, ni morral, ni moneda en la faja"*. Fijaos que es lo mismo de los esenios: no pueden llevar nada, sólo un arma.

- ¿Qué arma?

- El bastón. Los discípulos eran jóvenes. No necesitaban bastón para andar, sería para defenderse.

- Jesús les prohíbe llevar bastón. Lo dice Mateo.

- Y también Lucas -me apoyó mi padre-.

- Yo no conozco esos evangelios modernos que tanto os gustan. El único que me sé es el de Marcos, y ahí dice que pueden llevar bastón.

Nos quedamos callados ante la seguridad con que lo dijo. Pero Lucila no pudo contenerse.

- Esos evangelistas debían haberse puesto un poco de acuerdo. Porque si cada uno dice lo que quiere, nos vuelven locos. Y luego la gente hace lo que le da la gana.

- Ese tema es complicado, Lucila. Lucas a veces tiene que adaptar el mensaje de Jesús a sus cristianos.

- Y Mateo.

- Pero eso no les permite decir que no lleven bastón si Jesús dijo que podían llevarlo.

- No sé. Yo intento comprenderlos. Vamos a suponer que Jesús les permite el bastón. Eso no significa que sea un arma. Si lo fuese, les habría dicho a los discípulos lo mismo que decían los esenios: que podían llevar un arma para defenderse de los bandidos. Años más tarde, después de la muerte de Jesús, algunos piensan que el bastón puede interpretarse como un arma, y ponen en su boca la prohibición de llevarlo. Y esa tradición es la que recogen Mateo y Lucas.

Afortunadamente, la explicación fue de mi padre. Si la hubiese dado yo la habrían rechazado de pleno. Pero las opiniones de mi padre infunden un respeto que a menudo envidio.

- Es posible -confesó Lucila-. Yo no me imagino a Jesús permitiendo a los discípulos que se líen a bastonazos con nadie, ni siquiera con los bandidos.

Livia no parecía muy conforme con que le desmontásemos su semejanza absoluta entre Jesús y los esenios. Pero no quiso discutir.

- *"En su forma de vestir y su aspecto recuerdan a los niños educados bajo rigurosa disciplina; no cambian vestidos ni sandalias hasta que no están completamente deteriorados o gastados"*.

Lucila se echó a reír.

- Yo me apunto a los esenios. Me vaya ahorrar un montón de dinero en sandalias para los niños... y para Andrónico.

- No querrás que me presente en casa de los amigos hecho un pordiosero.

- Lo decía en broma.

- Pues dejaos de bromas, que esto es muy largo. Ahora vuelve a hablar de la comunidad de bienes. *"Entre ellos no compran ni venden nada, sino que cada uno cede lo suyo al que lo necesita, llevándose a cambio lo que le hace falta; incluso puede coger lo que quiera sin ofrecer nada a cambio"*. En esto no se parecen a los cristianos.

- No se parecen a las comunidades que conocemos -la interrumpió mi padre-. Pero en Jerusalén seguían la misma norma. Lucas dice que los creyentes tenían todo en común, que vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno.

- ¿Y por qué no hacemos nosotros lo mismo? -preguntó Lucila-.

- Porque es muy peligroso, aunque no lo parezca. En Jerusalén estaban tan entusiasmados con la idea que algunos incluso vendieron sus campos para entregar el dinero a los apóstoles. Al cabo de unos años, la comunidad de Jerusalén era la más pobre de todas. Encima vino un período tremendo de hambre durante el emperador Claudio, y tuvieron que pedir ayuda a otras iglesias para sobrevivir. El que más dinero recolectó fue Pablo. Pero creo que él intuyó el peligro del sistema de comunidad de bienes y no quiso imponerlo en las iglesias que fundaba.

- Pues es una pena -insistió Lucila-. No hay derecho a que unos vivamos tan bien mientras otros carecen casi de todo.

- El sistema que ideó Pablo fue el de compartir los bienes con los necesitados. Pero también tiene un grave peligro: se basa en la generosidad de cada uno. Y ocurre lo de siempre, que los pobres son más generosos que los ricos. Lucas me contó una vez que la comunidad de Tesalónica, que era muy pobre, se volcó ayudando a los cristianos de Jerusalén. En cambio, los corintios, que en comparación con los de Tesalónica eran ricos, retrasaron la colecta todo lo posible. Yo tengo una copia de la carta que Pablo les escribió para convencerlos de la necesidad de tomarse en serio este tema. Si queréis, os la dejo.

- A mí me interesa mucho -dijo Lucila-. A ver si consigo convencer a este hombre.

"Este hombre" era yo, como puedes suponer. No me considero tacaño ni remiso en ayudar a los pobres, pero reconozco que Lucila me aventaja. Al día siguiente me esperaba una nueva exhortación a la austeridad y a la limosna. Pero aquella noche me salvó Lucila con su interés por continuar el tema de los esenios.

- Ahora cuenta lo que hacen durante el día. Pero yo creo que algunas de estas cosas sólo las practican ciertos grupos. *"Son especialmente piadosos con la divinidad. Antes de que salga el sol no hablan de temas profanos, sino que le dirigen ciertas oraciones aprendidas de sus antepasados como animándolo a salir. Después de esto cada cual es enviado por el*

superintendente al oficio que sabe, y después de haber trabajado duramente hasta la hora quinta se reúnen de nuevo en un solo lugar y ceñidos de trajes de lino se lavan el cuerpo con agua fría; después de esta purificación van juntos a un edificio particular en el que no puede entrar ninguno extraño; y, ya purificados, entran en el refectorio como en un recinto sagrado. Se sientan en silencio; el panadero pone delante, por orden, los panes, y el cocinero pone delante de cada uno un solo plato con una sola comida. El sacerdote introduce la comida con una oración y nadie puede probar nada antes de la oración; cuando han terminado de comer, añade una nueva oración; de modo que, tanto al principio como al final, veneran a Dios como quien suministra lo necesario para la vida. Luego, se quitan la ropa, como vestidos sagrados, y vuelven al trabajo hasta la tarde. Cuando retornan a casa, cenan de la misma manera en compañía de los huéspedes, si hay alguno de paso entre ellos. En la casa no se oyen gritos ni tumultos; para hablar se ceden la palabra, unos a otros, por orden. A los de fuera, el silencio de los de dentro les parece como si ocultasen la celebración de un misterio espantoso, pero se debe a su continua sobriedad y a la costumbre de limitar la comida y la bebida a las exigencias de la naturaleza".

- ¿Estáis cansados?

Todos coincidimos en dejarlo por aquella noche.

* * *

Ya te imaginas lo que ocurrió al día siguiente. Al volver a casa encontré un rollo diminuto encima de la mesa. No necesitaba leerlo para saber que lo había dejado Lucila y que era la misiva de Pablo a los corintios sobre la colecta en favor de la comunidad de Jerusalén. Supongo que la conoces y no la copio entera. Me limito a recoger las palabras que más me impresionaron: *"Ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor, Jesús el Mesías: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza (...) No se trata de aliviar a otros pasando vosotros estrecheces, sino que, por exigencia de la igualdad, en el momento actual vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen, para que un día la abundancia de ellos remedie vuestra falta, y así haya igualdad, como dice la Escritura: Al que recogía mucho no le sobraba y al que recogía poco no le faltaba"*.

Yo había oído hablar mucho de Pablo, pero no conocía sus canas. Me resultó curioso el juego de palabras y de ideas, que exigía varias lecturas para captar bien el contenido. Me entró curiosidad por saber si Lucila lo había entendido.

- Lo he comprendido perfectamente -me dijo-. Lo difícil es ser generosos, salir de nuestro egoísmo. Para eso, lo mejor es recordar el ejemplo de Jesús, que se hizo pobre para enriqueceros.

- ¿Y todo eso de "vuestra abundancia" y "vuestra falta", y "la abundancia de ellos" y "la falta de ellos"?

- Al principio no lo entendía, incluso me dio coraje. Me acordaba de ti cuando te pones en plan sofista. De pronto recordé un día que fui a visitar a una vecina de Flora para llevarle algo de ropa y de comida. Cuando se puso a hablar, me asombró su confianza en Dios, su alegría... Al salir de la casa, ella me había dado mucho más de lo que yo le había llevado. Así entiendo lo que dice Pablo. Nosotros tenemos dinero, pero nos faltan cosas más importantes. Ellos

carecen de bienes materiales, pero pueden darnos lo que no tenemos. Si cada uno pone lo que tiene, al final se da igualdad entre todos.

- Eres una buena exegeta.

- ¿Qué es eso?

- Los exegetas son los que interpretan textos difíciles de entender. Estoy seguro de que le halagaron mis palabras, pero no se dejó llevar por la vanidad.

- Hay textos que sólo se entienden cuando se ponen en práctica. Como la parábola del buen samaritano. ¿Recuerdas cómo termina? "Ve, y haz tú lo mismo".

- Es muy bonita esa parábola de Mateo -le dije para ponerla a prueba-.

- No es de Mateo. Es de Lucas, me la contó tu padre. Y no te vayas por las ramas.

Me retiraba con una sonrisa cuando escuché su voz.

- Mateo lo que cuenta es una parábola de Jesús que termina diciendo: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer". Me la enseñaste tú.

- Tienes muy buena memoria para lo que te interesa.

- Y tú, muy mala para lo que no te interesa.

* * *

La siguiente reunión comenzó sin preámbulos. Livia abrió el libro por donde nos habíamos quedado y empezó a leer.

- *"En cuanto a las otras cosas, no hacen nada sin mandarlo el superintendente; pero hay dos cosas que quedan a su arbitrio: la asistencia y la compasión. De hecho, está permitido prestar ayuda según el parecer de cada uno a los que son dignos, cuando se encuentran en necesidad, y proporcionar alimento a los menesterosos; pero no es lícito hacer donativos a la familia sin permiso del director. Contienen la ira, refrenan las pasiones, son modelos de fidelidad y promotores de la paz. Cualquiera de sus palabras tiene más fuerza que un juramento: pero se abstienen de jurar, considerándolo peor que el perjurio, pues dicen que quien sólo es creído cuando invoca a Dios ya está condenado".*

- Eso del juramento también coincide con lo que dice Jesús. (Miré de reojo a Lucila). Bueno, con lo que dice Mateo que dijo Jesús.

- ¿Qué dice Mateo que dijo Jesús?

- Más o menos, que no juremos por nada: ni por el cielo ni por la tierra ni por nuestra cabeza.

- Lo que viene ahora os gustará mucho a vosotros dos. *"Conceden especial importancia a los escritos de los antepasados, escogiendo especialmente los que se refieren al provecho del alma y del cuerpo; por ello, con vistas a curar las enfermedades, investigan las raíces medicinales y las propiedades de las piedras".*

- Nosotros nos interesamos por los escritos que traen provecho al alma. De medicina sabemos poco.

- Lo que sigue me ha recordado bastante a lo que hacemos nosotros con quienes desean entrar en la comunidad. Fijaos. *"Ni siquiera a los que desean ardientemente entrar en su secta se les*

concede el ingreso inmediato. Al candidato le imponen por un año la misma norma de vida de la corporación, aunque permanezca fuera de ella, entregándole un hacha pequeña, el cinturón mencionado más arriba y un vestido blanco. Después de haber dado durante este tiempo prueba de moderación, se adentra en la norma de vida y le permiten participar de unas formas más puras de agua sagrada; pero todavía no lo admiten en las asambleas de la comunidad. Después de demostrar esta constancia, su carácter es sometido a prueba otros dos años, y sólo entonces, si se le considera digno, es admitido en la comunidad".

- Hay parecidos, pero no tantos -objeté-. A mí no me entregaron un hacha ni un cinturón cuando me hice cristiano.

- Es verdad -añadió Lucila-. Ni nos sometieron a dos años de prueba.

- No he dicho que sea todo igual, sino que hay parecidos. Lo de participar en el agua sagrada me recuerda al bautismo, y entonces sí os entregaron una vestidura blanca.

- Pero ahí no habla de bautismo.

- Habla de distintas formas de participar del agua sagrada. Una podía ser el bautismo o algo parecido.

- Yo estoy de acuerdo con Livia en que hay cosas parecidas -opinó mi padre-. Pero da la impresión de que Jesús simplificó todo eso.

- Es verdad -reconoció Livia-. En lo que sigue se advierten muchas diferencias entre los esenios y nosotros. *"Sin embargo, antes de que pueda tocar el alimento común, presta terribles juramentos: en primer lugar, de ser piadoso con la divinidad; luego, de observar justicia con los hombres, y de no hacer daño a nadie ni por propio querer ni por orden de otro; de odiar siempre a los injustos y de ayudar a los justos; de mantener siempre fidelidad a todos, especialmente a los investidos de poder, porque la autoridad de mandar no se posa sobre uno sin que Dios lo quiera; de no volverse insolente en el poder, si llega a tener el mando, ni de distinguirse pomposamente de los súbditos por el vestido o por otro ornato especial; de amar siempre la verdad y de confundir a los mentirosos; de guardar las manos del hurto y el alma de la ganancia impía; de no tener nada escondido a los de la secta, ni de revelar nada de ellos a los extraños aunque sea torturado hasta la muerte. Además de esto, presta juramento de no transmitir a alguno de la secta los estatutos de forma distinta a como los ha recibido, de guardarse del bandidaje, y de tener guardados igualmente tanto los libros de su secta como los nombres de los ángeles. Con estos juramentos se aseguran la fidelidad de los que entran".*

- A mí me extraña que hagan tantos juramentos después de que les han prohibido jurar.

- Son cosas distintas, Andrónico. Una cosa es hacer un juramento solemne ante Dios y otra pasarse el día jurando por cualquier motivo, que es lo que hace la gente.

Mi padre volvió a pedirle el rollo.

- Aquí hay cosas muy interesantes, Livia. Aunque nosotros no prestamos ningún juramento cuando entramos en la comunidad, casi todo esto también tenemos que cumplirlo: la piedad con Dios, la justicia, la fidelidad, el que los responsables de la comunidad no sean insolentes ni se distingan de los otros por su forma de vestir, el amor a la verdad... Sólo ha habido una cosa que me ha llamado la atención, porque me ha parecido muy distinta del mensaje de Jesús.

(Releyó en voz baja el texto). Esto: "odiar siempre a los injustos y ayudar a los justos". Yo no recuerdo que Jesús mandase nunca odiar a los injustos.

- Al contrario -aseguré-. Nos mandó amar a todos, igual que Dios, que manda su lluvia sobre buenos y malos, y hacer salir el sol sobre justos e injustos, sin distinción.

- ¿Quién dice eso, Mateo?

- Sí, querida esposa, Mateo.

- No lo he dicho en plan irónico. Me ha gustado mucho.

- Este tema es muy importante -continuó mi padre-. Cuando Lucas me regaló su evangelio me gustó mucho el primer discurso que le dirige Jesús a la multitud. Hay algo en él que me impresionó tremendamente. Jesús comienza dividiendo a la gente en dos grandes grupos. Por una parte, los pobres, los que pasan hambre, los que lloran, los que son odiados y despreciados. Por otra, los ricos, los satisfechos, los que ahora ríen, los que son alabados y aplaudidos. Ya podéis imaginaros que Jesús se pone de parte de los primeras. Pera no los anima a luchar contra los otros. Esperad un momento.

Todos sabíamos que iba en busca de "su evangelio". Volvió desenrollándolo en busca del pasaje.

- Fijaos en lo que dice a quienes quieren seguirlo. *"Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian"*. Esto es muy distinto a lo que juran los esenios: odiar a los injustos.

- Es distinto, pero muy difícil-objetó Lucila-. Yo no puedo amar a un enemigo.

- Eso mismo pensé yo cuando lo leí. No lo entendía, me parecía imposible. Hasta que me lo explicó Lucas. Me dijo: "Piensa en las palabras de Jesús cuando lo crucificaron: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen'. Amar al enemigo significa perdonarlo. Y no sólo perdonarlo, sino incluso comprenderlo y justificarlo cuando me hace mal. Por eso, Jesús no se limita a decir *Padre, perdónalos*, sino que añade *porque no saben lo que hacen*". Durante días le estuve dando vueltas a aquella idea y terminé comprendiendo por qué Jesús dijo aquello. Él veía a todos los hombres como hermanos suyos, hijos del mismo Padre. Por mal que se portasen con él, no podía dejar de amarlos.

- Para eso hace falta mucha fe -objetó Lucila con tristeza, no con rebeldía-.

- Jesús diría que un granito de fe bastaría para mover la montaña del odio y tirarla al mar.

- Pues me dejas peor que antes. Ahora resulta que además de no amar a los enemigos tampoco tengo fe.

Mi padre se echó a reír.

- Jesús te diría que tienes más fe y más amor a los enemigos de lo que tú te crees.

- Lo único que te falta es amor a tu marido -la consolé-.

- De eso me sobra. Demasiado te aguantó y te perdono.

- Si os ponéis con ternuras, lo dejamos. Todavía queda mucho. ¿Estáis cansados?

Ninguno se atrevió a reconocer abiertamente que deseaba irse a la cama. Pero Livia lo intuyó.

- Terminamos enseguida. Sólo un párrafo más, que completa al anterior de la admisión de los miembros en la comunidad. Ahora se habla de la expulsión. *"Los que son cogidos en fallos graves son expulsados de la corporación; y el expulsado termina frecuentemente sus días con una suerte miserabilísima. De hecho, atado por los juramentos y por las costumbres, no puede participar ni siquiera en el alimento de los otros profanos; alimentándose entonces de hierbas y consumiéndose su cuerpo por el hambre, termina muriendo. Por esto, movidos de compasión, recibieron de nuevo a muchos expulsados que estaban a punto de expirar, considerando suficiente castigo por sus fallos una pena que los había llevado casi hasta la muerte".*

No estábamos ya para comentarios.

* * *

- La reunión de hoy será más breve, no os asustéis. Creo que el tema no se presta a tanta discusión como el del día pasado.

Y comenzó a leer, sin pérdida de tiempo.

- *"En las cuestiones judiciales son atentísimos y justos; juzgan reuniéndose no menos de cien personas, pero su sentencia es irrevocable. Tienen en gran veneración, después de Dios, el nombre del legislador, y si alguno habla mal de él es castigado con la muerte. Juzgan decoroso obedecer a los ancianos y a la mayoría; así, en una reunión de diez, uno no habla si nueve no quieren. Se guardan también de escupir en medio de los otros o a la derecha... "*

- Un momento, no corras tanto -le pidió mi padre-. Lo que has leído al principio de que se reúnen para juzgar es muy interesante. Es lo mismo que hacemos nosotros. Pero no sabía que se inspiraba en ellos. ¿Os cuento una historia?

- La vas a contar de todos modos. No pidas permiso.

- Cuando los griegos comenzaron a convertirse, en Filipos, en Corinto, en Asia Menor, acostumbraban acudir a los tribunales si surgía un problema. Les parecía lo más natural, incluso cuando el problema se daba entre dos cristianos. En Corinto, por ejemplo, uno de la comunidad llevó a otro ante los tribunales porque le debía dinero. Cuando se enteró Pablo puso el grito en el cielo. Dijo que los cristianos debían resolver los problemas jurídicos entre ellos. Por lo visto, se inspiraba en la práctica de los esenios.

Livia no estaba dispuesta a conceder demasiadas digresiones que permitiesen acusarla de pesada.

- Ahora habla del sábado y del amor de los esenios a la limpieza. Dice que *"se guardan también de trabajar en el séptimo día, y eso más rigurosamente que todos los judíos; en efecto, no sólo se preparan los alimentos un día antes para no encender fuego ese día, sino que ni siquiera se atreven a mover un utensilio ni a ir a la letrina. En los otros días cavan un boquete de un pie de profundidad con la azada (esta forma tiene el hacha pequeña que le entregan al nuevo miembro), y cubriéndose en torno con el manto para no ofender a los rayos de Dios, se sientan sobre él; luego tapan el boquete con la tierra excavada. Hacen esto eligiendo los lugares más solitarios; aunque esta expulsión de las inmundicias corporales sea natural, tienen por norma lavarse después de ella como si hubiesen quedado contaminados".* ¿Sigo?

- Espera un poco -le pidió mi padre-. ¿No os ha llamado algo la atención?

- Eso de no ir a la letrina en sábado me ha parecido exagerado.

Los demás rieron aprobatoriamente. Pero mi padre pensaba en otra cosa.

- Me refiero a lo que ha dicho sobre los rayos de Dios. Lee la frase otra vez.

Livia buscó el pasaje.

- Dice que, cuando hacen sus necesidades, se cubren en torno con el manto para no ofender a los rayos de Dios.

- ¿No os recuerda eso el culto al sol? Me ha resultado curioso, porque el otro día también leíste una frase parecida. Déjame el rollo.

Tardó un poco en encontrarlo, pero no se equivocaba.

- Aquí está. Fijaos en lo que dice: *"Antes de que salga el sol no hablan de temas profanos, sino que le dirigen ciertas oraciones aprendidas de sus antepasados como animándolo a salir"*. Éste es un vestigio claro de culto solar.

Se echó a reír al ver la cara de Livia.

- No quiero decir que tu padre fuese un idólatra. Pero estas frases me han ayudado a entender unas palabras del himno que entona Zacarías, el padre de Juan el Bautista. Yo lo rezo todos los días. Al final dice: *"Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en sombras y tinieblas de muerte"*.

Ninguno de los tres entendíamos por dónde iba.

- Para el cristiano, el sol es un astro normal y corriente. No tiene que animarlo a salir ni teme ofender sus rayos. El verdadero sol que nos ilumina es Jesús. Quizá Zacarías dijo eso polemizando con los esenios.

Lucila no pudo contenerse.

- Yo me admiro de las cosas tan raras que se os ocurren.

- Y yo también. Vamos a seguir o no terminamos nunca. *"Se dividen en cuatro clases, según el tiempo transcurrido bajo disciplina, y los más recientes son tan inferiores a los más ancianos que, si éstos son tocados por aquéllos, se lavan como si hubiesen entrado en contacto con un extraño. Son también longevos, tanto que la mayoría de ellos pasa los cien años a causa de la sencillez de su forma de vida -por lo que me parece- y de la regularidad"*.

El párrafo desató las risas de todos y las bromas recayeron sobre mi padre.

- Menos mal que no eres esenio. Tendrías que lavarte cada vez que te tocásemos.

- Pero llegarás a los cien años, no te preocupes. En la sencillez de vida y la regularidad no creo que te gane ninguno de ellos.

- Lo que sigue es muy serio -cortó Livia-. Es como lo que nos contaron el otro día a propósito de los mártires de Roma.

(Interrumpo mi relato para explicarte la intervención de Livia. En la última reunión de la comunidad, antes de celebrar la Cena del Señor, nos informaron de lo que estaba ocurriendo en Roma. Ya te dije que Domiciano había decidido que lo adoraran como a un dios y le diesen ese título. Varios cristianos famosos habían sido expulsados de la ciudad y desterrados. Otros menos importantes habían corrido peor suerte).

"Desprecian los peligros; superan los dolores con la reflexión; estiman la muerte, cuando llega con honradez, como mejor que una inmortalidad. Por lo demás, su ánimo fue sometido a todo género de pruebas por la guerra contra los romanos, en la cual, estirados y retorcidos, quemados y fracturados, hechos pasar por todo instrumento de tortura, para que blasfemasen del legislador o comiesen algo ilícito, no toleraron someterse a ninguna de estas dos órdenes, ni adular a los torturadores o llorar; sonriendo entre los espasmos y tratando irónicamente a quienes los torturaban, entregaban serenamente el espíritu como personas que estaban a punto de recibirlo de nuevo". (Livia hizo una pausa). Esto de tratar irónicamente a los torturadores es muy típico de los judíos. ¿Conocéis la historia de los siete hermanos a los que cogieron presos junto con su madre?

-No.

- Querían obligarlos a comer carne de cerdo, que está prohibido por la Ley,-El rey de Siria los fue matando uno a uno. Pero, antes de morir, todos se iban burlando de él. Uno le dijo que no resucitaría para la vida. Otro, que Dios lo iba a torturar a él y a su descendencia. El peor fue el último, el más pequeño. Le dirigió un discurso terrible.

- A mí no se me ocurriría echar un discurso si estuviesen a punto de matarme.

- Porque tú eres muy práctica, Lucila. Como no iba a servir de nada, te lo ahorrabas.

- No digas tonterías, Andrónico. Lo que quiero decir es que, si me tocase morir de esa manera, y Dios no lo quiera, preferiría morir perdonando, como Jesús, sin insultar a nadie.

- ¿A ti no te gustaría ser mártir?

- No tengo ningún interés, que Dios me perdone.

- Yo estoy de acuerdo contigo -dijo Livia-. Si hay que morir por la fe, se muere. Pero a nadie le apetece que lo maten. Vamos a seguir. Ahora dice que los esenios aceptan la muerte y las torturas porque creen en la inmortalidad del alma, y que existe un premio y un castigo en la otra vida. Igual que nosotros. *"En realidad, es muy firme entre ellos la opinión de que los cuerpos son corruptibles y su materia no es permanente, mientras que las almas inmortales permanecen siempre; además, las almas, venidas del éter más sutil, permanecen encerradas en los cuerpos como dentro de cárceles, atraídas abajo por un cierto encanto natural; pero cuando son devueltas arriba, libres de las ataduras de la carne, como liberadas de una larga esclavitud, entonces gozan y se remontan a las regiones meteóricas. Sostienen -con la misma opinión que los griegos- que a las buenas está reservada una morada más allá del océano y un lugar que no es molestado por lluvias, nieves ni ardores, sino que lo refresca la brisa que sopla siempre dulce del océano; en cambio, a las malvadas les asignan una caverna oscura y tempestuosa, repleta de incesantes suplicios. Con esto, en primer lugar, afirman que las almas son eternas; y, además de esto, atraen a los hombres a la virtud y los retraen del vicio. De hecho, los buenos se vuelven mejores durante la vida con la esperanza de un premio también después de la muerte, y los excesos de los malvados son refrenados con el miedo, ya que, aunque queden ocultos en vida, esperan ser sometidos después de la muerte a un castigo sin fin. Éstas son las ideas teológicas de los esenios con respecto al alma, que constituyen un alimento irresistible para los que han gustado una vez su sabiduría".*

Mi padre estuvo a punto de decir algo, pero se calló.

- Venga, habla -lo animé-.

- Es que me ha hecho gracia eso de que esperan un lugar donde no molesta la nieve ni el frío ni el calor. Yo pienso bastante en la muerte, porque no espero llegar a los cien años como los esenios. Pero nunca se me ha ocurrido que después de la muerte vaya a vivir en una isla maravillosa del Egeo o algo por el estilo.

- ¿Tú cómo piensas que será después de la muerte?

- No lo sé. Para mí lo único importante es que estaremos siempre con el Señor.

- ¿No te da miedo la muerte? -le preguntó Lucila con timidez-.

- No. (Fue un "no" displicente, nada rotundo; como si le hubiesen preguntado: ¿no te da miedo que mañana llueva?). Llevo tiempo procurando acostumbrarme a ella... Venga, vamos a seguir. Lo importante es lo que piensan los esenios, no lo que pienso yo.

- Ya queda muy poco, sólo dos cosas. La primera sobre el don de adivinar el futuro, eso que Andrónico me preguntó un día. *"Hay también entre ellos quienes afirman prever el futuro, ejercitándose desde niños en libros sagrados, en purificaciones de distinto género y en sentencias de profetas; y raras veces yerran en sus predicciones"*. ¿Qué es lo que tú contaste? -me preguntó-.

- No lo recuerdo muy bien. Un esenio que le anunció a Herodes que llegaría a rey, o algo por el estilo.

- A mí esas cosas no me gustan -dijo la pragmática Lucila-. Lo que tenga que ser, ya vendrá. No comprendo que la gente se interese por saber lo que va a ocurrir. Además, casi siempre los engañan. Lo único que consiguen es que les saquen dinero.

- Lo de los esenios debía ser más serio. De todas formas, no debían darle demasiada importancia a predecir el futuro. De ese tema, José Flavio sólo dice lo poco que os he leído. Y ahora, al final, habla de los esenios que viven como vivía mi padre. Pero creo que podía haber dicho cosas más serias que las que cuenta. *"Existe también otro grupo de esenios que, por forma de vida, por costumbre y por legislación, se acomodan a los otros, pero difieren de ellos por la opinión con respecto al matrimonio. Juzgan, en efecto, que quienes no se casan amputan la parte principal de la vida, es decir, su transmisión, y que si -peor aún todos pensasen de ese modo, la raza acabaría bien pronto. Por ello, someten a las esposas a la experiencia de un trienio, y después de que han superado una triple purgación como prueba de que pueden dar a luz, las toman. Con las embarazadas no tienen relaciones, demostrando que para ellos el matrimonio no es un placer sino una necesidad para tener hijos. Las mujeres se bañan con un vestido encima, igual que los hombres con un cinturón. Tales son las costumbres de este grupo"*.

El párrafo se prestaba a bromas malignas, pero nadie quería que Livia se sintiese ofendida. Aunque no te lo creas, fui yo quien evité cualquier intervención maliciosa.

- ¿Ya no dice más de los esenios? -pregunté-.

- Nada más. Pero es bastante, ¿no te parece? En cambio, de los fariseos y saduceos no habla casi nada. ¿Queréis que os lo lea? *"Los fariseos tienen fama de interpretar con cuidado las leyes y dirigen la secta principal; atribuyen todo al destino y a Dios, pensando que el obrar justamente o no depende en grandísima parte del hombre, pero que el destino coopera en todas*

las acciones. Todas las almas son incorruptibles, pero sólo las de los buenos pasan a otro cuerpo, mientras que las de los malvados son castigadas con un castigo eterno. Los fariseos se llevan muy bien entre ellos y promueven las buenas relaciones con la comunidad; en cambio, los saduceos son más bien rudos por costumbre, incluso entre ellos, y en las relaciones con sus semejantes son tan descorteses como con los extranjeros".

- No se parece en nada a lo que cuentan los evangelios –comentó mi padre-.

- En Antioquía me dijeron que los fariseos habían adquirido mucha importancia después de la destrucción del templo de Jerusalén. Que entonces es cuando se volvieron más enemigos de los cristianos.

- Eso fue hace más de quince años. Y los evangelios ya hablan de sus peleas con Jesús. Pero lo que dice José Flavio no ayuda mucho a conocerlos, sólo habla de sus ideas. Y lo de los saduceos es más exagerado todavía. Sólo dice que eran muy rudos y descorteses. El evangelio dice una cosa más interesante, que no creían en la resurrección.

- La verdad es que, cuando leí esta parte, me decepcionó mucho. A mí no me interesaban demasiado los esenios porque los evangelios no hablan de ellos. Lo de los fariseos y saduceos sí me interesaba mucho porque Jesús les dijo a sus discípulos que tuviesen cuidado con su doctrina. Pero me quedé sin saber cuál es su doctrina. Los evangelios dicen más cosas.

- Yate lo advertí desde el principio -exclamó triunfante Lucila-. Pero como no me haces caso...
Mi padre evitó que continuase la reprimenda.

- Livia, ¿tu padre te explicó alguna vez por qué los evangelios no hablan de los esenios?

- Cuando terminó de leer a Marcos le extrañó mucho no encontrarlos. Al principio le molestó un poco. Pero un día me propuso una teoría que se le había ocurrido; no sé si será muy exacta. Me dijo que Jesús debía conocer bien a los esenios y que los estimaría mucho. Probablemente no estaba de acuerdo con ciertas cosas, pero, en vez de enfrentarse a ellos, procuraba atraérselos. Por eso Marcos no los menciona. Porque sólo habla de los grupos enemigos de Jesús: los fariseos, los saduceos, los herodianos... En cambio, un esenio, como él, podía leer el evangelio identificándose en casi todo con el mensaje de Jesús, y terminar aceptándolo como Mesías.

- ¿Y no le preguntó a Marcos si su teoría era cierta?

- Sí. ¿Sabes lo que le respondió? "No había pensado nunca en eso. Pero mi madre era esenia".

- Tu padre se llevaría una alegría enorme.

- No te lo puedes imaginar.

Al acostamos, temí que Lucila siguiese reprochándome haber gastado tanto dinero en la obra de José Flavio, cuando yo mismo había reconocido que los evangelios decían más cosas. Me equivoqué. Sus palabras fueron muy distintas.

- Estaba pensando una cosa, a ver qué te parece. Como los evangelios hablan mucho de los saduceos y los fariseos, ¿por qué no te pones de acuerdo con tu padre y nos decís lo que cuentan sobre ellos? Tú te encargas del evangelio de Mateo, y él del de Lucas. Así os peleáis.

- ¿Y Marcos?

- Eso no hace falta que se lo encargues a nadie. Livia y yo lo conocemos bastante.

Guardé silencio.

- ¿No te gusta la idea?

- Sí. Puede ser interesante...

Dio media vuelta y se echó a dormir.

- Has tenido una idea estupenda, Lucila. Mateo habla mucho de los fariseos. El pobre Lucas va a quedar fatal.

- Lo dudo. Aunque sólo dijese dos palabras, tu padre te demostraría que valen más que doscientas de Mateo.

Capítulo 8: Saduceos y fariseos

Al día siguiente le comenté a mi padre la propuesta de Lucila, omitiendo su comentario final. La idea le atrajo desde el primer momento y me prometió ponerse ese mismo día a preparar la materia. "Esto es más fácil que construir la maqueta del templo. Y no habrá que hacerla a espaldas de Livia". Quedamos de acuerdo en comenzar por los saduceos, de los que no recordábamos muchos datos, y detenemos luego en los fariseos, de los que sí se habla a menudo.

La lectura de Mateo me produjo una curiosa sorpresa. Pero no quise comentarla con nadie. En el fondo, al menos para mí, el tema de saduceos y fariseos había pasado a segundo plano. Lo enfocaba, algo infantilmente, como una victoria personal de Mateo sobre Lucas. Por eso, al comenzar la reunión, con cierta malicia, le concedí la palabra a mi padre.

- ¿Qué dice Lucas de los saduceos?

Hizo una mueca decepcionada.

- Una sola cosa: que no creen en la resurrección. Y que utilizan la historieta de los siete hermanos que se casaron con la misma mujer para demostrar que es una idea ridícula.

(Te la resumo, por si no la recuerdas. Una mujer se casa, y al poco tiempo muere el marido. De acuerdo con la ley judía, un hermano del difunto la desposa, pero también muere pronto. Y así el tercero, el cuarto... hasta el séptimo. En resumen, la mujer ha tenido siete maridos. *"Cuando se produzca la resurrección de los muertos -terminan los saduceos con sonrisa irónica- ¿cuál de los siete será su marido? Porque ha estado casada con los siete"*).

- Para saber eso no es preciso leer a Lucas -intervino Livia-. Marcos cuenta lo mismo.

- Es-verdad -reconoció mi padre humildemente-.

- Mateo es un poco más completo -comencé yo, como sin darle mucha importancia-. Habla de los saduceos desde el principio del evangelio, cuando la predicación de Juan el Bautista. Dice que muchos acudieron a él para bautizarse, junto con otros fariseos. Y Juan les habló muy duramente, advirtiéndoles que debían convertirse, que no podían hacerse ilusiones pensando que eran hijos de Abrahán. Más adelante, durante la actividad de Jesús, añade que los fariseos y saduceos se acercaron a Jesús pidiéndole una señal del cielo. Y él les responde que sólo piensa darles la señal de Jonás.

- Eso también lo cuenta Marcos -me interrumpió Livia-.

- No, señora. Me he molestado en comprobarlo. Marcos dice que la señal la pidieron los fariseos. Mateo aclara que fueron los fariseos y los saduceos. Y luego añade una advertencia de Jesús a los discípulos: que tengan cuidado con la levadura de los fariseos y saduceos, es decir, con su doctrina. Por último, cuando Jesús está predicando en el templo de Jerusalén, poco antes de la pasión, cuenta también el episodio que decíamos antes, el de la resurrección.

Hice una pausa, para redondear mi victoria, y añadí.

- Por consiguiente, Mateo da más datos que Lucas, y muy interesantes.

Miré triunfalmente a mi auditorio, como si acabase de ganar una carrera en la última limpieza. Mi padre no tardó en arrancarme la corona de laurel.

- En lo que dice Mateo hay una cosa que me extraña mucho. Pone siempre juntos a los fariseos y saduceos.

- ¿Y qué?

- Se llevaban fatal entre ellos.

- ¿Cómo lo sabes?

- Lo que leímos el otro día de José Flavio lo sugiere. Y Lucas lo confirma en la segunda parte de su obra.

Era un golpe bajo que no me esperaba.

- Cuando habla de la expansión de la comunidad cristiana menciona varias veces a los saduceos. Al principio, cuando apresaron a Pedro y Juan, quienes lo hicieron fueron los sacerdotes, el comisario del templo y los saduceos, molestos porque anunciaban que la resurrección de los muertos se había verificado en Jesús. Esto confirma lo que ya sabemos, que no creían en la resurrección. Pero Lucas añade algo nuevo: que actuaban junto con los sacerdotes, no con los fariseos. Más tarde, cuando vuelven a perseguir a los apóstoles, dice textualmente: *"el sumo sacerdote y los de su partido, la secta de los saduceos..."* Aquí no sólo une a saduceos y sacerdotes, sino que los identifica. Pero donde queda claro que los fariseos y los saduceos no se llevaban bien es cuando juzgan a Pablo en Jerusalén. Os lo vaya leer, porque es muy divertido. Imaginaos la escena. Llevan a Pablo ante el sanedrín, y, antes de que intervenga nadie, ni siquiera el sumo sacerdote, comienza a hablar diciendo que es inocente. El sumo sacerdote se indigna y manda que le den un golpe en la boca. Pablo sería muy bueno, pero no tenía tanta paciencia como Jesús. Y le dice al sumo sacerdote: *"Dios te golpeará a ti, muro blanqueado; estás ahí sentado para juzgarme conforme a la Ley y ¿violas la Ley mandando que me peguen?"* Como veis, la cosa comienza fatal, y difícilmente podrá ser declarado inocente. Entonces recurre a una estratagema. Es lo que voy a leeros. *"Sabiedo Pablo que una parte de ellos eran fariseos y otra saduceos, gritó en medio del Sanedrín: 'Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, y me juzgan acerca de la esperanza en la resurrección de los muertos'. Apenas dijo esto se produjo una disputa entre fariseos y saduceos, y la asamblea quedó dividida. Los saduceos sostienen que no hay resurrección ni ángeles ni espíritus, mientras los fariseos admiten todo esto. Se armó un griterío enorme, y algunos letrados del partido fariseo se pusieron en pie protestando enérgicamente: 'No encontramos ningún delito en este hombre; ¿y si le ha hablado un espíritu o un ángel?' La disputa crecía, y*

el comandante, temiendo que hicieran pedazos a Pablo, mandó que bajara la tropa para sacarlo de allí y llevárselo al cuartel."

Mi padre enrolló lentamente el segundo volumen de Lucas.

- Después de esto, no me imagino que los saduceos y los fariseos fuesen juntos a que los bautizase Juan ni a pedirle una señal a Jesús.

- ¿Quieres decir que Mateo se inventó todo eso?

- No. Mateo no se inventó nada. Cuenta lo mismo que Marcos, pero añade a los saduceos. No me preguntes por qué. Yo no estuve en Antioquía hablando con Jacob. A lo mejor tú tienes la pista.

- Jacob me dijo que Mateo introduce muchas veces a los fariseos para cargar sobre ellos la responsabilidad. Pero de los saduceos no recuerdo nada.

- A lo mejor se le olvidó. Tampoco tuvo tiempo de explicártelo todo.

Lucila intentó imponer su sentido práctico.

- Al final, ¿con qué nos quedamos? Yo sólo tengo claro que los saduceos no creen en la resurrección. Eso lo dicen todos los textos.

- Yo le daría también bastante importancia a lo que dice Lucas en su segunda obra. Los saduceos estaban muy vinculados a los sacerdotes.

Más todavía: que los sacerdotes eran saduceos.

- Pero, aparte de negar la resurrección, tendrían otras ideas.

- Es probable. Pero no sabemos cuáles. Ni cómo vivían.

- También sabemos que eran muy antipáticos. Lo dice José Flavio.

Nuestras pesquisas no nos habían llevado muy lejos, pero tanto mi padre como yo estábamos convencidos de que la situación cambiaría con los fariseos. Esta vez me cedió la palabra.

- Comienza tú.

- Mateo habla mucho de los fariseos. Los considera los principales responsables de lo que le ocurrió a Jesús y de las persecuciones contra los cristianos. Al menos, en Antioquía. (Hice una pausa). Los textos son tan abundantes que he dudado mucho en cómo presentarlos. Voy a dividirlos en dos grupos: textos en los que intervienen los fariseos y textos que hablan de los fariseos, aunque ellos no digan una palabra.

Mi división les gustó por su claridad y sencillez; sentí que comenzaba apuntándome un tanto con respecto a mi padre. Él se limitó a sonreír aprobatoriamente. Cogí mi dístico, en el que había tomado algunas notas.

- Los textos en los que intervienen los fariseos los presentan de la siguiente forma. Aparecen por vez primera cuando Juan está bautizando, lo que comentamos antes. Juan los llama "*camada de víboras*" y les dice que deben convertirse. No creo que les hiciese mucha gracia. Volvemos a encontrarlos después de que Jesús llama a Mateo, cuando éste lo invita a su casa y acuden también muchos recaudadores de impuestos y pecadores; los fariseos se presentan allí y les preguntan a los discípulos por qué su maestro come con recaudadores y pecadores; Jesús les dice que él no ha venido a invitar a los buenos, sino a los pecadores, y que se vayan a

aprender lo que significa *"quiero misericordia y no sacrificios"*. No sé a qué se refiere exactamente.

- Son unas palabras muy famosas del profeta Oseas -me ayudó Livia-. Significan que Dios prefiere la compasión y el amor al prójimo más que cualquier sacrificio de vacas o de ovejas.

Le agradecí su aclaración y continué.

- Poco después, Jesús cura a un mudo; la gente se queda entusiasmada, pero los fariseos dicen que echa a los demonios con poder del jefe de los demonios. Como veis, las relaciones entre ellos y Jesús no pueden ser peores. Él los acusa de ignorantes, y ellos lo acusan de endemoniado. El siguiente conflicto se plantea a propósito del sábado: atravesando unos sembrados, los discípulos sintieron hambre y empezaron a arrancar espigas y a comérselas; los fariseos se escandalizan y se lo dicen a Jesús: *"Mira, tus discípulos están haciendo lo que no está permitido en sábado"*. Pero él los defiende y vuelve a repetir esas palabras de *"misericordia quiero y no sacrificios"*. ¿De quién dijiste que eran?

- Del profeta Oseas.

- Inmediatamente después entra en la sinagoga y cura a un hombre que tenía el brazo paralizado. Eso debió ser como la gota que colma el vaso, porque Mateo termina la escena diciendo que, al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús.

- Lo dice Mateo y lo dice Marcos -intervino Livia-. Hasta ahora no has dicho nada que me resulte nuevo.

- Ten un poco de paciencia. Ya sabes que Mateo repite muchas cosas que contó Marcos. No iba a inventarse otro evangelio. Lo siguiente también te resultará conocido. Vuelven a acusar a Jesús de estar endemoniado y él les responde muy duramente. Los llama raza de víboras y malvados. Pero ellos no se dan por vencidos. Cambiando de actitud, se presentan a Jesús muy humildemente, junto con los escribas, para pedirle una señal de que Dios lo ha enviado. Aquí hay un dato interesante, sobre el que volveré luego: los fariseos aparecen juntos con los escribas.

- ¿Y Jesús les dio la señal? -preguntó ingenuamente Lucila-.

- Ya deberías saber que no. Les dijo que eran unos perversos y adúlteros, y que encima pedían señales.

- Yo me estoy perdiendo -volvió a intervenir Lucila-. El día pasado, José Flavio decía que los fariseos eran muy piadosos. Ahora resulta que practican el adulterio. Me estáis volviendo loca.

- Es que Andrónico no sabe explicar ciertas cosas -la consoló Livia-. Lo de adúltero s no hay que interpretarlo al pie de la letra, como él lo ha dicho. Significa que no le entregan el corazón a Dios por completo, que son como los idólatras.

- ¿Y de dónde te sacas tú todo eso? -pregunté algo molesto-.

- Eso lo sabe cualquiera que conoce un poco a los profetas. Para ellos, el que no ama totalmente a Dios es como el marido que traiciona a su mujer, un adúltero.

- Pues podían decirlo de forma más clara.

- Y tú podías estudiar un poco más las Escrituras.

El único que parecía divertirse era mi padre, que no abría la boca.

- Sigo. Más adelante se acercan a Jesús los fariseos y los escribas de Jerusalén y le preguntan por qué sus discípulos se saltan la tradición de los antepasados y no se lavan las manos antes de comer. A mí me parece una tontería.

- Porque tú no eres fariseo. (La inevitable Livia). Recuerda lo que decía José Flavio. Que son muy cuidadosos a la hora de interpretar las

- ¿En la Torá hay una ley que manda lavarse las manos antes de comer? -pregunté asombrado, sin malicia-

- Que yo sepa, ninguna. Pero, si era una tradición de los antepasados, para los fariseos sería como una ley.

- Si tú lo dices... Bueno, Jesús les responde que ellos son peores que los discípulos, porque se saltan leyes más importantes. Que son unos hipócritas. Los fariseos se escandalizan de él y los discípulos se lo comentan a Jesús. Pero él les dice que no se preocupen: que son ciegos y guías de ciegos. ¿Estáis cansados?

- Yo no estoy cansada. Estoy esperando oír algo que me resulte nuevo.

- Pues me parece que vas a seguir esperando. El episodio siguiente ya lo conocéis. Es cuando Jesús pone en guardia a los discípulos contra la levadura de los fariseos y los saduceos, o sea, contra su doctrina. Y luego viene el episodio que estuvimos discutiendo tanto tiempo en la comunidad: el del divorcio. Los fariseos le preguntan a Jesús si está permitido despedir a la mujer por cualquier motivo. Él responde que no, y ellos insisten argumentando que Moisés permitió el divorcio. O sea, que los fariseos debían admitir el divorcio.

- Eso lo admite cualquier judío. Lo que discuten es si hace falta un motivo grave o basta un motivo leve. Pero no te metas en esa cuestión, que bastante tiempo perdimos ya con ella.

- Los fariseos reaparecen cuando Jesús está predicando en Jerusalén, pocos días antes de la pasión. Lo que se cuenta de ellos es casi lo mismo que dice Marcos: que intentan cazar a Jesús y le hacen preguntas capciosas sobre el tributo al César y sobre el mandamiento principal. Para no cansar a Livia, no entro en detalles. Finalmente encontramos un episodio que no cuenta Marcos, lo he comprobado. Después de la muerte de Jesús, los sumos sacerdotes y los fariseos se presentan a Pilato y le piden que vigile el sepulcro durante tres días para que los discípulos no roben el cuerpo y salgan diciendo que ha resucitado.

- Total, que nos ha tenido un rato enorme para decirnos un montón de cosas que ya sabíamos. Espero que Lucas sea más original.

Casi treinta años peleándome con Livia han hecho que no me hieran sus indirectas. Si faltan, las echo de menos. Además, tenía guardada mi sorpresa.

- Aunque todas estas cosas las supieseis, pensé que era interesante recordarlas. Al menos queda claro que Jesús no compartía la opinión de José Flavio sobre los fariseos. Para Jesús, los fariseos no son cuidadosos intérpretes de la Ley, sino hipócritas que se saltan las leyes principales y se pasan la vida amargando al prójimo con tonterías.

- Tonterías, desde tu punto de vista.

- No. Desde el punto de vista de Jesús. Si fuese mi opinión, no valdría nada.

- Qué humilde te has vuelto.

- Andrónico lleva razón -intervino finalmente mi padre-. Esta cuestión es muy importante. Las personas religiosas corren el peligro de concederle mucha importancia a ciertas minucias, como el lavarse las manos antes de comer o no comer espigas en sábado, olvidando cosas mucho más serias. Jesús pone toda la fuerza en la misericordia, en el amor a la gente que no parece buena, que se salta las normas, pero que tienen mejor corazón. (Hizo una breve pausa). ¿Has terminado ya?

- He terminado la primera parte, los textos en los que intervienen los fariseos. Me falta la segunda. Ésa os resultará mucho más nueva.

- Yo estoy muy cansada esta noche -se excusó Lucila-. No he parado en todo el día. .

En el fondo, se lo agradecí. Prefería que mi sorpresa cogiese a todos bien despiertos.

* * *

- El día pasado os dije que iba a dividir los textos de Mateo en dos grupos. Ya hablamos del primero, en los que aparecen los fariseos. Livia se encargó de subrayar que Mateo cuenta casi lo mismo que Marcos. Sin embargo, el segundo grupo de textos, el que habla de los fariseos aunque ellos no intervengan, es absolutamente nuevo. Al principio del evangelio, cuando Jesús pronuncia en la montaña ese discurso del que os he hablado otras veces, dice que si nuestra fidelidad no supera a la de los escribas y fariseos no podemos entrar en el Reino de Dios. A primera vista, esto no supone novedad alguna. Pero lo que sigue explica con detalle esa frase y aporta muchas novedades. Jesús establece seis antítesis entre lo que piensan los escribas y fariseos y lo que piensa él. Todas esas antítesis giran en torno a la interpretación de ciertos preceptos de la Ley: no matarás; no cometerás adulterio; el que despida a su mujer, que le dé acta de divorcio; no jurarás en falso y cumplirás tus votos al Señor; ojo por ojo, diente por diente; amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Ya sabemos que los fariseos son muy cuidadosos de interpretar la Ley. Pero Jesús les reprocha que lo hacen de forma literal, sin ir a lo profundo. Por ejemplo, para un fariseo "no matar" significa simplemente eso: que no le claves un cuchillo a nadie. Para Jesús se trata de respetar la vida al prójimo y también de no tratarlo con ira, de no insultarlo ni ofenderlo. O el caso de adulterio. El fariseo se contenta con no acostarse con otra mujer. Jesús dice que quien mira a una mujer excitando su deseo por ella comete adulterio en su interior. Como veis, al fariseo le basta observar la letra de la Ley; Jesús va más a fondo. Además, hay casos en los que Jesús no está de acuerdo con la Ley, y la suprime. Supongo que eso irritaría mucho a los fariseos. Por ejemplo, prohíbe el divorcio y los juramentos. Por consiguiente, ya sabemos algo nuevo. Que los fariseos se interesan mucho por interpretar la Ley, pero que lo hacen en plan comodón, facilitando las cosas al máximo.

- A mí no me caen bien los fariseos. Pero eso que acabas de decir no me parece muy justo con ellos. Podían estar equivocados, pero no creo que lo hiciesen con mala voluntad. Más que comodones podrían ser hipócritas. Y no todos.

- Yo estoy de acuerdo con Livia -intervino mi padre-. Y tengo un argumento muy fuerte: Lucas dice en la segunda parte de su obra que muchos fariseos se hicieron cristianos. Por consiguiente, habría de todo. Gente muy hipócrita en la interpretación de la Ley y gente que se la tomaría en serio.

- Retiro lo de comodones. Ya os dije que Mateo carga mucho las tintas contra ellos.

- Pera no le echas la culpa a Mateo. Él no dice que sean comodones.

- Todavía no sabéis todo lo que dice. Esperad un poco.

Eché un vistazo a mi díptico y no pude evitar una sonrisa.

- El dato siguiente parece daros la razón. Se dice que los fariseos ayunaban a menudo. Por consiguiente, no eran comodones. Los comodones eran los discípulos de Jesús, que no ayunaban nunca.

- Nosotras sí ayunarnos.

- Pera los discípulos no lo hacían cuando iban con Jesús.

- Si vivían de limosna, no creo que se pegasen grandes comilonas.

- Pero no ayunaban. Bueno, de los escribas y fariseos vuelve a hablarse muy largo antes de la pasión, cuando Jesús predica en el templo.

Para evitarle a Livia interrupciones inútiles, os advierto que Marcos también cuenta algo de esto. Pero es poquísimos en comparación con lo que dice Mateo. Se trata de una invectiva terrible.

Para lo que seguía no me bastaban las notas del díptico. Tuve que recurrir al evangelio.

- Vaya omitir bastantes cosas para no cansaras. Iré seleccionando las frases más llamativas. Empieza así:

"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos..."

La interrupción de Lucila, en un momento tan solemne, me irritó.

- Siempre que aparecen los fariseos aparecen los escribas. Pera nadie dice quiénes son.

Más coraje me dio no saber responderle. Me sentí en ridículo.

- Yo no estoy muy segura -intervino Livia-, pero creo que son especialistas en las leyes de Israel, o algo así. Y no pueden ser jóvenes. Para ser escribas hay que tener por lo menos cuarenta años.

- ¡Qué viejos! -se le escapó a Lucila, sin pensar en mi padre-.

- Algunos estarnos muy bien con cerca de sesenta.

- Tenían que estudiar muchísimo -aclaró Livia-.

- Bueno, empiezo otra vez. Y haced el favor de no interrumpirme, que el comienzo es muy solemne. *"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Por tanto, todo lo que digan, hacedlo y cumplidlo..., pero no imitéis sus obras, porque ellos dicen, pero no hacen. Atan bultos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo"*. Como veis, ahora sí los acusa de comodones. Sigo. *"Todo lo hacen para llamar la atención de la gente: ensanchan sus filacterias y se ponen borlas grandes en el manto; les encantan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas, que les hagan .reverencias por la calle y que la gente los llame rabí"*.

- En eso no se diferencian mucho de algunos de nosotros -bromeó Livia-.

- ¿Lo dices por mí?

- No seas tan susceptible. Pensaba en otros.

- Lo que dice Livia es verdad -mi padre parecía dispuesto últimamente a darle siempre la razón a su hija adoptiva-. Hace poco me contaron algo que está pasando en las comunidades de Siria.

No os lo comenté entonces porque no me gusta andar con chismes. Pero ahora viene a cuento. Por lo visto, cuando se reúnen para celebrar la cena del Señor, se ha metido la costumbre de reservar los mejores puestos para los ricos, mientras a los pobres los arrinconan junto a la puerta. Pero creo que ya le han puesto remedio. Alguien ha escrito una carta muy seria a las comunidades sobre ese tema.

- Lo que he leído -continuó- es la introducción al discurso. Luego sigue de una forma muy rara, por lo menos para nosotros los griegos. En vez de desarrollar un argumento, tiene siete párrafos que comienzan por "ay".

- Eso también es muy típico de los profetas. Lo usaban cuando querían decirle a alguien que estaba como muerto.

- ¿y qué tiene que ver el "ay" con los muertos?

- Los ayes se cantan cuando ha muerto una persona. Es un canto fúnebre.

- Pues entonces, más que un discurso tenemos siete cantos fúnebres. Da igual.

- No da igual. Es mucho más original y más enérgico.

- De acuerdo. ¿Puedo seguir? "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que les cerráis a los hombres el Reino de Dios! Porque vosotros no entráis, ya los que quieren entrar tampoco los dejáis". ¿Está claro?

- No. Yo no lo entiendo -dijo Lucila-.

- Significa que los fariseos no quieren hacerse cristianos ni dejan que los otros judíos se hagan cristianos. "*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros!*" Esto significa que los prosélitos son dos veces peores que los mismos fariseos.

- Pues no me parece justo -intervino mi padre-. En nuestras comunidades hay mucha gente que antes fueron prosélitos. No debían ser tan malos.

- En Antioquía la situación podría ser distinta. Ya os dije que allí las tensiones entre judíos y cristianos son muy fuertes. Luego viene otro "ay" sobre el juramento. Lo salto para no alargarme. El siguiente es muy interesante. "*Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, del anís y del comino y descuidáis lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y la lealtad! Esto había que practicar, y aquello no olvidarlo. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!*" Esta imagen del mosquito y del camello es magnífica. El quinto "ay" insiste en lo mismo: "*Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras dentro rebosan de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego! Limpia primero la copa por dentro que así quedará limpia también por fuera!*"

- Es tremendo -comentó Livia-.

- Pues yo no lo acabo de entender. Creo que me he distraído un momento.

- Es lo mismo que les critica Jesús otras veces, Lucila. Que sólo les preocupan las apariencias, el quedar bien. El siguiente "ay" dice lo mismo, pero con una imagen más dura. No te distraigas, y verás cómo lo entiendes enseguida. "*Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muerto y podredumbre; lo mismo vosotros; por fuera aparentáis ser*

honrados ante la gente; pero por dentro estáis repletos de hipocresía y de crímenes". ¿Está claro?

- Sí. Ya lo en tiendo.

- Y el último: *"Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los mausoleos de los justos, diciendo: Si hubiésemos vivido en tiempos de nuestros padres no habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas! Con esto atestiguáis, en contra vuestra, que sois hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Pues colmad la medida de vuestros padres! ¡Culebras, camada de víboras!, ¿cómo evitaréis la condena al fuego?"*

Nos quedamos en silencio, impresionados por unas palabras tan duras.

- No podía imaginarme que Jesús hablase de esa manera tan terrible -comentó Lucila-.

- Los evangelios contienen frases tuyas muy duras.

- Sí, pero son frases sueltas. Aquí es que termina una hecha polvo. Parece como si Jesús estuviese ese día indignado y lo viese todo negro. No dice ni una sola cosa buena de ellos.

- A lo mejor, el que estaba indignado era Mateo cuando escribió ese discurso -sonreí pensando en Jacob y su odio a los fariseos-.

- Fariseos somos todos -nos asombró mi padre-. O corremos el peligro de serlo. A mí no me extraña que Jesús estallase un día y dijese todo lo que llevaba por dentro contra esa gente. Pero, cuando te escuchaba, iba pensando en mí mismo. Muchas de esas denuncias de Jesús me las podía aplicar perfectamente. Sobre todo, el deseo de parecer bueno, de quedar bien ante los demás, sin preocuparme tanto por lo de dentro. Como los sepulcros blanqueados. Está muy bien dicho.

- Yo soy más mala -sonrió Lucila-. Cuando te oía iba pensando que muchas cosas de esas se te aplican perfectamente, Andrónico.

(Yo también lo había pensado. Pero me basta con reconocer mis defectos, no hace falta que otros me los comenten).

- Por ejemplo...

- ¿Cuál es la primera frase que leíste?

- ¿El primer ay?

- No, lo primero de todo.

- *"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Por tanto, todo lo que os digan, hacedlo y cumplidlo..., pero no imitéis sus obras, porque ellos dicen, pero no hacen".*

- No te molestes, pero eso es lo que más me llama la atención en ti. A veces parece que te has sentado en la cátedra de Moisés, que todo te lo sabes y te lo estudias, pero que no haces lo más importante.

- Lo dices porque no te acompaño a visitar al hijo de Flora, que está resfriado; ni a la madre de Antonia, que se aburre sola en la casa; ni a Jacinta, que está enferma... Yo no sirvo para eso, Lucila. ¿De qué quieres que les hable? ¿Del último libro que he leído?

- No hace falta que digas nada. Pregúntales por sus cosas y escúchalos.

- Para ti es muy fácil porque te gusta mucho hablar.

- No digas eso, porque aquí me paso el tiempo escuchándote. Además, no se trata sólo de visitar enfermos. Pero vamos a dejarlo. Luego hablamos... si quieres.

Livia ayudó a relajar la tensión.

- Yo me río porque eso mismo se lo decía hace algunos años a tu padre. Que estaba siempre encerrado con sus libros y que no hacía otra cosa que leer. Ahora ha mejorado mucho.

- Pues yo no le noto la mejoría.

- Porque tú te pasas muchas horas fuera de casa y no sabes lo que hace.

A mi padre no le molestan las peleas entre Lucila y yo; lo que le disgusta es que hablen de él, sobre todo de sus cosas buenas. Pero nunca lo dice claramente, recurre a la ironía.

- Creo que todo esto ha sido una artimaña de Lucila para no dejarme hablar de Lucas e irse pronto a la cama. Yo prefiero retirarme a pensar un poco en lo que hemos leído. Y a vosotros dos os aconsejo que sigáis hablando del tema. Puede hacerlos bien.

Cuando se levantó le comenté.

- ¿Te has dado cuenta de que aquí las que siempre quedan bien son las mujeres? Tú reconoces tus defectos, a mí me dicen que soy un fariseo, pero ellas... maravillosas.

- Nadie ha dicho que seamos maravillosas.

Mi padre sonrió desde la puerta.

- La culpa la tiene Jesús, que siempre habla bien de las mujeres. Se nota que no estaba casado.

Menos mal que no fui yo quien lo dijo.

Lucila y yo entramos en el dormitorio en silencio, con cara de poco amigos.

- Te lo he dicho por tu bien -comentó al cabo de un rato-. No para molestarle.

- Ya lo sé. Pero me ha molestado.

- Entonces, ¿qué quieres? ¿Que nunca te diga nada que pueda herirle? Eres demasiado susceptible.

- Hay maneras de decir las cosas. Y además, en público.

- No lo he dicho en mitad de la plaza. Como si tu padre y Livia no te conocieran.

No le contesté.

- Cuando te mosqueas, cierras la boca, y se acabó. Con eso lo resuelves todo.

Se incorporó en la cama.

- ¿Tú para qué quieres que hablemos del evangelio? ¿Para pasar un rato entretenido? Yo creo que debe ser una cosa más seria. Si no quieres mejorar, más vale que hablemos de otras cosas. O que leamos una comedia de Aristófanes.

No pude evitar un respingo.

- ¿Tú has visto alguna comedia de Aristófanes?

- No. Pero dicen que es muy divertido.

- Y muy verde.

Me reí pensando en lo colorada que se habría puesto.

- Bueno, tú ya sabes lo que quiero decir.

Llevaba razón. Como siempre, ella se durmió al momento y me dejó solo, dándole vueltas a la cabeza, repasando mi vida, martilleado por cuatro malditas palabras: "Dicen, pero no hacen", "dicen, pero no hacen", "dicen, pero no hacen".

* * *

- ¿Has dormido bien? -le pregunté por la mañana-.

- Estupendamente. ¿Y tú? ¿Sete pasó el mosqueo?

- Sí. Pero he dormido fatal. Me he pasado un montón de tiempo pensando en lo de anoche.

- ¿Y qué?

Lucila sabe escuchar, pero yo no sé hablar de mis cosas íntimas. No me vienen las palabras.

- Que llevas razón. Tengo que cambiar. Pero no me agobies, que eso es más difícil de lo que tú te crees.

- No pienso agobiarte.

Nos quedamos un rato en silencio, pero a gusto. Mi pregunta le cogió de sorpresa.

- ¿Qué es lo que hace mi padre?

- ¿Ahora? Supongo que llevará un rato levantado, como siempre.

- No, me refiero a lo que dijo ayer Livia. Que hace cosas que yo no hago.

Me esquivó con una sonrisa.

- Eso es mejor que se lo preguntes a él. Pero no te preocupes. Son cosas sencillas, muy normales.

* * *

Me dejó intrigado. Sin embargo, no encontré el momento oportuno para sacarle el tema. Si te ocurre como a mí, sabrás comprenderme. Si eres distinto, si te resulta fácil hablar de las cuestiones más íntimas, no me entenderás, por más que te lo explique. Pero no quiero cansarte con mis disquisiciones. Vuelvo a lo esencial, nuestra discusión sobre los fariseos. No me extrañó que mi padre se presentase con su rollo de Lucas. Tenía derecho a tomarse la revancha y leernos todo lo que creyese conveniente.

- Después de las cosas tan tremendas que oímos en Mateo espero que no os desilusione lo que cuenta Lucas. Yo también vaya dividir los textos en dos grupos, como hizo Andrónico. Pero de otra forma. Uno primero, muy breve, donde Lucas habla de cosas que ya sabemos de memoria. El segundo, sobre episodios de la vida de Jesús donde aparecen los fariseos, y que no se encuentran en Mateo ni en Marcos. En el primer grupo están todas esas discusiones que ya vimos los días pasados: que si Jesús come con pecadores, que los discípulos no ayunan, que comen espigas en sábado, etc. Lo que me ha llamado la atención es que los fariseos, además de ayunar a menudo, también rezan con frecuencia; y en otro momento se dice que los fariseos y los escribas no aceptaron el bautismo de Juan. Si tenéis que hacer un comentario, no tengáis miedo a interrumpirme. Lucas no es tan solemne como Mateo.

No hubo interrupciones sino sonrisas burlonas, de las que procuré no darme por enterado.

- El segundo grupo de textos no está en Mateo ni en Marcos. Si me equivoco, corregidme.

Hizo una breve pausa y lanzó una pregunta inesperada.

- ¿Vosotros os imagináis a los fariseos preocupándose por Jesús, invitándolo a comer?

- Después de lo que habéis comentado, no.

Los demás estuvimos de acuerdo con la opinión de Lucila.

- Pues hay dos fariseos que invitaron a Jesús a comer en su casa. Y otros le aconsejaron que se escapase porque Herodes quería matarlo.

- Ya decía yo que todos no podían ser tan malos.

- Espera, Lucila. Las dos comidas debieron terminar a bofetadas.

En la primera, la culpa la tuvo una mujer, una pecadora conocida en la ciudad.

Se echó a reír.

- El presbítero nunca me ha dejado que lea este pasaje en la comunidad. Dice que pueden escandalizarse. Andrónico lo conoce, o debería conocerlo, pero os lo vaya contar a vosotras. Resulta que Jesús entró en casa de un fariseo y se recostó a la mesa. De pronto, apareció una prostituta muy conocida en la ciudad, con un frasco de perfume en la mano. Se arrodilló detrás de él, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas. Se los secaba con el pelo, los cubría de besos y se los ungía con perfume.

- ¿No te estás inventando nada? -exclamó algo escandalizada Lucila-

- Ni una palabra. Lo estoy contando como lo cuenta Lucas. Podéis imaginaros el revuelo que se armó. Figuraos que entra aquí Cleandra y se pone a besarme los pies.

- ¿Quién es Cleandra?

Mi padre y yo nos miramos.

- Una señora muy conocida en Tróade.

Lucila se puso colorada y creo que se juró no hacer más preguntas.

- Bueno. El fariseo que había invitado a Jesús pensó que no era un profeta ni nada por el estilo. De lo contrario, habría sabido qué tipo de mujer era ésa y no le habría permitido nada de lo que estaba haciendo. Jesús, que sabía perfectamente quién era, y lo que estaba pensando su anfitrión, le tendió una trampa y luego le dijo... Vaya leerlo, porque es largo. *"¿Ves esta mujer? Cuando yo entré en tu casa no me ofreciste agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entré no ha dejado de besarme los pies. Tú no me echaste unguento en la cabeza; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: cuando muestra tanto agradecimiento es que le han perdonado sus pecados, que eran muchos; en cambio, al que poco se le perdona, poco tiene que agradecer".*

Dejó el rollo junto a su asiento.

- Creo que este episodio confirma de manera muy viva lo que hemos comentado otros días a propósito de los fariseos. Les falta corazón, sensibilidad. Invitan a Jesús, pero lo tratan de mala

manera. Lucas, que conoce tan bien el alma humana, nos da una clave estupenda. Su problema es que han pecado poco y no tienen mucho de que arrepentirse. Por eso no entienden ni el amor ni el perdón.

- ¡No me digas que hace falta ser una prostituta para querer a Jesús!

- No, Lucila. Quiero decir que una persona que ha pecado mucho entiende perfectamente lo que es el perdón y se muestra más agradecida.

- Estás diciendo lo mismo que antes. Como yo me paso el día en la casa y no engaño a Andrónico, no puedo saber lo que es el perdón de Dios.

Mi padre se quedó pensativo.

- Me estás poniendo en un aprieto. A lo mejor resulta que es verdad lo que decía Jesús; que él había venido a buscar a los pecadores. Y que los que no hemos sido grandes pecadores no podemos entenderlo.

No había el menor tinte de ironía o de cinismo en sus palabras. Fue eso lo que me impresionó.

- De todos modos -continuó- pienso que siempre podemos considerarnos grandes pecadores, aunque no hayamos matado ni robado ni cometido adulterio.

- Pues eso es lo que yo quería decir. Que se puede estar muy agradecida a Dios sin necesidad de cometer pecados muy grandes. Bastante tenemos con el montón de fallos de cada día. A mí me basta pensar en lo egoísta que soy, la poca paciencia que tengo a veces...

- A veces, no. Casi siempre.

Lo dije para quitarle dramatismo a la escena, pero le sentó fatal. Cuando se repuso, continuó.

- Ahora mismo, habría estrangulado a Andrónico. Bueno, pues todo eso me basta para comprender el perdón de Dios.

- De acuerdo. Pero eso no lo había descubierto el fariseo.

- Ni muchos cristianos -sentenció Livia-.

- La segunda vez que un fariseo invitó a Jesús a comer, los problemas también empezaron enseguida. Jesús no se lavó las manos. No sé si es que no tenía costumbre o si lo hizo para provocar. El fariseo se extrañó, porque ya vimos el otro día que se trata de una norma muy importante para ellos. Y Jesús aprovechó la ocasión para atacarlo a él y a todo su grupo. Pero lo que dice Lucas a continuación se parece mucho al discurso de Mateo que leyó Andrónico, más resumido. Sólo he encontrado cinco ayes, no siete como en Mateo. Además, ocurre una cosa muy curiosa. Los dos primeros se dirigen contra los fariseos. Los otros tres contra los escribas. Así que no me queda muy claro si los escribas y fariseos se identifican, como dijo Livia.

- Pero aparecen juntos -se defendió ella-.

- Eso sí. Debían llevarse muy bien. En las palabras de Jesús, aunque se parecen mucho a las de Mateo, hay un detalle que me ha llamado la atención. Anima a los fariseos a que den limosnas, si quieren agradar a Dios. Este detalle es muy típico de Lucas. Él siempre insiste en la importancia de la limosna, de compartir los bienes con los necesitados. Pero de todos los pasajes de Lucas, el más curioso es una parábola en la que Jesús describe al típico fariseo. Fijaos en cómo la introduce.

Cogió nuevamente su rollo.

- *"A algunos que, pensando estar a bien con Dios, se sentían seguros de sí y despreciaban a los demás, les dirigió esta parábola"*. Éstos son los dos rasgos esenciales de los fariseos: se sienten seguros de sí mismos y desprecian a los demás.

- Pero ahí no menciona a los fariseos.

- Los menciona a continuación. Atended, porque es preciosa. *"Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro recaudador. El fariseo, puesto en pie, se puso a orar en voz baja de esta manera: 'Dios mío, te doy gracias de no ser como los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese recaudador. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que compro. El recaudador, en cambio, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo' no hacía más que darse golpes de pecho diciendo: 'Dios mío, ten compasión de este pecador. "*

Livia y yo conocíamos la parábola. Pero leída en aquel contexto adquiría fuerza nueva. Ahora no sólo sabíamos que los fariseos ayunan a menudo, sino que ayunan dos veces por semana. Y que pagan no sólo el diezmo de la hierbabuena y el comino, sino también de todo lo que compran. De repente, me asaltó una duda.

- Livia, el impuesto ¿a quién se lo pagan?

- Al templo. Esa obligación la tenían todos los israelitas. Pero muchos no lo pagaban; unos, porque eran pobres; otros, porque no les daba la gana.

- Los fariseos son personas extrañas, muy complicadas —continuó mi padre—. A nadie le gusta pagar un impuesto, ni siquiera al templo. Ellos lo hacen. Eso parece significar que son muy desprendidos, que no le dan importancia a la riqueza. Sin embargo, Lucas dice en otra ocasión que los fariseos son amigos del dinero. Hace años no habría entendido esta aparente contradicción. Ahora la comprendo muy bien. No estoy pensando en los fariseos, se aplica a cualquiera de nosotros. Uno puede organizarse la vida -me refiero a lo económico-: reservar tanto dinero para limosnas, tanto para ayudar a la comunidad... pero sigue con el deseo de enriquecerse. Por lo visto, eso es lo que les ocurría a los fariseos... ya nosotros, como diría Livia.

- Tú dijiste lo mismo el otro día.

- ¿A qué te refieres? Ya no me acuerdo, Lucila.

- Que todos somos fariseos, o que podemos serlo. Eso que acabas de decir del dinero, o lo de antes, de que podemos sentirnos seguros ante Dios y despreciar a los demás. A mí me pasa muchas veces.

- Como veis -continuó mi padre-, en esta confrontación entre Mateo y Lucas no hay vencedores ni vencidos. Los dos aportan datos fundamentales para conocer a los fariseos, y los dos nos obligan a pensar en nuestra propia vida. Yo diría que Mateo se fija más en los actos concretos, y Lucas en el interior del fariseo, en lo que le bulle por dentro. Pero los dos me gustan mucho. No sé si Andrónico estará de acuerdo.

Mi padre tiene la habilidad de ocultar sus sentimientos cuando le interesa. ¿Había una suave ironía en lo que dijo o era una sencilla síntesis de lo tratado? Me quedé sin saberlo, pero le di la razón. Lo contrario, empeñarme en la superioridad de Mateo sobre Lucas, habría sido ridículo.

Lucila guardó su victoria para más tarde, cuando estábamos acostados.

- Te lo dije.

- ¿Qué me dijiste?

- Que a tu padre le bastaban dos palabras de Lucas para dejarlo por encima de Mateo.

- Él ha dicho que no hay vencedores ni vencidos.

- Pero todos nos dimos cuenta de por dónde iba. A él le gusta más Lucas.

Me quedé un rato en silencio.

- ¿Te acuerdas de Dina, la nieta de Jacob de la que te he hablado otras veces? Cuando se irritaba conmigo, su mayor insulto era llamarme "fariseo". Pues lo mismo te digo: ¡farisea!

Ella se echó a reír y yo me eché a dormir.

Capítulo 9: La crisis

Cuando Livia me devolvió el libro segundo de José Flavio y fui a colocarlo junto a los otros rollos advertí algo que me alarmó: tenían polvo. No podía culpar a Lucila. Soy yo quien se encarga de cuidar la biblioteca, por expreso deseo mío. Si mi querida esposa lo hubiese advertido, inmediatamente habría considerado ganada la apuesta. Los limpié lo mejor posible, imaginando que con eso prolongaba el desenlace. Pero hube de reconocerme que aquella historia ya no me interesaba tanto como antes. Es cierto que el libro quinto me había proporcionado amplia e interesante información sobre el templo de Jerusalén. Pero lo que ahora me atraía era algo distinto, más parecido a lo tratado en nuestras últimas reuniones. Y ese algo, debí reconocerlo, no lo encontraba en José Flavio, sólo en los evangelios.

Con mi padre podía sincerarme. Estaba seguro de que no me iba a traicionar, aunque disfrutaría viéndome pasar aquel apuro.

- ¿De qué podríamos hablar en las próximas reuniones?

- ¿A ti qué se te ocurre?

- No se me ocurre nada. Por eso he venido.

Me recosté en el diván.

- Sé lo que me gustaría. Pero no sé dónde encontrar los datos. Me gustaría conocer mejor al pueblo, lo que pensaba, lo que esperaba. Hasta ahora sólo hemos hablado de reyes, procuradores romanos, grupos religiosos..., y Jesús trataba especialmente con gente sencilla, campesinos, pescadores, pequeños comerciantes. ¿Por qué acudían en masa a escucharlo? ¿Qué les decía él que les interesaba tanto?

- Les hablaba del reinado de Dios.

- ¿Tú crees que eso puede entusiasmar a alguien? Hace años, cuando empecé a leer el evangelio de Marcos, imaginé que Jesús aparecía por Tróade y le decía a la gente: *"Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. Enmendaos y creed la buena noticia"*. Lo habrían tomado por un loco.

- En Galilea no pasó lo mismo. Es posible que los judíos tuviesen una idea distinta del reinado de Dios, más atractiva que la que puede tener un griego.

- De acuerdo. Pero, ¿cómo sabemos lo que pensaban los judíos de ese tema? Yo no he encontrado nada en José Flavio.

- Ni yo tampoco.

Nos quedamos un rato en silencio.

- La verdad -continué- es que pertenecemos a culturas muy distintas. Fíjate, por ejemplo, en lo de los ángeles. Ningún griego cree en ellos. Sin embargo, los evangelios los citan en bastantes ocasiones. En eso no hay diferencias entre Mateo y Lucas.

- Se te está olvidando tu cultura. Los griegos también creen en los ángeles. A Hermes lo consideran un ángel. Y otros dioses también cumplen a veces funciones de mensajeros.

- Pero es muy distinto. Y mucho más claro es el caso de los demonios. Pregúntale a cualquiera por la calle qué es un demonio. Te dirá que el espíritu de un difunto, o un espectro que vaga durante la noche por lugares solitarios.

- O un espíritu que provoca toda clase de males. Eso lo dicen también los evangelios.

La idea me vino de repente y me hizo sonreír.

- ¿Tú crees que a Livia y a Lucila les gustaría que hablásemos de los demonios, del diablo, de Satanás?

- No creo. Pero es cuestión de preguntárselo.

* * *

Las encontré en la huerta, charlando, sin perder de vista a Elena y Néstor.

- Busco tema para las próximas reuniones. ¿Os interesa que hablemos de los demonios?

- A mí sí -se entrometió Elena, que siempre tiene el oído puesto en lo que dicen los mayores-.

- A ti no te he preguntado.

- Los demonios son muy malos. Cuando Néstor se porta mal le digo que es un demonio.

- Pues no se lo digas, que no lo es.

Lucila no es tan contemporizadora con los niños como yo. Será porque les dedica más tiempo.

- Sigue jugando. Y no te entro metas cuando hablan las personas mayores.

Cuando consiguió alejarla, me dijo.

- A mí no me atrae hablar de los demonios. En el evangelio debe haber temas mucho más interesantes.

- ¿No te gustaría conocer las diferentes formas en que los presentan Mateo y Lucas?

Ni siquiera esta propuesta la tentó.

- No creo que ninguno de los dos los defienda. Dirán más o menos lo mismo.

Livia, en silencio, asistía divertida a mis intentos de convencerla.

- Y los ángeles. ¿Te interesan los ángeles?

Lo pensó un momento.

- Algo más. Pero tampoco mucho.
- Elena y Néstor tienen cada uno su ángel.
- Pues no se nota. ¿De dónde te has sacado eso?
- Lo dice Jesús.

Se quedó cortada ante su involuntaria falta de respeto. Pero no dio su brazo a torcer.

- ¿No hay cosas más interesantes?
- ¿Como qué?
- No sé. Las virtudes que debe tener un cristiano. La fe, la caridad...
- Eso lo hablamos en la comunidad. Aquí pretendemos algo distinto.

Nos quedamos los tres en silencio.

- ¿Por qué creéis vosotras que acudía la gente en busca de Jesús?

La voz de Elena llegó fuerte y chillona desde lejos.

- Porque estaban enfermos, y querían que los curase.

Lucila se echó a reír.

- Ya tienes la respuesta.
- ¿No acudirían para oír hablar del reinado de Dios?
- Algunos, quizá. Pero la mayoría de la gente no es tan desinteresada.

Estaba comenzando a irritarme aquel escepticismo que me cerraba todas las salidas.

- Entonces, ¿de qué hablamos?
- A lo mejor no hace falta hablar de nada. Podrías dedicar ese tiempo a hacer algo.
- Como visitar a tus enfermos...
- Por ejemplo. Y conste que no son míos.

* * *

Al día siguiente acudí de nuevo a mi padre.

- Lucila dice que no hace falta hablar de nada. Que me dedique a visitar a los enfermos.
- Es un buen consejo –comentó-. ¿Y Livia?
- No abrió la boca.
- Están las dos confabuladas contra ti.
- ¿Por qué?
- Te lo ha dicho Lucila claramente. No quiere que leas tanto, prefiere que te dediques a cosas más importantes.
- ¿Tú piensas lo mismo?

- Modestamente, sí.
- O sea, que la confabulación no es de dos, sino de tres.
- Un auténtico triunvirato.
- No exactamente. En vez de tres varones, hay un varón y dos mujeres. Mucho más peligroso.
- Desde luego. ¿Qué vas a hacer?

* * *

¿Qué podría hacer? Si estás casado, me comprenderás perfectamente. Si no lo estás, pero te interesa seguir el ejemplo de Jesús, también. Pasado el primer momento de genio reconocí que llevaban razón. Después de tantos años leyendo el evangelio iba siendo hora de hacer algo. Recordé la parábola final de Mateo, la que me había contado Jacob durante mi estancia en Antioquía, ésa que dice: *"Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba enfermo y me visitasteis..."* Lucila no conocía el evangelio de Mateo tan bien como yo, pero llevaba años practicándolo.

Mi cambio no comenzó al día siguiente; me parecía indigno ceder tan pronto. Pero, una semana más tarde, le pregunté a Lucila con la mayor naturalidad.

- ¿Vas a visitar a algún enfermo?
- Hoy no tengo tiempo. Mañana me gustaría ir a ver a Jacinta. ¿Por qué?
- Si quieres te acompaño.
- ¿No tienes que hablar con ningún cliente?
- No. Los negocios están ahora un poco parados.
- De acuerdo. Yo acostumbro a salir a la hora tercia.

Lucila, en el fondo, es buena. No alabó mi decisión ni se puso a dar gracias a Dios por mi cambio, como si yo fuese el hijo prodigo que vuelve a la casa paterna. Lo tomó como la cosa más normal del mundo, y se lo agradecí en mi interior.

* * *

Yo quería conocer al pueblo judío, y me encontré conociendo a la gente sencilla de mi pequeña ciudad de Tróade. Personas que no habían oído hablar de Aristóteles ni de Sófocles, pero con una filosofía profunda y un hondo conocimiento de las tragedias de la vida. El simple recorrido hacia las afueras de la ciudad, introduciéndonos en las zonas más humildes, fue ya un descubrimiento para mí. Era otoño avanzado, cuando las lluvias se hacen frecuentes. Imposible vadear tantos charcos y evitar mancharnos de barro. Ni una calle empedrada, ninguna estatua que admirase al visitante, ni siquiera un árbol que alegrase la vista. Casas diminutas, miserables, en su mayoría de dos plantas. Pero al piso superior no se accede por dentro, como en las casas suntuosas de los ricos; una escalera externa, insegura, de madera vieja y carcomida, nos llevó hasta la habitación de Jacinta. Digo habitación porque no es más que eso. En aquel angosto espacio, débilmente iluminado por un ventanuco, se desarrollaba en su vida y las de otras cinco personas: un hijo casado, la nuera y tres nietos. Parecía imposible que todo —comer, vivir, reír, llorar, dormir, procrearse— pudiese tener lugar en aquella estrechura.

Jacinta era una de las fundadoras de la comunidad, igual que los padres de Lucila. Me conocía desde niño. Comprendí su sorpresa y su alegría al verme, pero me avergonzó su preocupación por buscar con la mirada un sitio cómodo para que me sentase. Tarea imposible en medio de aquella ausencia absoluta de mobiliario.

- No te preocupes, Jacinta. A mí me gusta mucho sentarme en el suelo. Lo que pasa es que Lucila no me deja. Ahora me aprovecho.

- ¡Qué alegría me da que hayas venido, Andrónico! Hace ya cinco meses que no te veía.

- ¿Tanto tiempo?

- Dímelo tú a mí, que sólo me levanto de este catre para hacer mis necesidades, con perdón. Pero hoy me siento muy bien. Será porque sabía que iba a venir Lucila. ¡Qué mujer tan buena tienes, hijo!

- Desde luego que sí. No me la merezco.

- Eso lo dice porque estás tú delante, Jacinta. En casa no dice lo mismo. ¿Quieres una manzana? Están muy buenas.

Comenzó a pelársela sin esperar respuesta.

- Lucila me ha dicho que sigues estudiando mucho los evangelios. ¡Qué envidia me das! Si yo supiese leer me los aprendía de memoria. A mí lo que más me gusta es lo de la hemorroisa. Eso sí que es pasarlo mal, no lo mío. Doce años con flujos de sangre. Para morirse.

- La suerte que tuvo de encontrarse con Jesús -le comenté en broma-.

- La suerte, y la fe. Porque si no llega a tener tanta fe, no se cura.

- ¿Tú no le pides al Señor que te cure?

- Yo le pido que me dé paciencia. Una de las primeras veces que vino tu padre me contó una cosa de ese evangelio que escribieron para él, lo de la oración de Jesús en el olivar.

- En el olivar, no, Jacinta, en el huerto de los olivos.

- De campo entiendo yo más que tú. Los olivos no están en huertos, sino en olivares. Y no me interrumpas. ¿Tú sabes lo que rezó Jesús? "Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya". Cuando me entra el dolor aquí, en el pecho, repito lo mismo. ¿Y sabes lo que me pasa? Que es como si viniese un ángel, igual que le pasó a Jesús, y me animo mucho.

- No digas eso delante de Lucila, que ella no cree en los ángeles.

- ¡Cómo no va a creer en los ángeles, con lo buena que es!

- Jacinta, el que no cree en los ángeles es Andrónico. Él sólo quiere estudiarlos.

- ¿Estudiar a los ángeles? ¿Eso se puede estudiar?

- Lo mismo digo yo. Esas cosas se le ocurren porque no tiene que trabajar como nosotras.

- El que también debió de estudiar mucho fue Timoteo. Vosotros no lo conocisteis, sois muy jóvenes. ¡Qué muchacho tan guapo! Un poquillo tímido. Pero es que Pablo empequeñecía a cualquiera. Recuerdo la primera vez que aparecieron por aquí, junto con Silvano. Los conocí en casa de los padres de Lucila, porque yo les vendía la fruta y las verduras. Una mañana, cuando llegué a la casa, Pablo se me quedó mirando y me preguntó si quería salvarme. Yo lo que quería era dejar unas lechugas y marcharme pronto, que tenía mucho trabajo. Pero me

asustó tanto aquella pregunta que me quedé. Y así empezó todo. ¿Sabéis cuántos éramos al principio en la comunidad? (Se echó a reír). ¡Cinco personas! La culpa fue de Pablo, que, nada más llegar, dijo que se le había aparecido un macedonio por la noche y que tenía que ir a convertirlos. Si se queda, hubiéramos sido muchos más, seguro. Pero se entusiasmó con el macedonia y no había quien se lo quitase de la cabeza. Después pasó por aquí otra vez, pero también iba con prisas y muy cabreado con los corintios... Perdona, Andrónico, yo es que soy muy mal hablada. En el mercado hay que saber defenderse. Pues eso, que iba cabreado con los corintios porque decían que no cumplía su palabra, que había prometido ir a visitarlos, pero que nunca aparecía por allí. "Pues cuando aparezca se van a enterar", nos dijo. y nadie se echó a reír. El Pablo era muy bueno, pero tenía un geniazo terrible. A mí me quería mucho; siempre decía que mi fruta era la mejor de Tróade.

Jacinta habló durante horas, feliz de sentirse escuchada. Por mi parte, nunca pude imaginar una mañana tan interesante y divertida.

Cuando volvíamos a casa se lo comenté a Lucila.

- Esta Jacinta es simpatiquísima. ¡No para de hablar!
- Hoy la has cogido en un buen día. Otras veces no puede decir ni una palabra.
- ¿Mi padre viene a verla con frecuencia?
- Todas las semanas. Ya se conoce de memoria la historia de la comunidad de Tróade.

* * *

Al llegar a casa, lo primero fue lavarme los pies y cambiarme de sandalias. Luego fui a verla.

- Tu querido Lucas no es un gran historiador.

Levantó la mirada del libro que estaba leyendo y sonrió.

- Ya sé por qué lo dices. Tenía que haber hablado de la fundación de la comunidad de Tróade en su segunda obra. Te lo ha contado Jacinta, ¿verdad?

- Sí.

- Y te habrá dicho también que su fruta era la que más le gustaba a Pablo.

- También.

- ¡Qué buena mujer! La primera vez que fui a verla pensé ir contándole poco a poco el evangelio de Lucas, para distraerla un poco.

Pero nunca me deja hablar.

- Por lo menos le hablaste de la oración en el olivar.

Se echó a reír.

- ¿Te ha costado mucho?

- ¿El qué?

- Ir a verla.

- Más vale no hablar de eso. A veces hago una montaña de una tontería. Como si visitar a un enfermo fuese tan difícil como la batalla de Salamina. Si algún día quieres que te acompañe, me lo dices.

- Yo casi siempre voy con Livia. Es mejor que vayas con Lucila.

Me llamó cuando salía.

- Lo de Lucas está justificado. No iba a hablar de los comienzos de una comunidad tan pequeña. De los años posteriores sí dice cosas.

- No lo defiendas. En Filipos también eran muy pocos al principio, y habla de ellos.

Por una vez, conseguí dejarlo sin respuesta.

* * *

Así comenzó un cambio en mi vida que no es preciso detallarte. Tampoco conviene que lo exageres. A mediados de primavera, cuando las naves reanudaron la navegación y el puerto se fue llenando de productos que había que exportar, mi tiempo libre disminuyó de forma notable. Y los libros de José Flavio siguieron acumulando polvo. Pero ya no me preocupaba de limpiarlo con frecuencia ni me creaba ningún escrúpulo.

Capítulo 10: El desenlace

Pasaron meses sin especiales novedades. Hasta que una noche, cuando acabábamos de acostarnos, me dijo Lucila:

- Prepárate para mañana.

- ¿Por qué? ¿Pasa algo?

- Tenemos que resolver un grave problema entre nosotros dos.

Lo dijo con un tono tan serio que me asustó.

- ¿No podemos resolverlo ahora? Llevamos tiempo sin pelearnos.

- Pues es probable que nos peleemos mañana.

Hizo una pausa, y añadió.

- Hay que decidir quién ganó la apuesta.

- ¿Qué apuesta?

- La que hicimos cuando compraste los libros de José Flavio.

Lo había olvidado por completo. Me eché a reír.

- Eso no va a ser motivo de pelea. He ganado yo.

- Habrá que verlo. Mejor dicho, lo decidirá el tribunal.

- ¿Qué tribunal?

- Todos nosotros. Tú le contaste a tu padre lo de la apuesta. Él se lo contó a Livia. Así que la decisión final tiene que ser pública, ante testigos.

- Muy bien. Cuando te echas a dormir, me pondré a preparar mi defensa. Te voy a machacar.

- No pierdas el tiempo. Te defenderá tu padre. Y la acusación correrá a cargo de Livia.

* * *

Livia empezó con una solemnidad fingida que "me hizo sonreír.

- Hace más de dos años, el acusado y su esposa se hicieron una apuesta, consistente...

- La apuesta fue idea de ella.

- No la interrumpas -terció mi padre severamente-. Déjale que exponga su causa.

- ... consistente en que le daría el dinero que le costaron unos libros bastante caros si no le servían para el fin pretendido: conocer a Jesús y las circunstancias de su vida. Vosotros sois testigos de que esos libros no han cumplido su función. Durante un año nos estuvimos reuniendo con bastante regularidad a fin de conocerlos. ¿Y qué nos han aportado? Permítame el venerable tribunal que le refresque la memoria. No me detendré en las nociones geográficas, porque se limitaron a saber que Jerusalén tenía cuevas -cosa que contribuye bastante poco a entender la vida y la persona de Jesús- y que Galilea es algo más rica de lo que pensábamos. ¿Pero qué me decís de la historia? ¿Es posible imaginar resultados más exigüos que los obtenidos? A falta de datos de mayor interés, el acusado -ayudado voluntaria y culpablemente por su padre- se esforzó por amargarnos las reuniones con crueldades sin límites, historias truculentas, nevadas- angustiosas, cestos volantes, revueltas y asesinatos. En su empeño por justificar una compra tan absurda, intentó convencernos de que unos hipotéticos recuerdos del abuelo y de los padres de Jesús habían condicionado su vida desde niño, convirtiéndolo poco menos que en un revolucionario. y cuando quiso hablarnos de su vida adulta, de los acontecimientos de su época, ¿qué supo decimos? (Hizo una pausa solemne). Nada. Absolutamente nada.

Ese pretendido historiador, conocedor de los personajillos más insignificantes del momento, no había oído hablar de Jesús. El que hablaba con detenimiento de esenios, saduceos y fariseos, no dedicaba ni una frase a los cristianos.

Sólo en una cuestión, lo reconozco, fue fundamental su testimonio. Gracias a él pudimos conocer mejor a los esenios. Pero incluso en este punto tuve que matizar y corregir bastantes de sus afirmaciones, para que la confusión y el error no invadiesen vuestro espíritu.

Dirá alguno en favor del acusado que bien pronto reconoció su insensatez, y no se opuso a que tratásemos cuestiones más serias, como la oración, la liturgia del sábado y las características de saduceos y fariseos. Pero esto no lo exime de culpa. Más aún, agrava su condena. Fue entonces, al prescindir de esos libros tan inútiles, cuando nuestras reuniones adquirieron verdadero interés.

No quiero cansaros con pruebas innecesarias. Baste una, la más importante, para demostraros que el acusado ha perdido su apuesta: ni siquiera ha terminado de leerlos. Más aún. No sólo no los ha leído, sino que se ha despreocupado totalmente de ellos.

(Se levantó con gesto teatral y puso delante los siete rollos, escondidos hasta entonces detrás de la mesa).

- Ruego al tribunal que le pase las manos por encima. ¡Tienen polvo! -añadió con voz dramática-. y más tendrían si yo no los hubiera limpiado de vez en cuando.

(Volvió a sentarse y concluyó su intervención).

- Ruego al venerable tribunal que sentencie de inmediato la causa. El acusado ha perdido la apuesta. Sea condenado a pagar. He dicho.

Mientras Lucila estallaba en aplausos, mi padre se puso gravemente de pie y comenzó la defensa.

- Nada más falso que las medias verdades, ni menos concluyente que las pruebas desfiguradas y deformadas. Pero es inevitable que esto ocurra cuando el paso de los años no lleva a la serenidad de la vejez, sino que empecina en los ardores de la juventud. Y no me refiero a mi defendido, notorio por su moderación y ecuanimidad. Hablo de su acusadora, víctima todavía de ese ímpetu que la caracteriza desde joven, incapaz de olvidar antiguas peleas infantiles. ¿Qué se podría esperar de una justicia administrada por tales manos? ¿Qué, de una mente propensa a fijarse en las sombras, ciega para advertir los potentes rayos de la luz? Pero estoy convencido de que la imparcialidad y amor a la justicia de este tribunal pondrán feliz término a tan injusto proceso.

La acusadora, dejándose llevar por su protervia, ha querido ridiculizar y minimizar la aportación geográfica de José Flavio a dos detalles sin importancia. Pero, ¿ha leído ella la detenida descripción de Galilea, Perea, Judea y Samaria? ¿Ha leído la descripción de Jerusalén? ¿Conoce la espléndida información sobre el templo? Si el acusado no aportó esos datos durante las reuniones no fue por ignorancia culpable, ni porque faltasen en obra tan espléndida, sino para adaptarse a la debilidad del auditorio, propenso al sueño y falta de interés por las cuestiones serias que apasionan a los espíritus sublimes.

¿Y qué podríamos decir de la historia? Nuevamente ridiculiza la acusadora al acusado reduciendo su información a unos recuerdos. Pero son su flojera e ignorancia las que le hacen pensar de esta manera. Lea, lea esa señora los siete libros, admírese de exposición tan completa y detallada. Descubrirá, no esos cuentecitos con que la entretenía su padre -persona del máximo respeto, pero condicionado por una hija de edad tierna e inmadura- sino los grandes vuelos del genio, émulo de Tucídides, parangonable a Polibio, superior a tantos escritores actuales que reivindican, sin merecerlo, el título de historiadores. "¡Faltan datos!", clama hipócritamente la acusadora. "¡No habla de Jesús!" ¿Es esto un fallo?, me pregunto. ¿No es más bien un mérito' eximio del que, sin compartir la misma fe, descubre la grandeza del personaje y se niega a rebajarlo al nivel de los simples mortales?

Movida por su mala fe, ha tratado someramente la excelente información de José Flavio sobre los esenios. No ha puesto el énfasis en los numerosos datos aportados por el historiador, sino en los escasos recuerdos que tenía de su padre, que ella interpretó de forma libre y arbitraria. ¿No fue ella quien intentó convencernos de que un bastón es un arma defensiva? Y ella, que acusa a mi defendido de presentar a Jesús como un rebelde, nos invita a imaginar a los apóstoles armados de palos y garrotes, asaltadores de caminos, amenaza para tiernos infantes y débiles mujeres. ¡Tan maltratada queda la verdad, tan pisoteada la evidencia, cuando la pasión arrebató nuestros corazones!

Se enorgullece de habernos enseñado las oraciones de Jesús. No me dejaré arrastrar por el prejuicio y la falta de gratitud. Reconozco el interés y utilidad de aquellas hermosas reuniones. ¿Pero qué me decís de la liturgia del sábado? ¿Cuándo, como entonces, se han visto conculcadas la libertad y dignidad del varón? ¡Dos hombres, uno con las canas venerables de la ancianidad, otro con el vigor floreciente de la juventud, obligados a bañarse como niños, expulsados del triclinio, teniendo que escuchar detrás de la puerta sus rezos e instrucciones!

Mi amor a la verdad me impulsa a reconocer que es mucho más lo que aprendimos de fariseos y saduceos a través de los evangelios que leyendo a José Flavio. ¡Lejos de mí la obcecación que me impulsase a decir lo contrario! Pero me pregunto, y os pregunto: ¿Habríamos llegado a

tratar esos temas si mi defendido no hubiese comprado esos libros? ¿No fue la lectura de José Flavio la que nos animó a conocer la vida de piedad del pueblo judío, sus fiestas, sus grupos religiosos? ¿No ha sido la lectura de José Flavio la que provocó en mi defendido ese cambio tan notable que todos admiramos, aunque él, modelo de modestia, no quiere que se mencione? Decía el sabio Arquímedes: "¡Dadme una palanca y moveré el universo!" Estos libros han sido la palanca, estos libros el motor, estos libros la luz, que ha movido e iluminado nuestro mundo.

"Son caros", arguye en su maldad. ¿Cara una obra que provoca tal abundancia de conocimiento? ¿Caros unos libros que enriquecen y deleitan el espíritu? ¡Desgraciados los tiempos en que se mide la sabiduría con criterios de lechugas y pepinos!

No quiero cansaros. La acusadora pide que mi defendido sea condenado a pagar la apuesta. ¿A quién? "A su mujer". Aquí la tenéis presente. Mírela el venerable tribunal. Fíjese en ella. Pero no se deje engañar por las apariencias de mujer virtuosa, madre ejemplar, esposa solícita. Detrás de esa capa de virtud se esconde la obsesión de hacer el bien. No sólo a su esposo y a sus hijos, cosa lógica y loable; o a su suegro, algo digno de todo encomio. Su pasión por el bien se extiende a cualquier persona, campesino o marinero, cojo o tuerto, huérfano o viuda, enfermo o desamparado. ¡Media Tróade se ha beneficiado de su amor y su bondad! Pero ese amor al bien cuesta dinero, lo sabéis. Y ¿de dónde?, venerable tribunal, ¿de dónde ha salido ese dinero? De este fidelísimo esposo, al que su mujer abrumaba con frases evangélicas, eligiendo, no aquellas que pudiesen tranquilizar su conciencia, sino las que le hacían perder el sueño. No le reprocho su conducta. Le reprocho que quiera cobrar una apuesta que se ha cobrado más de diez veces durante este último año.

La maldad de la acusadora la ha llevado a jugar sucio, presentando como prueba de desinterés unas leves motas de polvo. Recurso de pésimo abogado, al que, a desgana, me siento obligado a responder. Venga el tribunal ¡levántese! acompañeme al patio.

(Mi padre cogió una lámpara y lo seguimos extrañados).

¿Qué se ve al final de esta columna? ¿Qué adorna ese maravilloso capitel corintio? ¡Una telaraña! ¿Diré por ello que la acusadora y la pleiteante se desinteresan del cuidado de la casa? ¡Nunca cometeré ese error! Bien conozco su esmero, su trabajo, su amor a la limpieza. ¡Sólo pido que se trate a mi defendido con la misma benevolencia!

(De repente, una voz quejumbrosa interrumpió su vena oratoria).

- Abuelo, no pegues tantas voces, que no nos dejas dormir.

Los cuatro estallamos en una carcajada. Elena y Néstor nos contemplaban sorprendidos y somnolientos en la penumbra del patio.

Lucila fue hacia ellos, pero no los llevó a la cama.

- Venid, vamos a celebrar una fiesta.

- ¿A esta hora?

- Sí. Le he ganado una apuesta a papá.

- La apuesta la he ganado yo.

* * *

El concepto de celebración que tiene Lucila es bastante distinto del de los emperadores romanos, Pero aquella noche no pude quejarme. Sacó un espléndido vino de Corinto, nueces, almendras y dulces. Mientras volvíamos al triclinio Livia se abrazó a mi padre.

- Eres un canalla. Yo te he tratado muy bien, y tú has aprovechado la defensa para ponerme verde. Además, quedamos en ser breves, y tú estabas dispuesto a pasarte la noche hablando.

- La vida de los abogados defensores es muy dura. Cualquier cosa vale para salvar al defendido.

- Pues los dos me habéis decepcionado -dijo Lucila-. Os habéis enzarzado con José Flavio y no habéis dicho nada de lo esencial.

- ¿Qué era lo esencial?

- Andrónico decía que esos libros le iban a ayudar a conocer a Jesús.

- ¿Y es que no me han ayudado?

- Menos de lo que tú te crees. ¿Quién es Jesús?

Elena no desaprovechó la ocasión.

- El Mesías, el hijo de Dios.

- Hasta Elena lo sabe -le dije-.

- ¿Basta con eso? ¿Con saber dos títulos?

- Podría añadir algunos más.

- Aunque añadieses cien, no bastaría. Jesús es un misterio.

Mi padre se echó a reír.

- Eso se resuelve fácilmente, Lucila. Basta escribir un evangelio más misterioso que los tres que tenemos.

- ¿Otro evangelio? ¡Me divorcio!

- No te preocupes -la tranquilicé-. No creo que a nadie se le ocurra una idea tan peregrina.

FIN